

SER

Revista de los Cursos del Profesorado de la Escuela
Normal «Mariano Moreno» de C. del Uruguay

Director

Roberto A. Darodi

Secretario

Alberto J. Masramón

Consejo de Redacción

Dario Peretti

Blás Alejandro Rivero

Eduardo Giqueaux

Héctor Izaguirre

AÑO II

— 1963 —

No. 2

Hecho el depósito que marca la Ley

Printed in Argentina
Impreso en la Argentina

Concepción del Uruguay (Entre Ríos) República Argentina

SER

a la Escuela Normal de Maestros
y Profesores "Mariano Moreno"
en su nonagésimo aniversario.

EL REALISMO EN EL POEMA DEL MIO CID

POR ALICIA S. GERICKE DE ETCHEGORRY

No conocemos el nombre del juglar que, acaso en la fronteriza ciudad de Medinaceli en una tarde soleada y placera del siglo XII castellano, cantó el primero, a Rodrigo Díaz de Vivar, "el que en buena hora ciñó espada".-

Sólo han transcurrido cuarenta años desde que en Valencia - su Valencia - junto al dolor inexorable de Jimena, rindió al Eterno su levantada frente el Cid Campeador. Cuarenta años, y unos más, apretados de pruebas y luchas, de fe y destino, desde que el rey Alfonso VI firmó el pregón de destierro.

Ha vuelto a "Castilla la gentil", quietecito y silencioso. Atrás quedó Valencia incendiada por Jimena; y la sede apostólica, restaurada con su fe y con su brazo, en poder de Yúsuf, el africano.

Vive entre los suyos en un pasado que es presencia; en una poesía heroica que es también historia: cantar de gesta, romance, drama. Su vida poética nació en este poema de Mio Cid; en conjunción de afecto y reverencia - entre romance y árabe - alienta en la voz y en el alma del juglar desconocido, voz y alma del pueblo para quien canta: "Aquí comienza la gesta Mio Cid, el de Bivar".-

HISTORICIDAD: En un ritmo de tres tiempos, el Poema ofrece en sus tres cantares (el destierro - las bodas - la afrenta de Corpes) una sustantividad histórica evidente: históricos los sucesos, históricos los personajes y situaciones.

La desmembración del gran Califato de Córdoba ha comenzado

con el siglo XII. Al terrible emperador musulmán Alánzor, que en una serie de cuarenta campañas sojuzgó a la España cristiana, hasta llegar a Santiago de Galicia - que es como decir al corazón - suceden los reinos de Taifas, con reyzelos hostiles entre sí que solicitan la protección de un rey o de un señor cristiano mediante el pago de un tributo: las parias.

Rodrigo, vasallo de Alfonso, había sido mandado por éste a cobrar las parias del rey moro de Sevilla. Acusado por los intrigantes palaciegos, «los mestureros» dice el Cantar - de haber retenido para sí parte de las parias fue desterrado. Y aquí comienza el texto: con el destierro del Cid.

Roto el vínculo de vasallaje con su rey, vínculo de servicio y protección respectivamente, el Poema narra la despedida del Cid de su casa de Vivar, y de su familia en Cardeña. Librado a su propia suerte, en las condiciones jurídicas más rigurosas y en un breve plazo, Rodrigo marcha a la frontera de Castilla acompañado de sus siervos, amigos y parientes, «la mesnada». Comienza la gesta Cidiana en tierra mora; el reino moro de Toledo. Mas como «con Alfonso mío Señor no quería lidiar», marcha Rodrigo a tierras de Zaragoza, dependientes del rey moro de Valencia. Comienzan las algaras, escaramuzas y tomas de pueblos; su seña ondea sobre Castejón y ondeará bien pronto después sobre Alcocer. El rey de Valencia se inquieta y manda cercar a Alcocer con numerosos ejércitos; el Cid traza su plan de campaña y destroza las haces enemigas.-

Los paladines que acompañan al Cid son históricos en su mayoría. El poema continúa con la campaña de Morella; corre ahora tierras amparadas por el conde de Barcelona a quien toma prisionero para devolverle luego la libertad.-

Con el segundo cantar, - las bodas - se inicia la campaña de Valencia y el litoral valenciano:

«Poblado ha mío Cid el puerto de Alugat,
«dexado ha Saragosa e a las tierras ducá
e dexado a Huesa e tierras de Mont Alván,
Contra la mar salada conpeçó a guerrear;
a orient exe el sol e tornós a essa part.»

Al sitio de Valencia y su entrega y la restauración de la diócesis con el obispo don Jerome, sigue la lucha con el rey de Marruecos, que cercó la ciudad, y su derrota; sucesos y personajes también históricos.

Los sucesivos viajes, de Minaya a Castilla, con presentes de generosa lealtad importan en el Poema, el perdón real. Se sabe que el monarca había devuelto, años antes de la toma de Valencia, su gracia al desterrado.-

El Poema narra luego las bodas de las hijas, doña Elvira y doña Sol - históricamente se llamaban Maria y Cristina - con los infantes de Carrión. Es una boda fundada no en el amor, sino en la codicia:

«Las nuevas del Cid mucho van adelant
demandemos sus hijas pora con ellas casar;
creceremos en nuestras ondra et iremos adelant»

Nuevamente el rey, intermediario de las bodas a pedido de los infantes, causa, esta vez sin querer, la desgracia del Cid, pues estas bodas terminan con la afrenta de Corpes (tercer cantar).

Los infantes irritados al ser sorprendidos en cobardía trampan venganza: invitan a sus esposas para visitar a Carrión y, al pasar por el robleal de Corpes las maltratan cruelmente y las abandonan por muertas.

Este episodio que la crítica llama ficticio - vale por no histórico - tiene sin embargo visos de serlo: los personajes, Diego y Fernando González, de la familia de los Beni Gómez, pertenecían a la primera nobleza castellana: eran condes de Carrión, y Menéndez Pidal cree que acaso existió un trato matrimonial ruidosamente deshecho.

El Poema termina con el reclamo de la justicia que el Cid hace al rey («Ca el caso mis hijas, ca non las casé yo»). Alfonso convoca cortes en Toledo, medio de enjuiciamiento y reparación solemne, y restituye al Cid su honor y sus bienes. Y el cantar que comenzó con el histórico destierro, termina con el pedido de las hijas para nuevas bodas con los infantes de Navarra y Aragón:

«Oy los reyes d'España sos parientes son
a todos álcalka ondra el que en buena ora nació»
(Una de las hijas del Cid, se casó con el infante Ramiro de Navarra)

REALISMO: Poema cuya perfección técnica afirmó una tradición poética perdida, nos ofrece ya, en acusado relieve, la tónica ejemplar de la poesía española; su realismo, la visión concreta de la realidad, que forja un mundo poético sobre la materia histórica casi contemporánea.

Mas este realismo, tantas veces señalado por la crítica, no se

entiende según la medida positivista, de un mundo limitado por los sentidos, sino según la generosa amplitud de un espíritu creyente que contempla el universo desde su fe. Ocurre con este Poema como con las vidrieras de aquellas catedrales con las que fraterniza en sentido: hay que contemplarlo a través de la Luz, "del azul metafísico", para que nos entregue la intimidad de su belleza. Pero no salgamos de sus páginas: El relato de la doble gesta - exterior e interior de Rodrigo - en una visión serena, objetiva, asegurada por la materia histórica ocupa el primer plano estilístico.

Pero no es el único: finamente el poeta matiza sus tonos, y vuelve, desde la realidad épica de su narración, a la realidad de su público, público que está presente en esos verbos: «sabed», «verdades», segunda persona para quien canta, anónimo pero cierto, el «yo» poético. Público que está también presente en ese final que debió conocer José Hernández:

«Las coplas deste cantar quis van acabando
el Criador vos vala con todos los santos»

Pero todavía podemos señalar otro cambio de plano estilístico, otra perspectiva; la vuelta del juglar a sí mismo, a su propia alma.

Llama la atención en el Poema la frecuente reiteración de expresiones como:

"Yxie el sol; Dios qué fermoso apuntaba.

.....
Andaba Mio Cid sobre so cavallo
la cofia froncida, Dios, como es bien barbado.

.....
Dios, cómo fo el Cid pagado et fizo gran alegría.
Dios, que alegre era todo cristianismo,
Que en tierras de Valencia señor avie obispo», etc.

Estas expresiones por su carácter subjetivo, de espontánea frescura, nos permiten asomarnos al más íntimo hontanar del poeta y nos entregan un nombre: Dios. Pura efusión, el Santo Nombre corona el acierto de las acciones humanas o el gozo de la realidad natural que contempla.

Dios es la primera realidad, para este poeta que es antes, y juntamente, un hombre de fe; lo era también para el ámbito cultural en que vivía; para ese, público a quien destinaba su canto.

Así como Rodrigo y Jimena al separarse reconfortan en Dios el dolor visceral de dos carnes que son una - dolor de uña que se

separa de la carne - la fe nutre la inspiración poética y, lejos de atentar contra su gratuidad, la vigoriza y sobreeleva.

La fe religiosa es el fundamento del realismo del Poema en sus notas más originales. Realismo total y luminoso que **condiciona la concepción del poema, asegura su perfecta unidad, enmarca los episodios, vigoriza el dramático perfil de su protagonista y matiza su estilo.**

CONCEPCION Y UNIDAD POEMATICAS: Mas que el histórico destierro tantas veces repetido en la vida jurídica de entonces, lo más significativo para el juglar ha sido la injusticia que lo acompaña; tanto más dramática porque ha sido cometida por el rey, el primero en el orden jurídico, y por quien el hombre del medioevo sentía reverencial respeto, como representante de la autoridad divina en la tierra. Desde los comienzos se nos presenta un mundo perturbado por el mal; «los mestureros».

Las pasiones confunden el alma del rey, y arman su brazo contra ese vasallo que el auditorio conocía - en posición similar, tanto más viva, a la nuestra, lectores del siglo XX - fuera de las páginas del Poema, como un vasallo leal y caballero desinteresado. Así se abre una doble perspectiva poética; el mundo de las flaquezas y pasiones, el mundo fuera del orden cristiano, representado en la vida egoísta y sin brillo de los enemigos, y el mundo de la integridad moral que Rodrigo - tal como vivía en la conciencia del auditorio - encarnaba. El poeta cuenta con la presencia de una tradición viva, actualísima, que opera como delicado expediente en su creación.

De esa posición inicial nace el conflicto que el poeta desarrolla y resuelve narrativamente; el interés narrativo radica en esa concepción cristiana, dual, de choque, de dramática incompatibilidad. Los personajes, individualísimos en la singularidad de sus vidas, se agrupan en dos series; el héroe y sus paladines - en un amable friso de nobilísimas cabezas - , y el grupo de rostros encubiertos y opacos que rodean a un rey de ánimo blando. Similar perspectiva cumple el Poema en lo que corresponde a la acción propiamente épica; la oposición la señala un verso:

«Los moros llaman, Mafomat e los cristianos santi Yague»

Cada hemistiquio evoca esos dos mundos opuestos: de un lado la confusión, el desordenado movimiento, el ruido de los tambores que

quieren quebrar la tierra; moros que se airan, pendones mezclados.

«Qué priessa va en los moros! - e tornáronse a armar;
anté roido de atamores la tierra quería quebrar;
verdades armarse moros, apriessa entrar en az.
De parte de los moros dos señas ha cabdales,
e los pendones mezclados, - qui los podrie contar?»

Del otro lado el Cid y los suyos: orden; mesura; oportunidad en Rodrigo, vigorizada por contraste, con el impetuoso Pero Vermúdez; movimientos rítmicos:

«Quíl lidia bien sobre corado arzón
Mío Cid ruy Díaz, el buen lidiador;
Minaya albar Fánex que Corita mandó,
Martín Antolínez, el burgalés de pro,
Muño Gustioz que so criado fo,
Albar Albaroz e Albar Salvadórez
Galín García, el bueno de Aragón.
Félez Muñoz, so sobrino del Campeador!
Desí adelante, quantos que y son,
acorren la señas e a Mío Cid el Campeador»

La armonía del mundo ha sido rota, una vez más. Pero frente a esa oposición de los personajes, a la inestabilidad de los bienes del mundo - tópico tan medieval -, frente a la fragilidad de los juicios humanos, con una amplitud que abraza todo el Poema, el juglar afirma la existencia de un orden eterno, de una sabiduría y una justicia divinas que acaba por restablecer la paz y premiar al justo. Resplandece en el viejo Poema un gran júbilo, un profundo optimismo; el mismo que pudo alzar en oración las piedras de las catedrales. Optimismo de aquellos hombres férreos que como Jimena y Rodrigo en el Poema, vivían en infancia bienaventurada apoyados en el Padre:

«Ya señor glorioso, padre que en e cielo estase,
fezist cielo e tierra, el tercero el mare....»

El pensamiento de una justicia invisible que dará a cada uno lo suyo, sin equivocarse, confiere su unidad poemática al «Cantar del Mío Cid»: si el Poema se abre con el destierro del Cid, se cierra con las cortes de Toledo, apoteosis del héroe que logra la reparación de la infamia sin que el más leve deseo de venganza empañe su corazón.

En su prólogo a la «Divina Comedia» el moderno Boccaccio afirmó que «la poesía es teología». Muchos siglos después Charles Maurras, habrá de corregirle: «ontología será quizá, el verdadero nombre, porque la poesía lleva a las raíces del conocimiento del Ser». Lo que Boccaccio quería señalar es el carácter teológico de la poesía (antesca - viaje del alma hacia la gran rosa de luz - como corresponde a la cultura cristiana en la que singularmente se inscribe el poeta florentino. No menos singularmente en la cultura medieval se inscribe esta vieja Canción de Gesta española, al reflejar la fe de un hombre cristiano que es al par un gran poeta.

EPISODIOS: Los episodios del Poema contribuyen con diáfana coherencia, a señalar esa unidad poemática:

a) Las arcas de arena.

Quien había sido acusado de guardar para sí, parte de las parias, ha tenido que recurrir - sutil toque poético -, bien que contra su voluntad, a un recurso picaresco: El de las arcas forradas con guadalmecl rojo y claveteadas de oro, pero llenas de arena, dejadas en préstamo a los hebreos. Este episodio de Raquel e Vidas, en tono picaresco, como ha notado Leo Spitzer, marca el nivel más bajo de la trayectoria del Cid.

Y es significativo, no sólo en la pobreza del Cid y de la injusticia del rey, sino del humano desamparo de Rodrigo después del pregón de destierro:

«Que a Mío Cid Roy Diaz que nadí nol dessen posada
e aquel que gela diesse sopiesse vera palabra
que perderie los averes, e más los ojos de la cara,
e aun demas los cuerpos y las almas».

El humano desamparo del Cid se evidencia nuevamente - ahora en un tono de conmovedora ternura - en el episodio de la niña burgalesa:

«Una niña de nuef años a ojo se parava:
Ya Campeador en buena sinxiestas espada!
El rey loha vedado, amoch dél entró su carta,
con grant recabdo e fuertementre seellada.»

Junto a la puerta de la posada, la niña repite a su modo el pregón del destierro, pues nada sabe de la pena eterna de perder el alma. Su vocecita y su actitud miedosa clausuran para Rodrigo toda esperanza de ayuda y comprensión humanas, pero a la vez

le entreabren el mundo de la Esperanza y la Justicia divinas, cuya existencia se va ensanchando a lo largo del Poema:

«Cid, en nuestro mal vos non ganades nada
más el Criador vos valá con todas sus virtudes santas».

Y el poeta continúa:

«Ya lo vede el Cid que del rey non avie gracia.
Partió de la puerta, por Burgos agujerada,
llegó a Santa María, luego descavalga,
finó los inajos, de corazón rogava.
La oración fecha luego cavalgava.»

Es decir, frente a la puerta que cierra la niña, se abre en el Poema la gran casa de Dios.

b) Un ángel consuela al desterrado.

El deseo de la pequeña burgalesa se realiza de modo indirecto en toda la acción del Poema; acompaña al Cid en sus victorias y en su reclamo de justicia, en la apoteosis final; de modo directo en el episodio del ángel.

Es la última noche en Castillo y un ángel consuela al desterrado:

«Y se echaba Mio Cid después que fo de noch,
Un sueño priso dulce tan bien se adurmío.
El ángel Gabriel, a él vino en visión:
«Cavalgad, Cid, el buen Campeador,
ca nunca en tan buen punto cavalgó varón
mientras que visquiéredes bien se fará lo to».

Para el juglar, el cabalgar de Rodrigo, su camino de caballero, cuenta con la expresa protección de Dios. Este episodio completa el de la despedida en Cardena con la oración de Jimena: es la respuesta del cielo a su fervorosa y larga súplica. Es el único milagro en la medida característica del juglar. En el resto del Poema, el valimiento de Dios, tan indudable como el valor de Rodrigo, explica la promesa del ángel.

La realidad invisible, manifestada de modo directo, es extraordinaria en el Poema, pero tan real como el hambre y el sueño del Cid.

EL PROTAGONISTA: Para que se restablezca la armonía del mundo

mediante la justicia divina es necesario que Rodrigo responda con una excelencia inalterable al rigor injusto del rey, a la envidia de los mestureros, aún al crimen de los infantes. Las pasiones no turban su ánimo, ni sus gestos, ni su voz; siempre mesurado el Cid:

«Fabló mio Cid, bien e tan mesurado»

Ni el sufrimiento encoge su corazón de vasallo generoso:

«Con Alfons mio Señor, non querría lidiar.»

Rodrigo tendrá que cumplir una doble gesta: la primera consigo mismo, la otra con los árabes. Si arduamente conquista a Valencia, al mismo tiempo soporta, con el corazón desgarrado, la afrenta de Corpes.

El Rodrigo del Poema no sólo vence a los árabes: se vence a sí mismo, el más difícil triunfo que puede lograr un hombre. En medio de las circunstancias adversas que va modificando al ritmo de su brazo y de su corazón de creyente, permanece fiel a sí mismo, seguro en las pruebas. Sólo así podrá comparecer arrogante, con su gran manto escarlata, listado de oro, y la gran barba, que no mesó nadie, atada con el cordón simbólico, acompañado de doscientos caballeros, en esa escena solemne, casi ritual de las cortes. Pero esta vez la justicia del rey se enuncia en voz alta:

«Magüer que algunos pesa, mejor sodes que nos»

ARQUETIPO: El Poema ofrece la figura de un caballero español; Rodrigo, el Cid de Vivar.

Por ese hábito artístico original de la poesía castellana - el realismo - su creación se opone a las exóticas de las novelas de caballería, cuyo protagonista es también un caballero. El protagonista es el equivalente español, por su significado, de los que viven con las notas de una poesía fantástica en la literatura europea. Fieles también a valores imponderables, luchaban con el mal, simbolizado en endriagos y gigantes, emprendían el rescate del santo sepulcro o conquistaban al final de una serie de hazañas, el amor de las Orianas como premio a la fidelidad interior.

Rodrigo, el español no lucha sino con seres de su mundo cotidiano, de concreción inmediata, y cuerpo a cuerpo; no recorre lenguas tierras; su princesa es Jimena, virilmente amada, o sus hijas doña Elvira o doña Sol. Recorre en el Poema tierras españolas, como don

Quijote el camino de Montiel o del Toboso, y realiza la cruzada en España, con la conquista de Valencia.

Rodrigo es particularmente un caballero español, parecido a aquel otro Rodrigo que en la copla manriqueña dialoga mano a mano con la muerte: hermano de aquéllos de rostro ascético y porte sereno que rodean en su descendimiento al Conde de Orgaz; también de aquel don Alonso que vence con honor sus temores, sabiendo que la muerte le espera, nocturna, en el camino a Olmedo. Y, sobre todo, es hermano de Don Quijote el que sacó de su casa al hidalgo manchego.

Rodrigo es español, pero trasciende las circunstancias históricas que condicionan su vida poética y es también un arquetipo, un modelo eterno, de vida, de fe y de integridad moral.

La crítica dice de esta figura que en ella no hay drama en el sentido moderno, que permanece el mismo desde que el Poema comienza hasta que termina. Es cierto: sólo que en ese permanecer fiel a sí mismo, vive el más intenso drama.

Su figura se alza serena, inalterable, dominando, como un elegido instrumento de la Providencia, esa vida que se agita en su torno, desde que abandona entre lágrimas su heredad, su familia, su patria, hasta el gran juicio de las cortes de Toledo. Y, sin embargo, ha tenido que sufrir las más dolorosas pruebas. Rodrigo posee la profunda sabiduría que otorga al dolor su dimensión redentora y a la vida su sentido de diaria conquista. Rodrigo es el caballero español y cristiano y por ello universal.

PROCEDIMIENTOS POÉTICOS: descripciones, gradaciones, ritmos y tonos.

El realismo total del Poema puede señalarse también en la atención del poeta a todo lo que constituye el contorno policromo y variado de la creación central. El Cantar abunda en descripciones enumerativas y descripciones que, con nítido relieve, presentan escenas propias del mundo cidiano.

Porque dentro de su respectivo grado todo era vivido en valor de eternidad, los actos, los gestos, las situaciones, los usos más cotidianos eran dignos de la poesía. Todo reviste una importancia significativa en la que el poeta se detiene amorosamente. El Cid se signa, lento, la cara o el pecho; el Cid sonríe; el Cid sacude la cabeza; el Cid llora; sus gestos están anotados como solemnes, casi rituales. Vela sus armas en San Servando y entra en las cortes con la solemnidad de quien sabe que todos nuestros actos tienen decisiva importancia.

Las cortes se van desarrollando lentamente ante nuestros ojos;

modelo de gradación poética; el juglar anota los movimientos, las reacciones de los personajes, los pasos de la demanda, la entrada de los emisarios de Navarra y Aragón...

El plazo del destierro no impide que el Cid se detenga, que Raquel e Vidas en su conciliábulo de intereses, se desplacen despacio aconsejándose mutuamente, traten su negocio con Martín Antolínez, lo acompañen hasta donde está el Cid, le besen la mano, le pidan un favor, extiendan ante él una sábana - «de rancal muy blanca» - dice el Poema, y el burgalés cumplido cuente los seiscientos marcos, uno a uno...

La despedida de Rodrigo en Cardeña da margen para que el Abad Don Sancho salga al corral a recibir al Cid con candelas, o para que Jimena que se ha hincado lentamente en las gradas del altar, recé su larga oración enumerativa. La entrevista con el rey, a orillas del Tajo, en la que Rodrigo se humilla hasta tomar la hierba del suelo con los dientes, los viajes de Minaya a Castilla, los regalos, las bodas, cuyos festejos duran días, el velar de las armas, alternan su ritmo y sus tonos más variados, patéticos, brillantes, tiernos, festivos, con el ritmo férreo y el tono de gesta, o el sombrío episodio de la afrenta de Corpes.

En definitiva: apreciamos en este poema un realismo amplio, múltiple y variado como la vida; realismo estético de sentido inverso, por su base religiosa, al que cumple el 'naturalismo. El realismo que magistralmente inaugura el Poema caracteriza todo el arte español medieval y clásico, en el que se refleja la infinita escala de la creación. Se da en él un rescate artístico aún en los motivos más nimios y opacos que viven en el arte medieval, en visión sencilla, desnudos e inocentes. Poesía de 'la nuez foradada', de la cañaveira, de la rosa, de la mujer, de la muerte, pero también de los santos y de la Virgen; poesía de Berceo, del Arcipreste de Hita, de Alfonso el Sabio, de los Manrique. O poesía anónima del pueblo, con sus héroes, sus santuarios, sus cantos. Poesía de Dios siempre.

Cuando el complejo Renacimiento traiga primores de técnica italiana, moderna, la serie no se desintegrará aunque se extreme y complique con novedades ideológicas y artísticas. Lo nimio y lo opaco, contarán en su temática con inocencia y con gracia picaresca; con frescura siempre; sano y luminoso realismo español por el que Murillo pinta a la Purísima en el vuelo celeste de su manto, y en su gloria de ángeles, y pinta también los muchachos que se comen los melones.

Los más egregios poetas del Siglo de Oro, recorrerán toda la escala de la creación. En series contrastadas de temas, pero en

actitud complementaria, integradora, Cervantes y Lope, Santa Teresa y Quevedo, Góngora y Calderón, en singularísimo perfil, se reúnen en torno a ese realismo, visión concreta y múltiple de la realidad como Creador y Creación.

Realismo estético español que inaugura definitivo con el ritmo arcaico de su melodía, este viejo y siempre nuevo «Poema del Mio Cid».

BIBLIOGRAFIA

- RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL- «La España del Cid». Edic. Espasa Calpe. Arg. 1939.-
Poema del Mio Cid. Edic. La Lectura. Madrid 1913.
N. Rev. Filología Hispánica Ed. México Año III N.º 2
DÁMASO ALONSO-Estilo y creación en el Poema del Cid, en Ensayos de Poesía Española - Rev. de Occidente - Argentina - Buenos Aires 1946.
LEO SPITZER-Sobre el carácter histórico del Cantar de Mio Cid.-
Nueva Revista de Filol. Hispánica - Año II - N.º 2
Ed. El Colegio de México.-

EL TORMENTO DE LA CRUZ EN EL MUNDO ROMANO

POR: ALBERTO I. MASRAMÓN

Desde los albores de Grecia y Roma, mucho antes de la presencia de Cristo, se consideró a la muerte como un mero cambio de vida. No se aceptaba ni la metempsicosis, ni la morada celestial. Se creía simplemente que el alma seguía viviendo bajo tierra; de ahí la importancia de los ritos de la sepultura.

Homero, Cicerón, Virgilio, Eurípides y Pausanias - entre otros clásicos -, hablan de «encerrar el alma en la tumba». Al concluir la ceremonia fúnebre se acostumbraba a llamar tres veces al difunto y se agregaba: «Que te encuentres bien»; «Que la tierra te sea leve». Se escribía su nombre, como se hace hoy, y se enterraba con él sus vestidos, sus armas, llegando a derramarse vino y depositarse alimentos.

Los escitas sacrificaban caballos y esclavos como lo cuenta Heródoto, ratificado con los hallazgos en Crimea del francés Paul Dubrux, emigrado en Rusia después de la revolución de 1789.

Está presente el caso de la reina Subad de Ur, descubierta por el arqueólogo Sir Leonard Woolley, cuyas damas de honor fueron sepultadas vivas para acompañar a su soberana. La Fosa de la Muerte contenía 74 esqueletos femeninos y arpas de metal precioso, con las que se ejecutó la música para la danza macabra que resume un gigantesco sacrificio humano. Woolley lo aclara: «Hemos de suponer que el entierro se efectuó en la cámara real y que se sellaron las puertas... He aquí que se percibe el rumor de una procesión, que se acerca por el pasillo: los cortesanos, guardias de corps, ayudas de cámara, damas de honor - estas últimas, con sus lujosos atavíos de

brillantes colores, con tocados de lapislázuli, plata y oro, acompañados de músicos provistos de arpas, liras, címbalos y sistros...; luego, los carros con los animales de tiro; bueyes ó asnos, los aurigas, que los hacen bajar o los empujan hacia abajo. Cada hombre, cada mujer, lleva su copa, lo único que necesitaban para la horrible ceremonia. Los músicos tocaban; cada cual apuró su copa - en medio de la Fosa se hallaba un gran recipiente del que todos podían tomar la bebida -, y después se acostaron en espera de la muerte» (1).

Luciano indica que los griegos «abren pozos cerca de las tumbas y en ellos cuecen la comida de los muertos», porque ellos «se nutren de los alimentos que se colocan en su tumba y beben el vino que sobre ella se derrama».

Estas ideas que hoy parecen ridículas han gobernado a las almas, de tal suerte, que la mayor parte de las primitivas instituciones domésticas y sociales emanan de esa fuente. Con razón se ha considerado a la tumba como un microcosmo pues sintetiza una civilización. Cúpula solar, antecámara del mundo de las tinieblas, o templo para el vuelo del alma al cielo, con su silencio, expresa algo que tiene un nombre: esperanza...

«Esperanza a sobrevivir - claro está -, aunque el griego V. G., apegado a la tierra, se angustia ante el destino sin respuesta. Por eso sufre y exige. Homero da notables ejemplos de dolor frente al problema de la muerte. Pone en labios de Casandra, hermana del Priamida Héctor, estos conceptos: «¡Mirad, troyanos y troyanas! ¡Ya que en otro tiempo ibais con el corazón lleno de alegría a ver a Héctor cuando del combate regresaba vivo, mirad ahora al que era el orgullo de la ciudad y de todo un pueblo!» O de la acongojada esposa Andrómaca: «¡Ah hombre! Has muerto joven, y en mi morada me dejaste viuda, y no creo que llegue a la adolescencia ese hijo niño que engendramos ambos, ¡oh desdichados de nosotros...!» (2)

Con todo: en Homero domina la idea de que la supervivencia del alma reside en los ritos y en la sepultura del muerto. De ahí, las súplicas de Príamo a Aquiles para que le devuelva el cadáver de Héctor; o el reproche de Patroclo que se presenta en sueño al Peleida rogándole los funerales para poder llegar al Hades. Al hacerlo, Aquiles exclama: «Ahora estarás contento de mí, ¡oh Patroclo! porque cuanto te prometí he cumplido. Contigo consume el fuego a doce nobles hijos de magnánimos troyanos. Al Priamida Héctor no he de entregarlo al fuego, sino a los perros...» (3)

Suetonio, en la Biografía de Calígula, sostiene que el emperador

al ser sepultado sin observarse los ritos fúnebres, su alma anduvo errante y no mostró a los vivos, hasta que se decidieron a seguir las reglas, imitando para ello desenterrar previamente al despota. Se llegó a temer más que la muerte, la privación de la tumba. A los criminales se le aplicó un castigo para entonces brutal: la muerte sin sepulcro. Era un sacrificio eterno que se extendía al alma, la que errabunda, al sucumbir para siempre, llegaba a apagar su hogar, y toda la serie de sus antepasados caía en la miseria infinita. Nació el tormento de la cruz como expresión de oprobio y desdicha imperecedera. Con el tiempo este suplicio alcanzó a hombres de gravitación social como Lucrecio y Fairtrax; o Jesucristo, que con su mensaje de paz, destruyó viejas creencias, desapareciendo los dioses de la paganía. En el drama del Gólgota, el Nazareño, unido a la cruz por los clavos de hierro empicados de sangre, impuso al mundo un nuevo concepto del más allá. Esa identidad nació de su agonía y de su muerte; al sudar el frío del suplicio; al presentar el martirio de su cuerpo, con la boca rígida en testimonio de la angustia sin límites, bajo unos ojos destellando la verdad del mensaje, selló su compenetración con la cruz símbolo. Con Él, se produjo la gran transformación religiosa, marcando con su actitud que el puerto final del humano peregrinar no es ni la tierra ni la tumba sino el cielo: «Pater, in manus tuas».

Roma creó un mundo de contradicciones. La realidad y la fantasía concibieron profundos contrastes. La corrupción, el vicio, el orgullo, frente a las más claras muestras del espíritu al trasvasar en él su estilo propio.

Ostentó fenómenos profundamente originales en su sustancia, pese a la influencia griega de la forma. Jamás se presentó un panorama de tanto efecto; ni el antiguo Oriente, ni la Grecia clásica arrojaron una lucha tan tesonera entre libres y esclavos, ó ricos y pobres. Jurisconsultos, políticos, historiadores, artistas y militares de hoy, beben sus enseñanzas. Patricio de la Escosura lo califica: «el pueblo más grande de la tierra».

Al brillo de la luz, la densidad de la sombra: cuando mayor el poderío secular de Roma imponiendo una civilización avanzada en la antigüedad, por lo bajo, mayor la venganza, el cinismo y el

desvarío de ciertos sectores, donde la realidad acogía a las más grandes pasiones.

Desde tiempos remotos, el hombre que naciera libre y que fuera esclavizado por el propio hombre, fue sumando una serie de antecedentes negativos, propios del paganismo, Roma llegó a encarnar aspectos profundos de esas pasiones: el que busca amparo en el odio; el que desespera, pretendiendo olvido en los vicios. O bien, el que vive sueños y esperanzas; el que destaca el deseo de existir; el que marcha en busca del amor inmortal en esa hora de sugerencias, plasmada de angustias y desasosiego.

En un ambiente así, el romano se hizo, por lo general, indolente. Rara vez compensó cualquier indulgencia con algún signo de gratitud. Altanero, provocó disentimientos. Orgullosa, se despreocupó de los sanos consejos. Esa fue su ley, llevando al sistema esclavista a su punto culminante y con ello, las más hondas diferencias sociales. De ahí que refinara los instrumentos de tortura para perseguir a los vencidos, como el uso de la cruz. Lo impulsó: el sufrimiento físico, moral y religioso, para el goce frenético de sus oscuros sentimientos.

El arqueólogo Enrique Schliemann al descubrir Troya en el año 1870, encontró dibujada la cruz «swastica» o «gammata». Hallazgos similares se hicieron en Micenas, Chipre, Etruria, Sicilia, Suecia, Escocia y Norte de Africa.

La cruz - como figura - data de tiempos muy remotos. Según Bournouf, «era el instrumento para obtener fuego; símbolo de la llama»; otros la consideran forma simplificada del sol. Los egipcios asociaron a la diosa Sekhet, la cruz ansata, en forma de T con una pequeña circunferencia o asa superior. En la edad del bronce, el hombre prehistórico construyó cruces. Posteriormente se pensó la manera de utilizarla como tormento de muerte. El filósofo Platón, en su República, expresa que este suplicio procedía de Oriente y se aplicaba a los salteadores.

Es creencia que la inventora del tormento de la cruz fue Semiramis, mujer de Nino al que dio muerte para convertirse en reina de Asiria. De aceptar a Heródoto, mandó construir diques de contención del Eufrates, embelleciendo enormemente a Babilonia. El martirio



Camino del Calvario. Retablo de la Mejorada.
Obra de Alonso Berruguete (1489?-1561)

El hecho constató en su origen en un poste afianzado en el suelo donde se colaba a la víctima, dejándosela morir de hambre y sed.

El instrumento evolucionó. Conforme Quintiliano, la crucifixión se aplicó en tiempos de la República romana únicamente a los esclavos. En las afueras del Esquilino, en el Sessorium, existían bosques donde abundaban las aves de rapiña. Suetonio describe que utilizaban el tamaño del crucificado, aunque hubo excepciones: Galba hizo construir una gran cruz blanca para hacer sufrir a uno de sus enemigos. Constantino prohibió el empleo de la cruz. Se trata del primer emperador cristiano y la abolición respondió al respeto que merece por el Redentor.

Roma fue expresión del esclavismo militarista económico. Las guerras victoriosas después de Zama (-202), le permitieron adueñarse de Macedonia (-168, batalla de Pidna), Cartago (-146), Grecia (-146, batalla de Leucopetra) y España (-133, toma de Numancia). Los estados independientes de Siria, Egipto y Asia Menor le rendían obediencia, considerándose vasallos. Se llegó al caso del Rey de Pergamo, Atalo III, quien dejara en heredad sus dominios a la ciudad del Tíber. Atalo ha pasado a la historia como un déspota que se entretenía modelando cera y cultivando plantas venenosas. Escribió libros sobre la técnica del veneno el que empleó entre sus súbditos.

La muerte de Atalo incorporó a Roma el Asia Menor en el -133 y desde entonces los romanos comenzaron a llamar al Mediterráneo «Mare Nóstum». La hegemonía marítima la transformó en una poderosa urbe mercantil que absorbió las riquezas, ocupando el lugar que antes ostentaban Atenas, Corinto y Cartago. Se operó un doble proceso: el triunfo de la economía monetaria y el despoblamiento de la campaña. Roma, ante la abundancia de oro y plata, entregaba a los comerciantes dinero a un bajo interés del 4% anual que ellos colocaban en las provincias o en el Oriente al 30 ó 40% anual. Nacieron prestamistas, verdaderos banqueros, que operaban en el Foro. La campaña se despobló surgiendo los latifundios. La lucha entre patricios y plebeyos fue reemplazada por la de ricos y pobres.

Los desposeídos marcharon a Roma donde vendieron su voto haciéndose realidad la expresión: pan y circo. Se produjo paralela-

mente un gran avance de los esclavos. Paulo Emilio, luego de Pidna trajo de Grecia 150.000 rehenes, entre ellos intelectuales como el historiador Polibio. Roma fue asimilada intelectualmente por la cultura helenística. Se difundieron cultos extranjeros: Isis, Serapis y Mitra - entre otros -, iniciándose la adoración a Baco, con el frenesí de sus exóticas danzas. Se desarrolló el lujo. La esclavitud perjudicó el trabajo de los hombres libres. Una sociedad corrupta los conducía indeliberadamente al ocio y la miseria. Únicamente la voz de Catón clamó por el retorno a los viejos tiempos; mas, sin resultado.

En el siglo - II, los conflictos sociales en el estado romano se agravaron por la presencia de tantos esclavos, dispuestos a sublevarse a la primera oportunidad. Fue así que en - 199 se descubrió un complot en Sezze, en - 197 en Etruria, en - 186 en Apulia y en - 185 en Calabria. Diodoro trae este interesante dato: «Los esclavos que había en Sicilia eran tan numerosos que quien sentía hablar de ellos no lo creía, pensando que debía tratarse de una exageración». Los esclavistas sicilianos eran miserables e insensibles; los privaban de alimento y vestido, los que para subsistir tenían que robar.

En el - 136 estalló la primera gran rebelión de esclavos en la ciudad de Enna, encabezada por Euono. Siguiendo los fragmentos que quedan de la obra de Diodoro se puede reconstruir el proceso: toma sorpresiva de la ciudad, captura y muerte de los esclavistas Damófilo y Megálida. El eco de la revuelta resonó por toda Sicilia, enfrentando victoriosos a los ejércitos romanos. Nació un estado de esclavos que reconoció por rey a Euono quien lo hizo tomando el nombre de Antíoco y llegó a acuñar monedas.

La caída de Numancia, en el - 133, con el regreso a Roma de Publio Cornelio Escipión el Emiliano, que logró tranquilizar la ciudad convulsionada por el quehacer de Tiberio Sempronio Graco, permitió reunir un poderoso ejército que a las órdenes de Publio Rupilio, reconquistó Enna y aniquiló a los esclavos de Sicilia. Euono murió crucificado. Su intento marcó una serie de reacciones similares en Italia y Grecia; la de mayor gravitación fue la de Espartaco.

Poco se sabe de la vida de Espartaco. Su patria de origen era Tracia, militando en las tropas auxiliares romanas. Por deserción se lo

incorporó a la esclavitud. Dado su fuerza física fue destinado a gladiador convirtiéndose hacia el - 73 en una de las escuelas de adiestramiento. Fue enviado a las fuentes (Las guerras civiles, narradas por Apiano; La vida de Craso, escrita por Plutarco; Las hazañas romanas, contada por Floro), a principios de ese año, con unos setenta compañeros, luego de organizar un complot consiguió huir, ocultándose en el Vesubio. Sus fuerzas aumentaron día a día y con habilidad de estratega, venció a un ejército romano capitaneado por Cayo Clodio.

El Sur de la Apennina quedó bajo su poder llegando a reunir 120.000 hombres. Su plan era sencillo: salir de Italia y obtener de este modo la libertad. Sin embargo hubo quienes - entre los suyos - quisieron la conquista de Roma. La historia, de Aníbal Barca volvió a repetirse. En ese ir y venir de ejércitos, prácticamente encerrado por Marco Licinio Craso, Lúculo y Pompeyo en la primavera del - 71, tuvo lugar en Apulia la batalla decisiva. Lucio Anneo Floro, el historiador hispano, deja este testimonio: «Todas las fuerzas del Imperio lucharon que ponerse en movimiento para hacer frente al vil gladiador. Lucio Craso volvió por la honra del pueblo romano. Dispersos y puestos en fuga los enemigos (¡Vergüenza causa darles tal nombre!), se refugiaron en las extremidades de Italia. Acasados en el ángulo formado por el Brucio, se propusieron huir a Sicilia, mas carecieron de navas; intentaron en vano lanzarse en el rápido cauce del estrecho valiéndose de balsas formadas por mimbres y toneles entrelazados con juncos, y siendo vano su empeño encontraron una muerte digna de valientes lanzándose sobre los romanos y peleando sin cuartel, cual convenía a soldados de un gladiador...» (4)

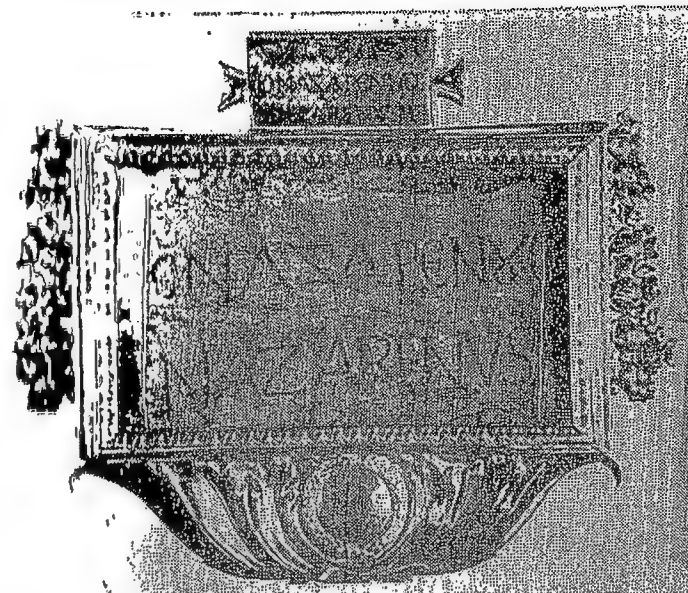
60.000 esclavos cayeron en la lucha; 6.000 prisioneros fueron crucificados a lo largo del camino que iba de Capua a Roma.

¡La cruz! Aquí reaparece el símbolo del castigo con toda su crudeza por mandato de Roma y de un hombre: Marco Licinio Craso. El apartaco fue demasiado lejos y su rival decidió aplastarlo para siempre. La psicología de Craso jugó un papel de trascendencia en el episodio, aplicando el peso formidable de su poder.

Después vino el arrepentimiento. Supuso encontrar a Espartaco en todo, no pudiendo mirar el suelo sin ver sus rasgos en el piso, o en cada nube, o en cada árbol... Su rostro denotó angustia y su alma oscurecida, acabó con su cuerpo. Aguijoneado por el espectro que lo persiguió inflexible, accionó desde entonces mecánicamente. Creyó alcanzar el cielo con la proeza de crucificar a tantos hombres, que para él y los de su época no lo eran por tratarse de esclavos; al decir de Varrón, «instrumentos animados y parlantes».

Capua era la ciudad de los perfumes caros y de los aceites costosos; era un lugar de veraneo que estaba unido a Roma por la Vía Appia, camino de gran tránsito para esta época del año. En el - 71, luego de los sucesos que culminaron con la aventura de Espartaco, la Vía Appia presentaba un aspecto terrible: a ambos lados estaban los símbolos de castigo, desafiando el cielo, enhiestos y brutales, portando los despojos de los que lucharon por sobrevivir en un mundo de horror y desesperanzas. Una de las cruces se encontraba apartada de las seis mil restantes ocupando un ángulo elegido expresamente para ser vista desde lejos. Difícilmente se advertía el cuerpo desnudo del hombre que colgaba. Caía ligeramente oblicuo y ello le agregaba cualidades extrañas; desnudo, despedazado por los pájaros, ennegrecido por el sol, aparentaba un grotesco movimiento. No había rostro; la cabeza hacia adelante y los cabellos, tapaban la oscuridad de lo que fuera espejo de dolor tremendamente contenido. No era Espartaco. El gladiador había sido despedazado en la contienda, como expresa Floro: «El mismo Espartaco murió, puesto a la cabeza de los suyos, combatiendo esforzadamente como si fuera un general» (5). El que estaba ahí era el gallo Fairtrax, segundo de Espartaco. Según un testimonio soportó el suplicio cuatro días. Para acelerar la muerte de los crucificados acostumbraban desangrarlo; de lo contrario se hinchaban como una vejiga. Por eso a Fairtrax le abrieron una vena. Al empezar el tormento insultaba a los que se le acercaban; al perder fuerzas se encerró en sí mismo para dejar finalmente este mensaje que ha resonado a través de los siglos: «¡Volveré y seré millones!»

Espartaco materialmente había desaparecido. Pero los crucificados, precedidos por Fairtrax, estaban ahí, para recordar a Roma y a Marco Licinio Craso, que lo hecho era peor que un crimen: era un error. Espartaco símbolo, se incorporaba desde esa primavera del siglo - I; como uno de los más grandes héroes de la historia pagana. Como lo define Max Scheller: «El héroe sigue viviendo como autor de los hechos en la imagen de la fantasía, del mito, del canto, de la poesía. Pero no a través de informes, sino patentemente, palpablemente. Secundariamente también sigue viviendo como modelo de ser... No es el éxito lo que determina su heroísmo, sino el ímpetu de sus actos. Su esfera de valores es la vida y el ser de su pueblo, dilatación y elevación de su espacio vital: esto constituye el rasgo fundamental de su amor y de su responsabilidad. El amor a la respon-



Parte del madero de la Cruz con la inscripción: «Jesus Christus Nazareus Rex»



Un trozo de madera de la Cruz de Cristo.

De la obra de: LEONARD VON MATT, El Papado. El Vaticano.
El año Santo, Barcelona, Bosch, 1951.-

...bilidad, la búsqueda de esa responsabilidad le son esenciales. . . » (6)

Un poco más acá en el tiempo - siempre en el ampuloso mundo romano - , asistimos a otro episodio similar al estudiado, pero de naturaleza distinta; la crucifixión de Jesús de Nazaret.

Estamos frente a una bulliciosa multitud, convergiendo hacia el que se debate en su desmayo bajo la pesadumbre de un madero. Tales espectáculos eran diversión corriente, por lo que el pueblo se comportaba en forma rutinaria. Cuando agotado el inocente se desplomó bajo la cruz, se ordenó al Cirineo a llevarla. Escaseaban los hombres en el grupo que avanzaba lentamente hacia el Gólgota. Una vez en el sitio, había que concluir.

Fuertes manos destrozaron las ropas al inculpado, en tanto su cuerpo destilaba lenta sangre contrastando con su blanca piel. Miradas amorosas - unas - , sádicas - otras - , observaban las carnes inmaculadas. Pesadas zarpas aplastaron a la víctima sobre la cruz. Extendieron el cuerpo, estiraron los brazos y las manos yacían sobre el leño. Gruesos clavos lastimaron crujientes músculos y nervios. ¡Sangre de Cristo! ¡Sangre, siempre más sangre!

¡Dolor físico y dolor moral! ¡Dolor del cuerpo y dolor del alma! ¡Dolor de la ingratitud, de la incomprensión, de la amistad traicionada. . . ! En los estos dolores, confundido en uno inmenso, inenarrable, porque en él se mezclaron sin confundirse todas las quejas, todos los lamentos, todas las lágrimas que la humanidad ha vertido y habrá de volver hasta la consumación de los siglos. De pronto la colina entera se ensombreció como si el sol se hubiera ocultado para siempre. La visión de la cruz, apenas perceptible en pleno día hablaba de un gran milagro.

Como clarinada perenne penetraron los hechos del Calvario. Cristo había muerto pero con su muerte comenzó su triunfo. La cruz convertida en luz, coronaba el Gólgota como expresión de victoria. Empezó a crecer para cubrir con sus brazos el mundo y señalar en la historia el comienzo del capítulo más trascendente por su proyección moral y religiosa. Se había consumado con el sacrificio del Nazareno, el drama más ampuloso de la tierra. Su piedad bastó para destruir el paganismo. Con su mensaje de amor sellado en la cruz con su

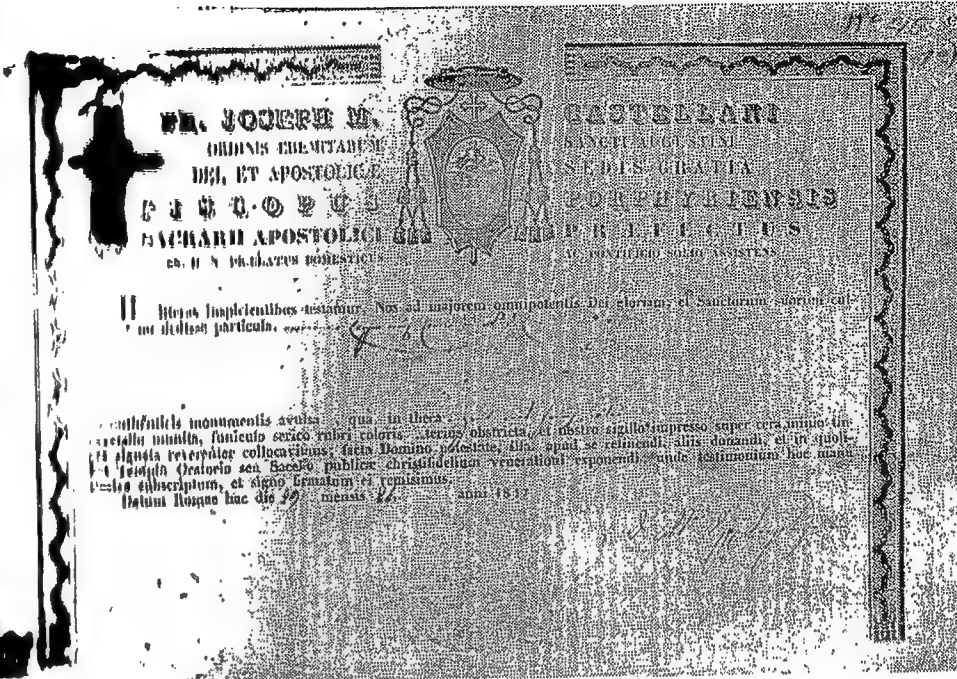
sangre, se inició una nueva era: la cristiana.

Se descuenta el valor de la cruz símbolo... Por eso el interés que desde antiguo primó entre los creyentes por identificar el instrumento de tortura en que expiró Jesucristo. Restos del madero fueron descubiertos por Santa Elena el 3 de mayo del año 326, luego de cumplirse el Concilio de Nicea. San Macario logró individualizarlos y Santa Elena dividió los restos para depositarlos en Jerusalén, Constantinopla y Roma. El reloj atómico, inventado por el sabio Willard Libby, ha dado una datación aproximada de 2.000 años por medio del radio carbono 14, para el trozo que se guarda celosamente en el Vaticano y que lleva la inscripción «Jesus Christus Nazareus Rex». Esta reliquia se encuentra en la basílica vaticana de la Santa Cruz de Jerusalén, lo mismo que tres astillas del madero, dos espinas de la corona y un clavo, los que son expuestos a la veneración pública anualmente el día viernes santo en horas de la tarde.

En el Palacio San José (Entre Ríos), lugar predilecto del general don Justo José de Urquiza, Organizador de la Nación, existen varias reliquias que le remitiera el Papa Pío IX. En el año 1851 se inició una etapa de acercamiento entre la Confederación y el Vaticano. Por ello, el Sumo Pontífice le envió a Urquiza reliquias de San Justo y Pastor, un medallón, un anillo, y lo más extraordinario, una astilla de la cruz de Cristo. De tal suerte ha llegado hasta nosotros una partícula del sagrado madero, cuyo testimonio reproducimos en facsímil. He aquí su traducción:

«Fray José M. Castellani, de la orden de ermitaños de San Agustín, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo Porfirriense, Prefecto del Sagrario Apostólico, Prelado Doméstico de S. S. y Asistente al Solio Pontificio:»

«A quienes vean estas letras atestigüamos: que Nos, para mayor gloria de Dios y para culto de sus Santos hemos dado en donación una partícula extractada del madero de la Sma. Cruz de Nuestro Señor Jesu - Cristo, confirmada por documentos auténticos, la cual, en un relicario de plata de forma interior ovoide, protegida con un cristal y sujetado interiormente por un hilo de seda de color rojo, y estando impreso nuestro sello sobre cera color rojo y sellada, hemos colocado reverentemente; hecha con la potestad del Señor de guardarla (esta reliquia) consigo, de donarla a otros, y de exponerla a la veneración de los fieles cristianos en cualquier Templo, Oratorio o Capilla; por todo lo cual le enviamos este testimonio suscripto por nuestra mano y corroborado por nuestro sello. Dado en Roma este día 29 de Octubre



Facsímil del documento probatorio y cruz de plata en cuyo interior se encuentra una partícula del madero de Cristo, existente en el Palacio San José (Entre Ríos)

1931 (Hay un sello de Mons. José M. Castellani y una
cosa ininteligible).

Este nombró como jefes a los doce Apóstoles o Mensajeros,
los cuales: id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el
nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Uno de ellos,
San Pedro, luego de predicar en Antioquía, marchó a Roma para
derribar el paganismo en su propio centro, transformando aquella
ciudad de orgullo, de iniquidad, de crímenes, en su ciudad, la gran
ciudad desde donde se extenderá por el orbe, el imperio sobre las almas.

Lo sorprendemos entrando por una de sus callejuelas sucias,
buscando el barrio judío en procura de la familia cristiana advertida de
su visita. Lentamente comenzó a circular la Buena Nueva. Vieron
muchos que anhelaban conocer la verdad salvadora y el
viejo narró infinidad de veces su propia historia: sus relaciones con
Cristo; las palabras del Maestro; la Santa Cena; la Eucaristía; la
resurrección; la inmortalidad de Dios. El agua bendita fue cayendo
sobre el conjunto cada vez más crecido, hasta que en el año 66 la
condemnation del César hizo cuanto pudo para exterminarlos.

Pedro fue una de esas ilustres víctimas. Por su ancianidad no
se lo obligó a que llevase la pesada cruz. El viejo pescador, de
carácter humilde, se presentaba ahora firme y erguido caminando
con paso seguro, en busca de la redención de la ciudad.

A lo largo del camino las gentes se detenían asombradas, en
tanto los creyentes expresaban con tranquilo acento a los simples
curiosos: «Ved como se dirige hacia la muerte un justo; el hombre
que conoció a Cristo, fue su discípulo y vino al mundo a proclamar
la ley universal del amor».

Al avanzar, acallaban los ruidos en las cortas callejuelas, silen-
cio interrumpido por el murmullo de alguna oración.

De trecho en trecho, mirando hacia lo infinito, el santo repetía:
«¡Oh, Señor! Tú me mandaste a conquistar esta ciudad, señora del
mundo, y la he conquistado. Tú me mandaste a fundar aquí tu
capital, y aquí la he fundado. Esta es ahora tu ciudad. ¡Oh, Señor!
Y ahora vuelvo hacia tí porque ya se halla terminada mi ardua labor».

Y en medio de esto, la urbe con sus pórticos, arcos, columnas, templos y palacios; el río Tíber de tranquilas aguas; los gigantesco baños públicos de estupendos mármoles; el teatro de Pompeyo; la tumba de Octaviano Augusto; e infinidad de casas perdidas en lon-tananza, esfumadas en la niebla azul.

El Apóstol contemplaba como un rey la ciudad. La tarde cedía su lugar a la noche. El sol había empezado a hundirse por el lado de Ostia, cuando los soldados se acercaron para martirizarlo. El má-jestuoso anciano, que estaba orando en aquel acto, irguióse de pronto levantando su mano derecha. Detuviéronse los verdugos, cual si los intimidara su ademán; contuvieron el aliento los fieles, creyendo que iba a hablar al pueblo, haciéndose un profundo silencio. Mas, el Santo, de pie en la altura, alzada su diestra, hizo la señal de la cruz, bendiciendo en la hora de la muerte, Roma y el mundo.

San Pedro fue sepultado en la colina del Vaticano. Su cripta llamada antiguamente Domus Petri, recibió la visita de milláres de peregrinos que materializaron su paso con leyendas, apenas conser-vadas: «Pedro, socorred a Primo pecador»; «Acordaos de Antonio Basso»; «Orad por Quinta, para que todos podamos ir hacia vosotros»; y como éstas, infinidad de inscripciones. El primer obispo de Roma había conquistado espiritualmente la ciudad y las tormentas no podrían desarraigat el árbol plantado por la mano de Cristo.

Fue así como a través de tres siglos los pobladores de la comarca, abandonados por los bizantinos, arrasados por los longobar-dos, hostigados por los sarracenos, buscaron la protección en los papas, que progresivamente ejercitaron el gobierno del lugar.

Llegó el momento en que el Primado debió acudir a los fran-cos en demanda de ayuda ante el avance de Ataulfo. El rey Pipino cumplió su cometido satisfactoriamente, por dos veces, yendo a Italia por amor a Pedro y para redención de sus faltas. Después depositó las llaves de la ciudad sobre el sepulcro del Santo, acompañándolas con el documento por el que hacía donación perpetua de ella al Príncipe de los Apóstoles, a su vicario y sucesores. De este modo nació el poder temporal de la iglesia, cuya independencia espiritual señala la preservación de su autonomía absoluta.

Jesucristo prometió y confirió al Señor Apostólico, el primado de jurisdicción sobre la iglesia universal: «Eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia». Nada hay dentro de ella mayor que el Jefe de los Apóstoles. Ha dicho Inocencio I: «De Pedro brota el poder de gobernar, estándole sometida toda autoridad dentro de la institución.

... este estableció».

Teológicamente considerado, Jesucristo ha hecho a Pedro inmortal, y a cada uno de los papas. Él no es un delegado de la autoridad que actúa de acuerdo a los poderes otorgados en el concilio de los cardenales. Éstos, designan la persona, pero la autoridad del Pontífice la confiere Dios. Por eso, conforme a lo dispuesto por el Concilio Ecuménico Tridentino en su sesión XXV condenando a Juan Huss, el obispo de Roma «siempre que esté legítimamente elegido, ejerce toda su jurisdicción con prescindencia absoluta de sus sujetos individuales».

Cualesquiera fueran las vicisitudes humanas del papado, el Pontífice es Pedro redivivo. Su función es doble: enseñar y gobernar. «Docencia y jurisdicción - aclara Monseñor Gustavo J. Franchi -, formando parte de sus funciones esenciales. Custodia el tesoro de la doctrina revelada y la expone con autoridad irrefragable, habla infalible cuando habla ex cátedra, es decir, como Maestro supremo, y esto también sin la asistencia conciliar u otra equivalente. Define los puntos de fe y de moral, el sentido de las Escrituras, el contenido de la Tradición, la verdad de los hechos dogmáticos... En lo que toca a su potestad de jurisdicción, posee toda la que le hace válido para la gloria de Dios y salvación de las almas... Abarca lo legislativo y lo judicial, con facultad coactiva mediante las censuras que pueden llegar hasta la excomunión; esa jurisdicción entre otros sujetos se extiende a la administración de sacramento, a la predicación del Evangelio, a la elección y consagración de obispos y demás prebendes locales, a la canonización de santos, a la institución de fiestas, a la erección de órdenes religiosas, a la concesión de indulgencias, a la dirección de los estudios eclesiásticos, y a mil objetos más...» (7)

El perfil de la cruz ha servido de fondo al largo proceso moral y religioso que ha tenido por eje el mundo romano. Euno, Lutitraz y los 6.000 compañeros de Espártaco sufrieron el suplicio por no querer terminar con el esclavismo. Con Cristo, el instrumento de tortura se convirtió en símbolo de la religión revelada. Sangre de mar-

tirio elevó también a Pedro. Las persecuciones fueron terribles. Plinio el Joven en una de sus cartas a Trajano pregunta un tanto desorientado: «¿Deben ser castigados todos sin distinción de jóvenes y ancianos? ¿Debe perdonarse al que se arrepiente? ¿O es inútil renunciar al cristianismo una vez abrazado? ¿Es el nombre sólo lo que se castiga en ellos? ¿Qué crímenes hay unidos a este nombre?» (8) He aquí la respuesta: «Has hecho, querido Segundo, lo que debías hacer en las causas que te han presentado de los cristianos; porque no es posible establecer regla fija en esa clase de asuntos. No deben hacerse pesquisas; si se les acusa y quedan convictos, se les debe castigar. Sin embargo, si el acusado niega que es cristiano y lo demuestra con su conducta, es decir, invocando a los dioses, es necesario perdonarle por su arrepentimiento, cualquiera que sea la sospecha que pesase sobre él. Por lo demás, por ninguna clase de delito deben recibirse denuncias anónimas, porque esto daría pernicioso ejemplo, muy contrario a nuestra época» (9). La contestación del emperador Trajano, bastante criteriosa, es sin embargo muy incierta para establecer el fundamento jurídico de los procedimientos aplicados contra los cristianos. Esto habla de la manera pertinaz con que los incrédulos se lanzaron a la lucha para ahogar al poderoso movimiento religioso que al final convirtió a Roma en capital del cristianismo.

Roma pagana desapareció impotente al aflorar las almas invictas de los mártires, muertos despedazados por las fieras en el Coliseo; o quemados por orden de Nerón, sirviendo de antorchas en las carreras del circo; o vejados por el populacho y arrojados impúneamente en las aguas del Tíber.

Sólo el cristianismo explica a la Roma de hoy; de lo contrario se conocerá a fondo su exterior, pero el significado del conjunto no habrá podido penetrarse. ¡Roma la eterna! En virtud de sus piedras, de sus mármoles, y sobre todo, de su espíritu, materializado en la cruz, firme y maciza, inderrumbable como la moral que la eleva hacia el más allá.

En cada rincón de la ciudad, bajo el fondo imponente de la Basílica de San Pedro, está el Crucificado, de anatomía tensa, atirantada hasta el paroxismo, como arco doloroso, dejando oír su voz para infundir en los hombres el misterio de amor y caridad de su ley. Es que - como sugiere León Bloy - «la cruz sobrepasa a Cristo

La Biblia ludo para demostrar las adorables exageraciones de la moral».

CITAS

- (1) V. C. W. CERAM, «En busca del pasado»; Barcelona: Editorial, 1950, pág. 262.
- (2) HOMERO «La Ilíada», Tor, 1941, Rapsodia XXIV, pág. 300.
- (3) HOMERO, «La Ilíada», Cit., Rapsodia XXIII, pág. 345.
- (4) LUCIO ANNEO FLORO, «Compendio de las hazañas de los romanos», Madrid, Librería de Perlado Páez y Cía., 1904, t. I, pág. 120.
- (5) LUCIO ANNEO FLORO, «Compendio, etc.», Cit., t. I, pág. 120.
- (6) MAX SCHELER, «El Santo, el genio, el héroe», Buenos Aires, pág. 134.
- (7) MONS. GUSTAVO J. FRANCESCHI, «El Pontificado de Gregorio XVI», Buenos Aires, Difusión, 1944, pp. 227 - 228.
- (8) C. PLINIO CECILIO SEGUNDO, «Panegírico de Trajano y Cartas», Madrid, Librería de la Viuda de Hernando y Cía., 1891, II, pág. 174.
- (9) C. PLINIO CECILIO SEGUNDO, «Panegírico etc.», Cit., II, pág. 176.

INTRODUCCION A LA PSICOLOGIA INFANTIL

POR: EDUARDO GIQUEAUX

I Concepto general de la ciencia psicológica.

La **Psicología**, cuya significación etimológica la muestra como la ciencia del alma - resulta sumamente difícil de definir de un modo preciso. Por lo pronto reconocemos que la etimología, en palabras que tienen una trayectoria histórica demasiado amplia, poco y nada puede precisar su sentido actual. Asimismo debemos aceptar que resulta sumamente útil en este, como en tantos otros problemas, abandonar todo punto de vista extremo, es decir, condenar las opiniones que pretenden hacer de la psicología una ciencia del alma fundada exclusivamente en bases introspectivas, que si de por sí no son desdeniables como recursos de conocimientos, lo son desde el momento en que pretenden explicar todo lo que es la psicología con arreglo a un solo punto de vista, convirtiendo de este modo a la psicología en una ciencia de marcado corte filosófico, por las connotaciones religiosas, místicas y prelógicas que la palabra alma arrastra desde su formulación semántica.

Esta concepción de la psicología no la encontramos solamente en la antigüedad (1), sino aún en el siglo XIX y en pleno siglo XX.

(1) Aristóteles no conoce la palabra psicología, pero en su Tratado del alma; define como objeto de esta ciencia al alma humana, que define en los siguientes términos: "el alma es la entelequia primera de un cuerpo natural que tiene la vida en potencia".

Paul Janet hacia el año 1880 escribe: «La psicología es una parte de la filosofía que trata del alma y de sus facultades, consideradas en sí mismas y por intermedio exclusivo de la conciencia» (2). Este criterio sustentado por Janet hacia fines del siglo pasado, prevaleció aún en nuestro país en los programas de estudio de psicología correspondientes a la enseñanza media en los cuales se contempla una primer bolilla destinada a proporcionar a los alumnos un concepto de la filosofía, provocando de este modo en sus conciencias la relación de una dependencia de la psicología respecto de la filosofía. Y es inadmisibles pensar después de Weber y Fechner - a quienes los historiadores de la psicología asocian con el nacimiento de la psicología experimental - y con mayor razón aún después de Wundt - fundador del primer laboratorio de psicología - que la psicología sea una ciencia filosófica.

Ya en el propio siglo XX, W James comienza sus «Principios de Psicología» con esta definición: «La psicología es la ciencia de la vida mental, tanto de sus fenómenos como de sus condiciones», asignándole la tarea de explicar y analizar los estados de conciencia en cuanto tales.

Este criterio resulta asimismo inadmisibles, pues la psicología es la ciencia de la conducta total del hombre, y abarca desde las motivaciones psíquicas hasta la traducción de estas motivaciones en las acciones correspondientes.

Pero de otra parte resulta igualmente útil rechazar aquellos criterios que pretenden hacer de la psicología una ciencia puramente natural, negando la conciencia, la interioridad del sujeto, a la cual solo él tiene acceso y cuya existencia puede comprobarse a partir de la más sencilla de las experiencias psicológicas. En este exceso cayeron los psicólogos «behavioristas», primordialmente, la teoría ortodoxa y radical de J. B. Watson quien, según refiere Freud en uno de los apéndices de su obra «Psicología de las Masas y Análisis del Yo», se jacta de haber suprimido el problema psicológico. Haciendo de la conducta el único objeto de la psicología, el conductista establece que su lema es describir toda conducta en función exclusiva de dos instancias: estímulo y respuesta. Y más aún: dado un estímulo, poder predecir la respuesta; dada una respuesta, poder determinar con precisión el estímulo que la ha provocado. «El interés del conductista en las acciones humanas significa algo más que el del mero espectador:

(2) Dr. Waclaw Radecki; Tratado de Psicología, Bs. As. 1933.

de controlar las acciones del hombre, del mismo modo como en la física los hombres de ciencia desean examinar y manejar otros fenómenos naturales» (3). Esta orientación, que tiene sus predecesores directos en los fisiólogos rusos Ivan P. Pavlov y Wladimir M. Bechterev y sus investigaciones sobre el acto reflejo y sus posibilidades de controlamiento, hace de la psicología una ciencia de acentuado - por ser el actor exclusivo - giro fisiológico.

Ambos puntos de vista son extremos y a los dos les es negada, en consecuencia, la visión de un aspecto de la realidad del objeto de la psicología que, abarcando el campo de la conducta del individuo, no descuida los móviles psíquicos de la misma, muchas veces olvidados de determinar si se desdeña el aporte de la autoinspección.

En las jornadas de antropología que tuve el honor de dictar para los alumnos de los cursos del profesorado de Filosofía (C. del Uruguay) subrayé repetidas veces este concepto: el hombre es una totalidad que se resiste a ser enfrentada fragmentaria, unilateralmente; el hombre es conciencia y cuerpo y la psicología debe atender ambos aspectos en tanto configuran la unidad de su ser. Como unidad por sí misma, como unidad espaciotemporal - por muchos senderos que recorran los psicólogos deberán reconocer a la postre que esta es la totalidad del hombre - debe ser psicofísicamente estudiado. No debemos olvidar jamás que es la conciencia la que determina la ubicación temporal de los cuerpos en el espacio.

Por esta razón es preferible orientarse hacia concepciones como la que postula la dirección personalística de la psicología, representada por W. Stern. En su concepto, la «psicología es la ciencia de la persona que tiene vivencias o que es capaz de tener vivencias»; entendiendo por persona «un todo viviente, individual, único, que aspira a fines, se contiene a sí mismo y, sin embargo, está abierto al mundo que lo rodea; es capaz de tener vivencias» (4). Y es preferible porque constituye un concepto integral del ser humano como realidad físico-espiritual que se dirige intencionalmente hacia fines, como el objeto de la psicología. Es decir, no ceñirse a los procesos neurofisiológicos con prescindencia de los procesos psíquicos, ni tampoco concentrarse en estos en detrimento de los primeros; enfocar al hombre total: dado

(3) J. B. Watson; El Conductismo, Ed. Paidós. Buenos Aires. Año 1955.

(4) William Stern; Psicología General, Paidós. Bs. As. 1962.

que ambos aspectos conforman su realidad.

2.-División de la psicología.

En la Actualidad los estudios sobre psicología han alcanzado una intensidad insospechada y sus dominios de investigación y por consiguiente de aplicación, se han ensanchado considerablemente. Esta ilimitada difusión ha hecho que la psicología trascienda los círculos científicos e invada el terreno de la literatura popular. Como prueba de ello podemos citar enorme cantidad de revistas y publicaciones periódicas en donde se aplica tal o cual práctica psicométrica (test) para la resolución de tal o cual problema que ofrece la existencia diaria. Si a esto sumamos las novelas y las producciones cinematográficas de "corte psicológico", no será necesario agregar que hasta la propaganda comercial se realiza en muchos casos respetando ciertos principios de psicología para probar nuestro aserto.

Esta difusión ha traído como lógica consecuencia una especialización de la psicología, de tal modo que se ha escindido en una serie de ramas colaterales cada una de las cuales - respetando los fundamentos y los principios de la psicología general - se aplica al estudio y resolución de una problemática parcial. Entre otras podemos citar:

1.- Psicología Social: se encarga de estudiar la conducta del individuo como ser social, es decir, como integrante de un conjunto de individuos con los que debe intercambiar relaciones durante el curso de la vida. La conducta social del individuo comienza en la infancia, y se manifiesta primeramente en sus relaciones con la familia, posteriormente con el medio ambiente y finalmente en la escuela, encargada de orientar y encausar la conducta social del niño. Hay quienes han caracterizado al hombre como un ser social, y han puesto en el lenguaje - en tanto comporta la posibilidad de comunicación - el fundamento de la sociabilidad de la especie humana. Escribe Freud que "en la vida anímica individual, aparece integrado siempre, efectivamente, «el otro», como modelo, objeto, auxiliar o adversario, y de este modo, la psicología individual es al mismo tiempo y desde un principio, psicología social, en un sentido amplio, pero plenamente justificado" (5).

(5) S. Freud; Psicología de las Masas y Análisis del Yo. Madrid, 1924.

2.- Psicología Genética: cuya misión consiste en estudiar al individuo a través de su desarrollo psicobiológico, y que comprende cuatro etapas fundamentales:

a) **Psicología de la niñez:** investiga y detalla las reacciones del comportamiento infantil a través de todos los periodos de la infancia y en relación con los diferentes objetos (se estudiará más en detalle posteriormente).

b) **Psicología de la adolescencia y de la juventud:** encara el estudio de la evolución del individuo desde la pubertad hasta su entrada en la madurez, en su desarrollo interno y a la vez investigando el modo en que se relaciona con el medio ambiente y con todos los sectores de la cultura. Son notables en este sentido algunos estudios de autores alemanes, como Spranger y Stern, y de algunos franceses tales como Compayré, Mendoussé, Debesse y otros.

c) **Psicología de la madurez:** que estudia las características de la vida psíquica de la persona adulta, ya desarrollada, en la plenitud de sus facultades psíquicas y físicas.

Este aspecto de la vida del individuo ha sido quizá, menos estudiado que los restantes.

d) **Psicología de la senectud:** analiza el comportamiento del sujeto durante el último periodo de su vida, en el cual sus reacciones parecen acercarse visiblemente a las de sus días de infancia. Otro tanto podemos decir de la lógica que presentan sus razonamientos.

Mira y López, en una publicación reciente, ha puntualizado algunas de las características de la psicología de este periodo.

3.- Psicología animal: muy lejos estaba Descartes y su teoría mecanicista de sospechar el auge y la importancia que cobrarían los estudios sobre psicología animal. Bastaría mencionar algunos pocos investigadores contemporáneos, para comprobar hasta qué punto es exacta tal afirmación. Se han hecho ya célebres las investigaciones de Köhler con antropoides, en base a las cuales pudo Max Scheler llegar a establecer el grado de "Inteligencia práctica" en el reino animal, reconocimiento este que lo obligó a replantear el problema de la diferencia que existe entre el hombre y el animal, y que lo condujo asimismo a poner esa diferencia en una nota distinta de la

inteligencia (6).

Son también dignos de mención, los estudios comparativos de F. J. Buytendijf entre el juego en los hombres y en los animales, como asimismo se pueden destacar los nombres de Katz, Volkelt, Klages y otros muchos. William Mc'Dougall afirma en un capítulo de su «Introducción a la Psicología» que «el estudio del comportamiento animal nos ha dado hasta ahora tres lecciones de enorme importancia para la psicología:

a) Esclareció la naturaleza de la actividad mental o intencional, y reveló su prevalencia a través de todo el mundo animal.

b) Dilucidó las verdaderas bases de la naturaleza humana, exponiendo con relativa sencillez las formas de actividad animal que las constituyen, pero que siendo en la vida humana muy complicadas y oscuras a causa del extraordinario desarrollo de nuestra naturaleza intelectual, imposibilitaron casi completamente su penetración por los filósofos.

c) Mostró cómo debemos concebir en su principal lineamiento el curso de la evolución que ha culminado con la vida humana» (7).

4.- Psicología Patológica: por lo corriente se establece una diferencia entre psicología normal y psicología patológica. Esta última está dedicada al estudio de las anomalías psíquicas del sujeto en el curso de su desarrollo. Es también de carácter genético.

Desde cierto punto de vista, comprende a la **Psicología Criminal**, porque la mentalidad criminal es también una forma de patología relacionada por lo general con problemas de incapacidad de adaptación social.

5.- Psicología Diferencial, Caracterológica o Tipológica: se basa en el reconocimiento de las diferencias individuales que presentan todos los componentes de la raza humana, y trata de esquematizar tipos fundamentales básicos. Refiriéndose a ella afirma Stern que «no pretende ser una verdadera psicología de la «individualidad» sino una ciencia de las diferencias esenciales de las funciones y cualidades de la mente, y, en consecuencia, un puente entre la psicología general y la comprensión psicológica de la individualidad» (8).

(6) Max Scheler; El Puesto del Hombre en el Cosmos. Losada, Buenos Aires

(7) W. Mc'Dougall; Introducción a la Psicología. Paidós, Bs. As. Año 1959.

(8) W. Stern; Psicología General. Paidós. Bs. As. 1962

Algunas tipologías caracterológicas se han hecho ya clásicas. Los estudios que pueden retrotraerse a la antigua ciencia médica que han florecido a la luz de las investigaciones de Kretschmer, Jung, J. Klages, R. Le Senne, E. Spranger y otros.

6. Psicología de la Cultura: la obra de Eduardo Spranger, titulada «Formas de Vida» constituye un veneno inagotable de psicología culturalista. Existen dos esferas que en apariencia se disputan al ser humano: una biológica y otra espiritual. Más, es algo que debe entender que entre ellas exista antagonismo alguno: si bien el hombre es un ente biológico y como tal ocupa un lugar en la vida de los seres, es al mismo tiempo un ser espiritual, y esta espiritualidad lo permite trascender la esfera biológica y proyectarse al mundo de la cultura, al reino del espíritu objetivo. Esto significa que el mundo del espíritu el hombre es el artífice de su propia liberación. Y así lo reconoce también Scheler cuando declara que el hombre, como ser vital, es un callejón sin salida de la naturaleza, pero como un ser espiritual, se convierte al mismo tiempo en la clara y definitiva salida de ese callejón (9).

Conociendo a la cultura como «un gran tejido espiritual sobreimpreso que vive en las generaciones cambiantes, por las cuales en parte es sostenido y continuado, pero que también rodea y oprime como un medio de tipo muy peculiar» (10), Spranger, con criterio culturalista describe los distintos dominios de la misma, las íntimas conexiones que guardan estos sectores entre sí y al mismo tiempo con el mundo objetivo, culminando sus estudios en el establecimiento de una tipología culturalista, en la cual cada tipo psicológico tiene una determinada estructura psíquica, enfrenta al mundo desde su particular modo de vida y realiza un valor específico determinado.

Como podemos comprobar, la psicología ha invadido todos los campos de la actividad humana; no solamente los que hemos mencionado y analizado brevemente, sino muchos otros: abarca desde la industria y la orientación profesional, hasta la descripción de la conciencia religiosa, pasando asimismo por la historia y el arte. Podemos afirmar en suma - que todas las manifestaciones del hombre constituyen campo de investigación psicológica, sin que esto implique admitir con algunos escritores que la psicología se ocupa de «todo lo

(9) M. Scheler; El saber y la Cultura. Ed. Rev. de Occidente.

(10) Eduardo Spranger; La Experiencia de la Vida.

imaginable» (11) El psicólogo norteamericano Watson llega a afirmar en su obra «El Conductismo», que «la tentación de Eva por la serpiente representa el primer documento bíblico del uso de métodos psicológicos».

3 - Ubicación y concepto de la psicología infantil.

La Psicología de la Niñez, como su nombre lo indica, es la psicología aplicada al estudio del niño. Compayré ha escrito: «si la infancia es la cuna de la humanidad; el estudio de la infancia es la introducción necesaria y natural de toda psicología futura» (12). Pero aquí se plantea un problema cuya resolución es previa a todo otro planteamiento: Qué es un niño?

Por lo pronto, un niño no puede ser definido por lo que es en sí mismo, porque siendo un ser en evolución, al pronto dejará de ser lo que actualmente es. Lo que es un niño y, en general, lo que es el hombre, no puede condensarse en un resultado o en una fórmula, porque al punto de obtenida, ya no es el mismo: ha evolucionado.

Tampoco puede ser definido por la relación que guarda con los demás objetos que lo rodean, porque la sucesión de sus intereses hace que se relacione siempre con objetos diferentes, y los que un tiempo atrás concentraban toda su atención, pasan ahora indiferentes ante su mirada.

Estos dos intentos fracasan porque implícitamente consideran a la infancia como algo estático, siendo esencialmente algo dinámico que debe comprenderse en y por su desarrollo mismo. La infancia es la etapa eminentemente funcional de la vida del ser humano, y a quien prescinda de esta funcionalidad, le será imposible comprenderla. Al decir funcional queremos significar que todos los actos que el niño realiza durante el día, como correr, jugar, brincar, etc., tienen por función lograr una adaptación, progresiva al medio dentro del cual se desenvuelve. Y se comprende que esta funcionalidad sea psicofísica.

Jean Chateau - profesor de psicología y pedagogía en la Facultad de Letras de Burdeos - rechaza tres puntos de vista para definir al niño: el de la talla, porque el niño no es un hombre más pequeño:

(11) A. Weider; Contribuciones a la Psicología Médica (Cap. III, A. Ellis) Eudeba. 1962.

(12) G. Compayré; La Evolución Intelectual y Moral del Niño. Ed. Daniel Jorro, Madrid. 1905.

un pigmeo es un «hombre pequeño» y sin embargo no lo identificamos con un niño. Rechaza también el punto de vista morfológico, dado que no hay una morfología infantil sino una para niños de cada sexo, y asimismo, el del crecimiento, porque amén de ser un criterio demasiado lato, alude al niño como un hombre en crecimiento y para explicarlo, se hace indispensable partir de una definición del hombre, necesidad esta que complica aún más las cosas. Sin embargo, por nuestra parte, nos permitimos discrepar en este último aspecto con la opinión de Chateau, según veremos más adelante.

Este autor afirma que un niño puede reconocerse muy fácilmente, en cambio, por sus comportamientos, pues existen maneras de comportarse que son típicamente infantiles: «la conducta del niño siempre es más o menos inestable porque, a diferencia del adulto, no se basa en un objeto o en una regla; porque de ningún modo está sujeta a una tarea o a un empleo del tiempo, porque el niño no conoce el verdadero trabajo y puede jugar y soñar. Insistiré entonces sobre el hecho de que el acto por excelencia de la infancia, del retoño del hombre, es el juego» (13).

No hemos de negar en la infancia el desenvolvimiento de ciertos valores específicos que hace de ella una etapa de la vida humana con un perfil psicológico perfectamente determinado, pero hemos de agregar que la infancia por sí sola no puede comprenderse. Dilthey solía afirmar que cada etapa de la vida tiene valores propios que deben ser plenamente desarrollados. La infancia no es ninguna excepción: tiene sus valores específicos y sus propias exigencias.

Hemos establecido que la infancia es un período funcional, y la única manera de aproximarnos a ella sin desnaturalizarla, es hacerlo utilizando categorías interpretativas también de naturaleza funcional. Y entendemos que el niño es de naturaleza funcional, porque está en una permanente transformación psicobiológica. No debe interpretárselo como algo que es, sino como algo que permanentemente está siendo algo distinto. Por esta razón no estamos de acuerdo con Chateau, cuando rechaza el punto de vista del crecimiento para explicar lo que es el niño porque, quiéraselo o no, el niño es un proyecto, una estructura que si bien tiene sus valores propios, se encuentran supeditados a una teleología mediata que los trasciende y de la cual ellos no son enteramente concientes: esta

(13) Maurice Débesse; Psicología del Niño, Cap. II, Jean Chateau; Qué es un niño? Ed. Nova. Buenos Aires. Año 1959.

teleología alude a lo que el niño debe llegar a ser.

La psicología de Spranger - quizá sin proponérselo - ha echado las bases más sólidas - a nuestro juicio - para una psicología de la comprensión de la evolución del desarrollo del niño. Al establecer que solo puede comprenderse lo que tiene sentido, y que posee sentido lo que se encuentra incorporado a un conjunto de valor mayor como miembro constitutivo a partir de lo cual adquiere su significación, posibilita la afirmación - en el terreno de la psicología infantil - de que la evolución del niño puede comprenderse si es referida a una totalidad de sentido mayor que es el hombre. Comprendemos el niño en relación con el hombre, de la misma manera en que comprendemos el sentido de una palabra por el resto de la proposición. En suma, el niño se comprende por lo que debe llegar a ser, aunque este criterio no signifique el sacrificio de los años de la infancia en favor de la madurez, ni implique considerar a la infancia como un puro desarrollo. La niñez es un aspecto del ciclo vital de los individuos y como tal debe comprenderse. La niñez no puede ser separada del ciclo vital del que forma parte porque carecería de significación. Fiel al principio sprangeriano, afirmamos que el niño es una estructura relacionada con otra estructura de sentido mayor a partir de la cual adquiere su significación y que es el ciclo total del desarrollo, convirtiéndose de este modo en una realidad susceptible de comprensión.

Por esta razón no puede omitirse en la definición de la niñez, aquello que el niño debe llegar a ser, y es por esta causa - repetimos una vez más - que estamos en desacuerdo con Chateau, aunque admitamos con este autor, la existencia de comportamientos típicamente infantiles.

Podemos ahora sí, afirmar que la psicología infantil es un aspecto de la psicología general que, con criterio comprensivo, debe proceder a investigar todas las reacciones del comportamiento infantil a través de todos los períodos, en que se divide la infancia y en relación con los diferentes objetos que motivan los intereses del niño.

4.-El juego: esencia del mundo infantil.

El Juego no solo tiene lugar en la infancia sino que ocupa toda la vida del hombre, pero es en la infancia donde la actividad lúdica se encuentra revestida de una significación especialísima. Más de una vez se ha afirmado - no sin razón - que el juego es la esencia del mundo infantil. Spranger afirma que así como el mundo de

la fantasía es el mundo propio del adolescente, así también el mundo del juego es el mundo del niño, es el universo donde el niño pasea incansablemente su "yo empírico".

En muchas oportunidades los sistemas educativos de la «escuela activa» han tratado de aprovechar estas condiciones naturales que ofrece la infancia, para fundar con todo éxito la enseñanza en el juego, atendiendo a la circunstancia de que, todas las actividades que realiza el niño durante el día, las realiza jugando.

El juego no es sólo un fenómeno individual sino que tiene repercusiones sociales de gran importancia para la infancia. Cada período del año se ve caracterizado por presentar situaciones diferentes al punto que, sin aviso de ninguna especie, los niños abandonan de pronto una determinada práctica lúdica para realizar otra: nadie puede explicar satisfactoriamente por qué razón culmina el «tiempo de la bolita» y comienza el «tiempo de la figurita»; por qué a éste le sucede el «tiempo del barrilete», y así sucesivamente. El pase de una actividad a otra es tan simultáneo en todos los niños de una misma región, que antoja la existencia de un gran «Maestre de Juego» que con su batuta indique los momentos de transición.

De la actividad lúdica en general - pero especialmente referida a la infancia - se han propuesto muchas definiciones que si bien consideradas independientemente no resultan satisfactorias, en su conjunto, cada una aporta la visión de un aspecto de la actividad en cuestión.

En su obra más importante, Claparède afirma que el dominio del juego es el paraíso del «como si»: la niña da de comer a su muñeca «como si» esta realmente tuviese deseos de comer, etc.; de donde el juego, sustitutivo de la actividad seria, puede definirse - según sus palabras - de este modo: «el juego tiene por función permitir al individuo realizar su yo, desplegar su personalidad, seguir momentáneamente la línea de su mayor interés en los casos en los cuales no puede hacerlo recurriendo a las actividades serias» (14). Este autor le asigna, además, al juego, como funciones secundarias, la de distracción, descanso, agente del desarrollo social y agente de transmisión de ideas y de costumbres de una generación a otra.

Si es enorme la cantidad de teorías que se han emitido para tratar de explicar la actividad lúdica, más numerosos son aún los

(14) Eduardo Claparède; *Psicología del Niño y Pedagogía Experimental*, Madrid, 1930, pag. 437-39.

intentos de clasificación de tales teorías, según los más variados puntos de vista. No es nuestro interés ofrecer su lista completa, no solamente porque ella figura en los manuales de psicología infantil, sino, además, por no constituir un detalle necesario a nuestros propósitos. Sin embargo, señalaremos que el investigador francés H. Wallon clasifica estas teorías desde tres puntos de vista: cuantitativo, genético y compensativo, en tanto que W. Stern, reproduciendo en su *Psicología General* la clasificación por él propuesta en su otra obra *Psychology of Early Childhood*, agrupa todas las teorías en tres grandes órdenes: teorías del presente, del pasado y del futuro.

No obstante, con respecto a las teorías, hemos de reseñar solamente tres que - apartado su valor histórico - consideramos las más importantes - aunque con insuficiencias - en el intento de explicar la realidad del juego; Groos, Carr y Claparède.

1.-Karl Groos concibe al juego como una actividad, como un ejercicio que prepara al niño para enfrentar la vida. Compayré (15) afirma que el juego es el estudio del niño a la edad en que no puede hablarse todavía de verdaderos estudios en el sentido estricto de la palabra. Es una especie de autopreparación para la vida. Refiriéndose a esta teoría de Groos que Stern refiere al futuro, este mismo autor declara: «la actividad lúdica puede considerarse como el prototipo embrionario de toda actividad seria»; aunque se encarga de señalar al mismo tiempo que tal anticipación es enteramente inconsciente (16).

Con respecto a esta teoría de Groos, Claparède señala la conveniencia de unirla otras teorías que la completen, comprendiéndolas a todas bajo el título general de concepción genético-funcional del juego, (17).

2.-En segundo lugar, la teoría catártica de H. Carr, «según la cual los impulsos preexistentes que pueden ser nocivos obtienen en el juego una salida inocente, sirviendo aquél de purga a las tendencias antisociales» (18).

3.-Y finalmente la teoría funcional propuesta por Claparède, según la cual, el juego, cumple también en cierto sentido una finalidad preparatoria. Además de reconocer en los juguetes uno de los elementos

(15) G. Compayré; Ob. cit.

(16) W. Stern; Ob. cit.

(17) Claparède; Ob. cit, pag. 426.

(18) L. Luzuriaga; Pedagogía, Ed. Losada, Bs. As. 1950.

que más nos vinculan al pasado, advierte que entre otras funciones, el juego se constituye en agente de compensación para los sentimientos de inferioridad del niño; permite la expresión del yo, o por lo menos ciertas virtualidades del mismo a las cuales la vida ordinaria no proporciona alimento suficiente; multiplica en proporciones considerables el campo de experiencia del niño, le hace adquirir conciencia de sus fuerzas, de sus recursos, de sus relaciones con las cosas; le proporciona armas para la lucha por la vida, etcétera» (19).

Los juegos se han clasificado también atendiendo a otras razones, en juegos sensoriales, motores, sensoriomotores, de imaginación, de memoria, de inteligencia; según el número de individuos que su práctica requiere, en individuales, sociales, etc., pero, volvemos a decirlo, no nos extenderemos en mayores explicaciones, pues nuestro interés ha sido guiado por el propósito de determinar de qué manera el juego se constituye en la esencia de la vida infantil, siendo secundaria la tarea de su clasificación.

La actividad lúdica, es participada también por los animales; sin embargo, es posible diferenciar netamente entre el juego en los niños y en los animales. Chateau dice que el juego en el niño no puede equipararse al juego animal, porque aquél utiliza un cierto tipo de sabiduría que el animal no posee (20).

Es también diferente el juego del niño al juego del adulto, porque en este se explica más bien como una distracción que permite una recuperación de la estabilidad intelectual perturbada por las tareas de la semana y adquiere, en la mayoría de las veces, las más variadas formas del deporte. Pero la diferencia fundamental, reside en lo siguiente: mientras en el niño, el juego es su modo propio de ser en el mundo, en el adulto, es el modo propio de evadirse de las preocupaciones del mundo.

5.-Otros problemas de la Psicología Infantil.-

De tanta importancia como el estudio del juego y su considerable papel en la vida del niño, es esbozar el programa de una psicología que tenga por misión la comprensión de la individualidad infantil. Tal programa debe ubicar al niño como un momento en la serie de un desarrollo total y comprenderle a partir de allí. Se com-

(19) E. Claparède; La Escuela y la Psicología. Losada. Bs. As. 1944.

(20) M. Debesse; Ob. cit.

prende un período cualquiera de la historia cuando se lo ubica en la línea del desarrollo de modo que aparezca en cierta medida como un producto del período anterior, y, de algún modo, preanuncie el período porvenir cuyos gérmenes contiene.

Con la individualidad infantil, ocurre exactamente lo mismo. Por eso se hace menester encarar su estudio de una manera integral, abarcando desde los factores hereditarios dados en su constitución psicobiológica, hasta sus múltiples posibilidades que ya contiene -germinalmente- y que de algún modo lo predisponen a ser lo que debe ser.

Es este, indudablemente, un programa amplio y su iniciación se hace impostergable, pues «cada niño impone un itinerario y un ritmo de marcha. Si, a toda costa se quiere conducir a toda la grey al mismo paso, usar los mismos reclamos o servirse del mismo látigo, el número de rezagados, lisiados y desertores, señalará pronto a los pastores el error que han cometido» (21) Y esto ocurre, ante todo, porque el niño es por sobre todas las cosas una individualidad.

Para soslayar aún más su importancia; debe señalarse que una de las normas fundamentales de la biología contemporánea - que ha sustituido el viejo concepto de determinismo (tal como se aprecia en las leyes de Mendel, por ejemplo) por el de predisposición, para explicar la herencia - afirma que después de la fecundación, los factores hereditarios quedan librados a la influencia del medio ambiente (22).

Arnold Gesell reconoce que la individualidad del infante se halla determinada en ciertos aspectos antes del nacimiento, pues mucho antes del cuarto mes de gestación el infante no nato ha tomado ciertos rasgos fundamentales de la individualidad, que posteriormente se pondrán en evidencia durante la infancia. En atención a esta razón, debe distinguirse en la infancia cuatro etapas esenciales y no solamente tres como es corriente señalar. A la primera, segunda y tercera infancia, debemos agregar el período prenatal o también llamado intrauterino, período de influencia de los caracteres hereditarios y de las primeras impresiones internas.

El Dr. Watson afirma que la vida intrauterina comienza con la fecundación, y agrega que todo niño, al nacer, trae un equipo congénito listo para reaccionar frente a la presencia de las estimulacio-

(21) Dr. André Le Gall; *Caracterología de la Infancia y de la Adolescencia*.
(22) H. Rohrer; *Introducción a la Caracterología*. Losada, Bs. As. 1951.

nes correspondientes. Este equipo se ha formado en la vida intrauterina; refiriéndose a él, dice Watson: «este prueba que desde el séptimo mes ya existen en el feto muchas estructuras aptas para funcionar -en cuanto se les aplique el estímulo apropiado: verbigracia, la de la respiración, tan pronto el aire llegue a los pulmones; circulación completa e independiente y oxigenación de la sangre apenas se corte el cordón umbilical; metabolismo independiente que revela un sistema visceral en condiciones de funcionar, etc.» (23). En su «*Psicología evolutiva del Niño y del Adolescente*», Mira y López nos brinda un estudio de la «conducta» prenatal, cuya consulta se hace ineludible.

Pues bien, nos preguntamos, ¿qué influencia real tiene la herencia en la estructura psicobiológica del niño y de qué manera lo «predispone» para el futuro? En esta pregunta puede sintetizarse toda la importancia que reviste un programa para la comprensión de la individualidad infantil. Y al trazado de tal programa debe abocarse la psicología infantil, si quiere sustraerse a la calificación de ciencia explicativa y convertirse en ciencia comprensiva, porque el tránsito de la explicación a la comprensión, delimita el mundo físico del mundo humano.

(23) Dr. J. B. Watson; ob. cit.

LA BATALLA DE PAVÓN

(DOS CARTAS)

POR: DELIO PANIZZA

Ante la ligereza de un grupo de ciudadanos porteños que, sin ahondar en los estudios aún dificultosos de la historia de la organización nacional, se apresuraron a constituir nutridas comisiones para celebrar el centenario de la "victoria" de Pavón (17 sep. 1961) y, en forma profusa, gastaron hectólitros de tinta en su propaganda, hubimos de salir a la palestra periodística, con toda modestia pero con decisión, publicando en los diarios de Entre Ríos un llamado a los entrerrianos, con fecha 25 de Agosto de 1961, a fin de congregáramos, también nosotros, para celebrar el centenario de esa batalla, que fue una victoria total de Justo José de Urquiza, no solo sobre el ejército de la provincia separatista, sino sobre sí mismo, que es la más grande y luminosa de las victorias a que puede llegar un hombre. En la historia americana, dije allí, sólo hay dos casos estupendos de esta clase de victorias egregias: el de San Martín en Guayaquil y el de Urquiza en Pavón. Y ofrecía la prueba del hecho, para lo cual esperábamos el momento de la celebración. Pero una serie de circunstancias, ajenas a nuestra voluntad, impidió su oportuna publicación. El momento de la celebración pasó y vengo ahora, respondiendo a un honroso pedido de los directores de SER, a dar la prueba prometida, emanada directamente de los dos grandes contendores. No me referiré a los historiadores que han comentado el combate, en pró o en contra, y hasta hoy tan discutido.

Solo quiero aclarar, para que se juzgue la ecuanimidad de Entre Ríos, que aquí hemos sido siempre tan respetuosos de la argen-

tinidad, siguiendo la línea de Urquiza, que en muchas ciudades, como Concepción del Uruguay, Gualeguay y otras, se ha quitado de su nomenclatura los nombres de «Cepeda», «India Muerta», «Pago Largo», «Vences», «Sauce», etc., triunfos de Urquiza, y hasta a una estación del Ferrocarril que se denominaba «1.º de Mayo», se le cambió su nominación... En cambio en la provincia separatista y aún en la Capital Federal, falseando la historia, se persiste en la pasión retrospectiva de mantener nombres que mueven a error, como Pavón. Me referiré, sin más preámbulos, a Urquiza y Mitre que en forma clara, el primero haciendo resaltar su actitud y el segundo reconociéndola, se refieren a la batalla famosa, en cartas memorables, casi o totalmente desconocidas. Dejemos de lado, repito, a los historiadores. No invoquemos ni discutamos la intervención de la masonería para solucionar el diferendo; que muchos afirman, que algunos niegan y en la cual yo creo. No analicemos la política de aquellos años, las malas tratativas, casi traición, del Presidente Derqui con respecto a Urquiza, ni la defección de muchos de sus ilustres colaboradores que no quiero nombrar; ni los versos festivos de Estanislao del Campo, ni aún la victoria efectiva de las tropas de la Confederación sobre el ejército de Buenos Aires, deshecho en su caballería, el arma capital de aquellas guerras. Quiero sólo analizar ligeramente, porque ellas por sí mismas lo dicen todo, las dos cartas aludidas. Una, la principal, de Mitre, la otra de Urquiza, sacada de sus archivos y ya publicada por el Prof. Manuel E. Macchi en su excelente libro «Urquiza, última etapa». Ellas van a darnos la clave, a mi juicio, de este hecho histórico y a dilucidar el tan discutido problema de Pavón, que parece seguir dividiendo a los argentinos en provincianos y centralistas. Entre ambas cartas hay cuarenta años de distancia. La de Urquiza está escrita en vida de ambos adversarios; la de Mitre, cuando hacía 30 años que el Gral. Urquiza había sido asesinado a causa de Pavón en primer término.

He repetido muchas veces que la Constitución Nacional no es obra exclusiva de Urquiza, que él no la «sopló» al Congreso Constituyente como despectivamente acusó el otro grande... Sarmiento... Ella fué la obra de todos, fué la obra del pueblo, con Urquiza al frente, sí; pero con eminentes colaboradores, como Alberdi, Gutierrez, Pujol, Derqui, Leiva, Seguí, Vélez Sarsfield, Zubiría y el mismo Sarmiento, entre tantos, que recibiendo su empuje del manantial común, el gran caudillo, volcaron su saber, su entusiasmo, su amor y hasta sus odios

en pró de la más grande empresa que abrigaron los pueblos de la nación. ¿Qué importaban, para el logro definitivo, sus luchas sin cuartel, si todos iban hacia la misma cima aunque por caminos distintos? Lo grande, lo verdaderamente grande, es que nadie tomó por el atajo sino por el camino real y a plena luz y a frente descubierta, emprendiendo la ascensión gloriosa y la coronaron para bien de todos. Y bien, no habían pasado muchos años de aquellas luchas ardorosas y Urquiza escribía al Gral. don Tomás Guido esta carta que podríamos llamar algo así como su testamento político, y es una de las dos a que me vengo refiriendo. Dice así:

Señor Brigadier General don Tomás Guido.

«Mi distinguido General y amigo: he recibido y me he impuesto de su apreciable e interesante carta, en que me comunica que está pronto a retirarse a Buenos Aires, al seno de su familia, después de notificarme de la merecida excelente acogida que obtuvo en Montevideo, lo que era debido a sus ilustres antecedentes. Agradezco mucho sus benévolo cumplimientos y el recuerdo de su sincera amistad a que he correspondido con las mejores estimaciones. Comprendo los reproches que pueden hacerse cuando consentí en caer con mis amigos en holocausto a la paz, para hacer cesar las calamidades de una guerra que debía perpetuarse. Era un sacrificio a la Patria, que tengo aún la fé que no será estéril. He comprometido mi gloria, mi bienestar, mi vida quizá; lo sé; pero no me arrepentiré si eso produce ese bien del país que está sobre los intereses de los que no podemos contarnos sino efímeramente cuando se trata del porvenir de una gran nación. Las pasiones de los hombres afearán una conducta que tiene por causa una abnegación sin ejemplo, que para no estimarla en todo su tamaño es necesario desfigurarla o calumniarla: sea. Este desahogo no es sino una muestra del aprecio comprensivo que he hecho siempre de su leal y caballeresco carácter. Le deseo toda felicidad y cuente siempre con el afecto sincero con que se suscribe de Ud., afectísimo compatriota y amigo, Justo José de Urquiza—San José, 22 de Mayo de 1862»

Así escribía Urquiza a Guido a los siete meses de Pavón, la batalla de cuyo campo Urquiza se retirara al tranco de su caballo, después de haber deshecho la caballería adversaria; retirada que tan fecundas consecuencias tuvo para la organización definitiva, dando

fin a «una guerra que debía perpetuarse», genial intuición de nuestro Prócer; retirada que era «un sacrificio a la Patria»; retirada de grandeza histórica sólo comparable a la de San Martín frente a Bolívar. Sí, razón tenía Urquiza al decir a Guido, el glorioso compañero del Libertador por antonomasia, que allí había comprometido su gloria, su bienestar y quizá su vida y que las pasiones de los hombres, afeando su conducta, la desfigurarían, y la calumniarían. Sí, razón tenía el derrocador de la primera dictadura, porque ocho años más tarde, el 11 de abril de 1870, la turba asesina entraría en su palacio «San José», para ultimarle, a los gritos de: «Muera Urquiza, vendido a los porteños!». Es que Urquiza, que había dado a la Patria la Constitución, organizándola definitivamente, la seguía defendiendo aún a costa de su gloria, su porvenir y su vida. Sí, su vida, hay que repetirlo, que cayó acribillada por plomo y acero en aquel trágico atardecer, porque aún estaba de pie en defensa heroica de la Constitución Nacional. «Muera Urquiza, vendido a los porteños!», gritaban los asesinos del setenta al entrar a galope por los jardines de la estancia, abiertos, sin custodias, sin guardias, hasta sin perros. . . «Mueña Urquiza, vendido a los porteños!», porque el localismo resentido e irritado, no alcanzaba a comprender la grandeza de aquel gesto ejemplar, la firmeza de cristal de roca de aquel espíritu que aún alumbraba los senderos de la patria en marcha. Y esto es lo que no quieren aceptar, aunque lo comprendan, los que se sienten cegados por la verdad histórica que avanza lentamente desbaratando sombras. Pero la Historia es musa que no duerme; va trabajando silenciosamente ayudada por la mano misteriosa de la intuición o la casualidad y, cuando menos lo esperamos, extrae del arca del silencio la prueba reveladora y terminante. Así me ocurrió en Mendoza, sorpresivamente, como una estrella que apareciera de golpe iluminando el horizonte. Había ido allá, llevado por el Centro Entrerriano de la ciudad andina, a ofrecer una conferencia urquiciana en la Junta de Historia, de aquella provincia, tan prestigiosa y tan importante como una verdadera academia. Y me encontré allí, visitando un amigo, con una carta excepcional. Es la otra a que me he referido, del Gral. don Bartolomé Mitre, desconocida hasta este momento según creo. . . no puedo afirmarlo. . . y que ahora, con autorización de su propietario, la doy a publicidad íntegramente. Esta carta fué escrita por Mitre al Dr. Miguel M. Ruiz, el talentoso abogado del Paraná, apodado «El Tigre», por su energía tenaz y su vastísimo saber, abuelo paterno del Dr. Juan José Ruiz Garasino que es quien la guarda celosamente como una reliquia. . . y lo es. . . y generosamente me la ha cedido. Tiene fecha del 23 de septiembre de

1901, año del centenario de Urquiza. El Dr. Miguel M. Ruiz, que presidía en Entre Ríos la gran Comisión de homenaje, había escrito al Gral. Mitre, su amigo, pidiéndole un juicio definitivo sobre el Gral. Urquiza, pues se estaba gestando la celebración del centenario de su nacimiento, 18 de Octubre de 1801, no 1800 como por error dice la placa en el monumento de su Colegio. Y el Gral. Mitre le contestó con esta carta que, a mi juicio, refirmando aquellos conceptos rotundos y un tanto amargos de la carta de Urquiza a Guido, aclara el sentido de Pavón, Hela aquí:

«Buenos Aires, Septiembre 23 de 1901.
Sr. Dr. Miguel M. Ruiz-Paraná
Estimado Dr. y amigo:

He tenido el agrado de recibir su estimable del 20 del corriente, a que contesto. Contrayéndome al primer punto me sería imposible llenar el deseo que me manifiesta en cuenta de la Comisión que Ud. preside. Hace varios años que me veo obligado a excusarme en casos análogos, habiendo tenido que adoptar esta resolución por regla general, en la imposibilidad de cumplir con todos y sin desairar a todos. Por otra parte, no podría contestar con un trabajo cualquiera, como Ud. lo indica, en razón dada la importancia histórica del personaje en sí, y con respecto a mí, no podría concurrir sino con un trabajo especial que respondiese al objeto y a la expectativa pública y esto no me sería posible por el momento, no obstante mi buena voluntad. Ya le he dicho, que el General Urquiza merece no sólo una estatua sino la gratitud de los contemporáneos y el recuerdo de la posteridad, que lo ha reconocido y reconocerá como al libertador de la República y lo ven aún como al iniciador de la era constitucional. Estos son los sentimientos que he abrigado respecto del General Urquiza, aún cuando combatiéramos en campos opuestos, después de haber tenido el honor de combatir a sus órdenes en Caseros, que es la gran batalla argentina, completada en parte por la de Pavón, ante la cual el mismo se inclinó con patriotismo. Si bien no merece el calificativo de episodio que Ud. le dá, el caso respecto del cual me interroga es exacto. Antes de Pavón (no de Cepeda como Ud. dice) fui interrogado por varios que lo condenaban de antemano al sacrificio, ¿qué haría con él si fuese prisionero? Contesté que la existencia del libertador de la República en Caseros era

sagrada y que como argentino le tributaría en todo tiempo y en toda situación los honores a que era merecedor por una gloria nacional que nada podría borrar. Contestada su carta en todas sus partes, me es grato repetirme de ud. como siempre su afmo. amigo y S. S.-Bartolomé Mitre.»

Y bien: ¿hace falta algo más? Ahí está la verdad emanada del gran contendor. Otros analizarán esta carta en detalle, que los tiene y de suma importancia. Yo sólo me he de referir a una frase de ella. Urquiza no cayó en Pavón, Urquiza no fué derrotado en Pavón, Urquiza no fué vencido en Pavón. Lo dice el Gral. Mitre: Urquiza se inclinó allí con patriotismo... Y ese patriotismo del caudillo entrerriano salvó la unión nacional y dió vigencia viva y perfecta a la constitución federal. Y nosotros decimos con respeto: a confesión de parte, relevo de prueba. A tal Señor todo honor. Inclinémonos ante la sombra de Mitre, que pasa.

Esta carta hace resaltar la certeza intuitiva del Libertador de la República, como allí se le llama. Ante esta carta cobran trágica certidumbre las palabras de Urquiza a Guido: "he comprometido mi gloria, mi porvenir, mi vida quizá"... La Historia "es musa que no duerme, repito. Es en vano aspirar a torcer su camino ascendente."

"Tarda el amanecer, pero al fin llega", como dijo el poeta. Puede retrasarse la verdad en las encrucijadas intencionales, enredarse en las zarzas maliciosas, desmembrarse en los pedregales dañinos; pero llega al fin, concreta, luminosa, dando a cada prócer su laurel, serena y severamente, como cuadra al juicio de los siglos. Léanse con serenidad esas dos cartas, analícense sin prejuicios y sin resquemores, y júsguese por ellas la grandeza de aquellos hombres cuyas tremendas pasiones no les impidieron, en su hora cenital, alcanzar la majestad de los próceres.

Sólo así serviremos con honor a la verdad, a la historia y a la Patria.

INFORMACION

Un concepto moderno-Su significado matemático y físico

POR: BLAS ALEJANDRO RIVERO

Dentro de los estrechos límites que impone esta breve exposición, nos proponemos sólo presentar un concepto relativamente nuevo, aún no muy divulgado, y esbozar apenas su significado, puesto que la idea, iniciada primitivamente en el rincón de la técnica más especializada de la ingeniería telefónica, ha hecho irrupción explosiva dentro de las ciencias puras, dando origen a las más insospechadas derivaciones y siendo en la actualidad motivo de apasionantes investigaciones físico-biológicas relacionadas con el origen de la vida y especulaciones concernientes al comportamiento humano, que pueden llegar a cambiar nuestras concepciones filosóficas u orientarlas en nuevas direcciones.

La idea fundamental de información nace de consideraciones estadísticas muy simples. Cuando arrojamus una moneda, pueden darse sólo dos posibilidades: que salga cara o cruz; si admitimos que la moneda está perfectamente equilibrada, ambas posibilidades son igualmente probables a priori. Diremos, naturalmente, que un observador que permanece frente a la mesa donde ha caído la moneda, está más informado sobre el resultado que otro que se encuentra de espaldas a aquella. La dificultad surge cuando deseamos medir la cantidad de información que posee el primer observador respecto del segundo. Esta dificultad mental radica en dos circunstancias. La primera de ellas, es que la noción intuitiva de información que poseemos, es vaga e insuficiente. Podríamos acotar aquí que las Matemáticas, y en mayor o menor grado todas las ciencias, "sienten" natural aversión por las

vaguedades que tanto han dividido a los hombres. Necesitamos precisar el concepto, asirlo racionalmente, de modo de traducirlo en una relación que lo ligue en dependencia funcional con los factores que intervienen en su variación. La otra circunstancia, es que no poseemos el patrón para comparar valores. Sabemos bien que para medir cualquier magnitud, siempre necesitamos elegir y adoptar previamente una unidad.

Tratemos de resolver, entonces, las dos cuestiones planteadas precedentemente. Para ello comencemos por ampliar la ejemplificación. Imaginemos ahora que tiramos un dado en vez de una moneda y coloquémonos, por un momento, en la situación mental del observador que está de espaldas a la mesa; en el caso de la moneda, su incertidumbre respecto del resultado se extiende a sólo dos sucesos posibles; mientras que en el caso del dado, pueden darse seis sucesos diferentes. Esto nos permite establecer ya dos conclusiones interesantes:

1º.—Que el conocimiento de un punto en el dado, implica una mayor información que el conocimiento de una salida en la moneda, siempre con referencia al observador que carece en absoluto de información.

2º.—Que en toda situación donde existan dos o más sucesos posibles igualmente probables a priori, se verifica una dependencia funcional entre la información I obtenida por el conocimiento de un suceso y el número N de sucesos posibles.

Debe existir, en consecuencia, una función:

$$I = f(N) \quad (1)$$

En el caso particular de un dado (N = 6), se tendrá;

$$I_1 = f(6) \quad (2)$$

Otro ejemplo nos aclarará la naturaleza de esta función. Si arrojamamos dos dados por separado, el conocimiento de sus salidas debe darnos una cantidad de información I doble que en el caso de un solo dado. Como cada salida del primer dado puede ser completada con cualquiera de las salidas del segundo, el número de posibilidades es ahora: $N = 6 \times 6 = 6^2$, y en general: $N =$ Variaciones binarias de n elementos con repetición.

De acuerdo con la expresión (1), deberemos tener:

$$I = f(6^2) \quad (3)$$

Como, por lo dicho anteriormente, debe cumplirse: $I = 2I_1$, de las

expresiones (2) y (3) deducimos que:

$$f(6^2) = 2 f(6)$$

Esto sólo es posible si la función f(N) es logarítmica; en efecto:

$$\ln 6^2 = 2 \ln 6$$

Adoptamos logaritmos naturales (de base e = 2, 71828...)

Dado que puede existir una constante arbitraria K de proporcionalidad, la función (1) tendrá, entonces, la forma:

$$I = K \cdot \ln N \quad (4)$$

Queda por resolver la cuestión de las unidades. Parece natural elegir como unidad el caso más simple, la información que nos permite escoger con certeza entre dos posibilidades, el caso de la moneda, por ejemplo. Como éste es en Matemáticas el caso de dígitos binarios (*binary digit*, en inglés), se ha dado a la unidad de información así elegida, el nombre *bit*. Luego la expresión (4) nos permite escribir, para $N = 2$:

$$I = K \cdot \ln 2 = 1 \text{ bit}$$

En consecuencia, la constante K toma el valor:

$$K = \frac{1}{\ln 2}$$

y la misma relación (4) se transforma en:

$$I = \frac{1}{\ln 2} \ln N$$

o sea que la información expresada en bits, vendrá dada por:

$$I = \lg_2 N \quad (\text{en bits}) \quad (5)$$

Aclaremos este resultado con un ejemplo; para facilitar nuestro cálculo, quitemos de un mazo de naipes españoles, reyes y caballos; él se reduce, ahora, a 32 cartas diferentes. Barajadas y puesto el mazo de lomo sobre la mesa, no poseemos información alguna respecto a la primera carta, existen 32 posibilidades diferentes. Qué cantidad de información nos confiere el conocimiento de esa carta? La relación (5) nos da, para $N = 32$:

$$I = \lg_2 32 = 5 \text{ bits, puesto que: } 2^5 = 32$$

Coloquemos dos mazos separados de 32 cartas cada uno y volvamos una carta de cada mazo. La información obtenida será para $N = 32 \times 32 = 32^2$;

$$I = 2 \cdot \lg_2 32 = 10 \text{ bits}$$

Para generalizar, supongamos ahora dos mazos separados de

distinto número de cartas, por ejemplo, uno compuesto por 32 cartas del as a la sota, y el otro formado por las 8 cartas restantes, caballos y reyes. Demos vuelta una carta de cada mazo: como cada resultado posible del primer mazo puede ser completado con uno de los 8 posibles del segundo, el número de posibilidades es: $N = 32 \times 8$. Luego la cantidad de información obtenida es, en este caso:

$$I = \lg_2 (32 \times 8) = \lg_2 32 + \lg_2 8$$

o sea:

$$I = 5 \text{ bits} + 3 \text{ bits} = 8 \text{ bits}$$

y en general, si tenemos dos sistemas independientes, uno con N_1 y el otro con N_2 soluciones igualmente probables a priori, el conocimiento de una solución de cada sistema, nos da una cantidad de información;

$$I = \lg_2 N_1 + \lg_2 N_2$$

es decir, la suma de las informaciones obtenidas con cada solución de los sistemas por separado. Diremos, en consecuencia, que la información goza de la propiedad aditiva.

Otra generalización se obtiene considerando el caso en el cual inicialmente existen N_1 posibilidades igualmente probables y en la situación final aun se tienen N_2 posibilidades. Es el caso del mazo de 32 barajas, cuando se nos informa, por ejemplo, que la carta del lomo es un oro; la incertidumbre se extiende todavía a 8 posibilidades. El valor de la información obtenida será:

$$I = \lg_2 \frac{32}{8} = \lg_2 32 - \lg_2 8 = 5 \text{ bits} - 3 \text{ bits} = 2 \text{ bits}$$

y en general;

$$I = \lg_2 N_1 - \lg_2 N_2$$

Para el tratamiento de problemas más complejos, es ventajoso definir la información en función de la probabilidad. Como en el caso de N sucesos igualmente probables a priori, la ocurrencia de uno de ellos tiene una probabilidad $p = \frac{1}{N}$ (en la moneda $p = \frac{1}{2}$, en el dado $p = 1/6$, y en el mazo de 32 cartas $p = 1/32$), reemplazando en la definición (4), obtenemos;

$$I = K \cdot \ln \frac{1}{p}$$

es decir;

$$I = -K \cdot \ln p \quad (6)$$

Finalmente, un artificio simple puede permitirnos llegar a una expresión útil para el caso de posibles sucesos cuyas ocurrencias no sean igualmente probables. Es obvio que podemos escribir la relación (6) bajo la forma:

$$I = -K \frac{1}{N} \sum_N \ln p$$

o bien;

$$I = -K \sum_N \frac{1}{N} \ln p$$

y siendo $\frac{1}{N} = p$:

$$I = -K \sum_N p \cdot \ln p$$

Si las probabilidades de los N sucesos posibles son diferentes y las designamos con $p_1, p_2, p_3, \dots, p_k, \dots, p_N$, la información media, obtenida por la ocurrencia de cada suceso, será:

$$I \text{ media/suceso} = -K \sum_{k=1}^N p_k \cdot \ln p_k \quad (7)$$

Esta expresión, conocida con el nombre de **ecuación de Shannon**, permitió a este investigador de los Laboratorios de la Bell Telephone Co, realizar interesantes estudios sobre la información contenida en los mensajes escritos o cifrados, cuyos detalles no podemos entrar a considerar.

Hasta aquí hemos visto simplemente el significado matemático de información, desde luego, lo más elemental. Todo esto, puede parecer al lector algo árido e intrascendente y se preguntará como pudo esta noción de información, surgida del bajo fondo de la técnica de las comunicaciones, desarrollarse y en pocos años alcanzar la aristocrática jerarquía de las grandes concepciones humanas, la más grande, según se ha asegurado. No es nuestro propósito narrar aquí, en detalle, su historia; sólo diremos que ella es encantadora, por no decir apasionante. Tiene el hechizo de lo sencillo y pertenece a aquella otra historia olvidada, la del saber humano, que, por lo afortunado, algún día más feliz que los nuestros, se enseñará a los

jóvenes.

El hecho concreto es que, de la amistad y estrecha colaboración de dos inquietos hombres de ciencias, pertenecientes a disciplinas dispares, el matemático Norbert Wiener, del Instituto de Tecnología de Massachusetts y el fisiólogo Arturo Rosenblueth, de la Escuela Médica de Harvard, nace la idea de explorar el campo virgen que separa ambas disciplinas. Esta idea fructifica frente a la necesidad apremiante de resolver problemas prácticos derivados de la guerra, y ambos investigadores caen en cuenta que la clave de la característica estabilidad de todos los procesos de la vida, que persiste por sobre la inestabilidad propia de todos sus momentos, reside en la retroacción del efecto sobre uno o varios de sus factores determinantes; el recurso conocido con el nombre de "feed-back" (retroalimentación) por los ingenieros de control ingleses, que recuerda el símbolo esotérico de la serpiente mordiendo la cola.

Aclaremos lo anterior con un ejemplo. Podríamos citar el regulador de Watt, el más antiguo de estos dispositivos; pero éste es sólo conocido por los mecánicos y su descripción demandaría demasiado espacio. Es más breve y simple describir la función de un termostato. Si deseamos mantener la temperatura de un recinto dentro de ciertos límites muy estrechos, nos valdremos de una ampolla elástica, generalmente metálica, construida en forma de fuelle, que contiene un gas: el termostato. Un aumento de temperatura en el recinto, originado por el elemento calefactor, se traduce en una dilatación del termostato el cual, mediante un dispositivo mecánico o eléctrico, disminuye o interrumpe la acción del calefactor. La subsiguiente disminución de temperatura es igualmente controlada por el termostato.

Al nivel de la vida, la retroacción que mantiene la estabilidad de todos sus procesos, se hace más sutilmente. Son ínfimos impulsos que se transmiten a través del sistema nervioso. Pero lo que interesa no son los impulsos mismos, ni la cantidad y tipo de energía que retroactúa: es algo más abstracto que la propia energía. Es un «mensaje» lo que se transmite y él contiene información; la energía desempeña aquí el simple papel de medio de transmisión. El cerebro, informado sobre el estado de ejecución de un acto, responde con un orden, otro mensaje, para corregirlo.

Se suman a la investigación otros colaboradores; es ya un equipo el que trabaja, y de la mutua comprensión de los problemas paralelos de la Mecánica y la Fisiología surge, pujante y dinámica, una nueva ciencia: la Cibernética, la ciencia de los automatismos en

las máquinas y en los seres vivientes, definición ésta que, como ocurre con la Física, ya le queda tan estrecha como una camisa de fuerza.

Se tiende un puente entre Física y Biología, y los propósitos son al principio muy restringidos: resolver simplemente los problemas comunes a las dos ciencias con los medios que proporcionan las Matemáticas; pero bien pronto se advierte que desde ese puente, dichos problemas se ven bajo una perspectiva mucho más amplia. Los nuevos conocimientos comienzan a arrojar luz sobre el conjunto de los numerosos problemas universales que los hombres luchan desde hace tiempo por desentrañar.

El Universo en sí mismo, constituye, desde el punto de vista de las ciencias, un sistema autogobernado, en el cual el impulso proviene de su interior; sus virtudes y poderes nacen de su propia organización y ésta se acrecienta con aquellos en un mutuo y constante apuntalarse. Y el ser viviente, desde la ameba al hombre, no es también un sistema autogobernado? Si nos despojáramos de toda la información que poseemos en nuestro sistema de registro central, el cerebro, volveríamos bien pronto a la edad de piedra. Más aún, retrocederíamos en la escala zoológica, y si el despojo afectara la información celular, todo nuestro organismo se desorganizaría, sería la muerte.

Frente a la promisoriosa perspectiva de alcanzar a descifrar enigmas que han preocupado por largo tiempo a los hombres, quién puede poner límites a una ciencia?

Toda investigación cibernética gira siempre en torno a una idea eje: la del mensaje y su contenido de información. Veamos, entonces, aunque muy brevemente, cuál es el significado físico de información.

Se ha descubierto una estrecha relación entre la teoría de la información y los principios de la Termodinámica, y este afortunado descubrimiento, es el que ha otorgado las inmensas posibilidades a aquella teoría, «salvando» al Universo de la «muerte térmica» a que lo condenaban las predicciones de un grupo predominante de científicos del siglo pasado, que no por lo remota, dejó de consternar al hombre, influyendo poderosamente en su filosofía y su conducta. Las secuelas de tal pensamiento fatalista y en el fondo ignorante, aún las padecemos hoy.

El segundo principio de la Termodinámica. Llamado principio de Carnot, define una magnitud conocida en la Física con el nombre de «entropía» y establece que en todo sistema aislado, mientras la can-

tividad de energía total permanece constante (1er. principio), sólo pueden verificarse transformaciones que mantengan constante (transformaciones reversibles) o aumenten (transformaciones irreversibles) la entropía del sistema.

El incremento de entropía S de un sistema, se define por el cociente entre el incremento de calor Q y la temperatura absoluta T , es decir:

$$\Delta S = \frac{\Delta Q}{T}$$

siendo la temperatura absoluta (grados Kelvin):

$$T = t + 273$$

donde t es la temperatura expresada en grados centígrados.

Así, el 2º. principio establece que siempre:

ΔS mayor o igual cero (en un sistema aislado)

Lord Kelvin puso de manifiesto que el principio de Carnot significaba la tendencia a la «degradación de la energía» que se verifica en los procesos naturales del Universo, entendiéndose por degradación, la nivelación de las diferencias que hacen posible el aprovechamiento de la energía en todos los procesos físicos, químicos y biológicos; en otras palabras, la tendencia a la uniformidad.

El grado de energía puede ser asociado a la entropía negativa ($-S$), negentropía o anotropía. Podemos decir, por ejemplo, que todo sistema que no esté a una temperatura uniforme, contiene cierta cantidad de negentropía. Entonces, el 2º. principio establece que la negentropía de un sistema físico aislado, tiende siempre a disminuir, nunca a aumentar.

La teoría de los cuantos ha conducido a establecer que en los procesos atómicos no existe continuidad, sino sólo un número finito de estados discretos posibles, y el paso repentino del sistema atómico de una estructura a otra, va acompañado de emisión o absorción de un «quantum» de energía. Cada una de esa gran variedad de estructuras o configuraciones discretas cuantificadas que pueden existir en un trozo de cristal o en el gas de un recinto, bajo determinadas condiciones de presión, temperatura, volumen, energía total, constitución química, etc. fue llamada por Planck «compleción».

La entropía de un sistema, guarda una relación bien definida con el número N de esas compleciones, que si las consideramos

igualmente probables, viene dada por la fórmula de Boltzmann-Planck:

$$S = k \ln N$$

donde k es la constante de Boltzmann, cuyo valor es:

$$k = 1,38 \times 10^{-16} \text{ ergios / } ^\circ\text{C}$$

Si en la expresión (4) que define la información hacemos:

$$K = k \text{ (Constante Boltzmann)}$$

la información vendrá entonces expresada en unidades termodinámicas y será posible relacionarla con la entropía.

Imaginemos un sistema físico que evoluciona sufriendo un cambio, de manera que, manteniéndose constantes el volumen, la presión, la temperatura, la energía total, etc. en su estado inicial se den N_i compleciones igualmente probables, mientras que en su estado final sólo existan N_f compleciones, siendo $N_f < N_i$. La entropía ha disminuido en la cantidad:

$$S_i - S_f = k (\ln N_i - \ln N_f) \tag{8}$$

pero en el sistema ha aparecido una cantidad de información:

$$\Delta I = k (\ln N_i - \ln N_f) \tag{9}$$

La disminución de entropía nos indica, de acuerdo con el principio de Carnot, que el sistema no está aislado. Efectivamente, la información obtenida procede del exterior; otro sistema se la ha suministrado y en él la entropía debe haber aumentado.

De las expresiones (8) y (9) obtenemos:

$$S_f = S_i - \Delta I$$

Si las N_i compleciones iniciales fueran las máximas posibles compatibles con el carácter y condiciones del sistema en consideración, y adoptamos ese estado como nivel base para la información ($I=0$) y nivel máximo para la entropía (S_{max}), la relación anterior puede ser escrita en la forma:

$$S = S_{max} - I \tag{10}$$

donde S es el valor de la entropía del sistema en un estado cualquiera.

Arribamos a las siguientes conclusiones:

1º.—La información contenida en un sistema, que ha sido llamada «información ligada» (bound information), constituye un término negativo en la expresión (10) de la entropía total de un sistema en un estado dado.

2º.—El incremento de información experimentado en un sistema por el paso de un estado a otro, es acompañado de una disminución igual, en su entropía.

Dado que hemos definido negentropía como el concepto opuesto al de entropía, podemos enunciar el llamado «principio negentrópico de información», diciendo que **todo incremento de información en un sistema es acompañado de un aumento igual de su negentropía.**

No debe confundirse, sin embargo, información con negentropía; ellos son dos conceptos distintos y es posible probar que la información puede ser transformada en negentropía y viceversa. Más aún, la información sólo puede ser obtenida a expensas de la negentropía de un sistema físico.

Tratemos ahora de responder a los siguientes interrogantes:

Puede existir información libre? León Brillouin, miembro de la National Academy of Sciences, en su obra «Science and Information Theory», considera, por razones de orden en su estudio, como información libre (free information), aquella que está en la mente humana. Puede alegarse, sin embargo, que dicha información, está en cierto modo ligada también a un sistema físico, el cerebro, puesto que es a través de él y a expensas de su negentropía que se manifiesta. Una información libre, en el más amplio sentido de la palabra, es realmente difícil de concebir, pero no imposible. Todo es cuestión de adaptación mental y existen ya antecedentes significativos en el campo de las ciencias; uno de ellos es el concepto de campo de fuerzas en el vacío, que hoy manejamos con toda soltura.

Cómo se explica el diferente valor humano de una misma información? El cerebro humano es un prodigioso registro y toda información que llega a él, establece correlaciones con informaciones anteriormente adquiridas. Se entrevee que la cuestión es de una complejidad extraordinaria y es motivo actual de estudio.

Existen estructuras físicas naturales capaces de un gran contenido de información? Sí, existen. Las nucleoproteínas y en particular la molécula gigante del ácido desoxirribonucleico presente en los genes del núcleo de las células de todo ser viviente, es una maravillosa estructura espiraloide compuesta de miles de átomos, extraordinariamente improbable y por lo tanto de un asombroso contenido negentrópico; capaz de

registrar enorme cantidad de información mediante determinados cambios estructurales; capaz de recordar, aprender, reproducirse y reconstruir el ser viviente al cual pertenece, conforme a la experiencia adquirida, en todas sus partes y con sus nuevas particularidades introducidas. Constituye una delicadísima construcción, dotada de notables propiedades de permanencia y adaptación a las influencias externas. Cómo se producen los fenómenos de conciencia? Es este el último reducto de la Metafísica que la ciencia habrá de abordar. Existen esquemas, indicios sugestivos, que giran todos ellos en torno al complicado mecanismo de las percepciones. Pero la ciencia es cautelosa y por la propia índole de sus métodos, no abrirá juicios prematuros sobre esquemas o conjeturas inciertas.

Por qué el Universo no marcha hacia la «muerte térmica»? Porque a la altura a que han llegado los conocimientos científicos, la palabra muerte, entendida como dilución en la nada o en lo indiferenciado, carece por completo de sentido. Junto a la corriente que parece conducirlo todo hacia la máxima entropía, hacia la fatal extinción de todos los desniveles, hacia la estructura más probable, existe otra, en apariencia más débil, seguramente más sutil, que aprovechándose en todo momento de la contingencia, sigue un curso ascendente, encontrando siempre la clave de los nuevos equilibrios que le permitan subsistir en estructuras cada vez más improbables, pero capacitadas para desorrollar una nueva forma de manifestación; es la corriente de la evolución, enfrentando con éxito aquella de la involución y desplegando su impulso creador. En esta corriente, nosotros los hombres, somos a un tiempo partícipes y actores.

El conocido aforismo de Lavoisier «nada se pierde, nada se crea, todo se transforma», tiene hoy un sentido mucho más amplio que aquel con que lo concibió su autor. De los dos principios de conservación, de la materia y de la energía, la Relatividad hizo uno solo, el de la conservación de la materia-energía, al establecer la equivalencia entre ambas formas de manifestación universal. La Cibernética viene hoy a proclamar un principio aún más amplio, el de la conservación de la substancia universal en todas sus manifestaciones, materia-energía-información. Un soplo de fresca espiritualidad vigoriza hoy el cuerpo de las ciencias y es precursor de un nuevo asalto en procura del eterno desconocido.

ALGUNAS NOTAS SOBRE EL POEMA

de

ANA TERESA FABANI

POR: ROBERTO ANGEL PARODI

«Nada tiene nombre» de Ana T. Fabani, posee para nosotros, subjetivamente, la unidad de un poema. Todas las páginas de su libro están motivadas por un mismo sentimiento que se torna sensible en bellísimas imágenes plasmadas por su espíritu. Cada poesía es una manera de mirar, una intuición en la que la autora descubre la palabra fiel, la imagen exacta que expresa su sentir obsesivo.

Aún esa unidad temática se complementa con la disposición de sus versos en los que se puede seguir el tránsito de su lucha interior, de su propio vencimiento, de su salto definitivo sobre la angustia de la nada y de la muerte. Hay una gradación evidente de su proceso espiritual que se inicia en aquellos primeros versos en que se descubre a sí misma y asiste a su propio naufragio, a esa lucha desproporcionada y tenaz de un resto de vida zozobrando en, una fragorosa inmensidad; y culminó en la última poesía, cuando adormecidos ya los sentidos, despojada de sus atributos terrenales se sumerge en el silencio, se libra de la muerte y alcanza por ahondamiento de su propia esencia, esa completa pasividad, esa tranquilidad morosa, esa quietista actitud contemplativa en la que el espíritu intuye la verdad.

En esos versos finales, síntesis de su sentir poético, descubrimos toda la intención estética de su poema, la perfección, el arte logrado

en su plenitud. Visión o intuición profunda y unitaria, como diría Croce, en la que su conciencia, cansada de luchar con una Razón que no se rinde y la acosa con el impacto de la nada en las innumerables soledades de la noche, logra tras una larga vivencia dolorosa, escapar a las ficciones del tiempo y del espacio, trascender las negaciones del conocimiento relativo para hundirse, como en una experiencia ascética, en el seno de la eternidad:

Sólo el ángel que nunca se ha dormido
está en mi corazón, pero callado
Como si fuera un pájaro acostado
sobre las hojas secas de su nido.

Apenas como el aire, como el viento,
como la flor será, pero la siento
cuando el dolor se rompe en mi costado...

Del poema trasciende la angustia de la muerte presentida; aquella sombra que camina a su costado y ensombrece sus días; la voz que le susurra en el silencio; la puerta que manos invisibles abren ante sus ojos desvelados, la raíz que se nutre con su llanto.

El motivo, que pertenece a la inalienable intimidad del hombre, es tan viejo como la misma poesía, pero distinta ha sido la manera de enfocarlo o de situarse ante Ella. Mirada con los ojos de la fe, es sólo el peldaño que nos separa del vivir trascendente; mas, aún así Bercéu se condeula de los sufrimientos y de la soledad de Santa Oria; el Arcipreste, medieval y renacentista, la vituperará con sentido vitalista; Manrique la personificará en Las Coplas, y dará a su voz un tono doctrinal y sosegado. Del medioevo nace esa costumbre de poetas, tan hispánica, de dialogar a solas con la muerte, como ocurrirá más tarde con Antonio Machado:

Arde en tus ojos un misterio, virgen
y esquiva compañera.
No sé si es odio o es amor la lumbre
inagotable de tu aljaba negra.
Conmigo irás mientras proyecte sombra
mi cuerpo y quede a mi sandalia arena.
¿Eres la sed o el agua en mi camino?
Dime, virgen esquiva y compañera.

El mismo autor en las «Notas y recuerdos de Juan de Mairena», donde sin orden fijo, pero con agudeza e ironía trata sobre las más diversas cuestiones, trae a colación aquel razonamiento de Epicuro: «Mientras somos, la muerte no es, y cuando la muerte es, nosotros no somos». Mas este saltarse la muerte a la torera, dice A. Machado, no es tan fácil ni aún con la ayuda de Epicuro y pese a su helénica agilidad de pensamiento, porque en todo salto propiamente dicho Ella salta con nosotros.

Lo que se esconde tras este último salto, aquello que no podía intuir tras las puertas abiertas de sus sueños, tortura con su misterio a Ana T. Fabani. Hay algo en ella, en su manera de sentir, de aquel camino de perfección de que hablara Heidegger; mas, en este caso, con un asentimiento de creencia que no compartía el filósofo alemán; es decir, consideramos a su nadismo como una rebeldía de superficie, no porque su inquietud existencial y su angustia no fuera tan profunda como apenas nos podemos imaginar, sino teniendo en cuenta que aquella manera de sentir fue una nota humana inevitable; sin pensar aún en sus veinte años, en que «era muy niña para un viaje tan largo».

Soledad y muerte, o más bien soledad, amor y muerte fueron los eternos temas que oprimieron su pluma. Y aquella, la que sintió hora por hora caminar a su lado, pudo hablarle con las palabras que el poeta mejicano, Javier Villaurrutia, la concibiera en su poema «Nocturno en que habla la muerte»:

«Aquí estoy».

Te he seguido como la sombra,
que no es posible dejar así nomás en casa;
como un poco de aire cálido e invisible
mezclado al aire frío y duro que respiras;
como el recuerdo de lo que más quieres;
como el olvido, sí, como el olvido
que has dejado caer sobre las cosas
que no quisieras recordar ahora.
Y es inútil que vuelvas la cabeza en mi busca:
estoy tan cerca que no puedes verme,
estoy fuera de ti y a un tiempo dentro...

Releyendo el poema penetramos en la intimidad de sus sentimientos,

en ese mundo poético tan suyo, algunas de cuyas simbólicas realidades ya aparecen en una poesía publicada hacia 1944 en el diario «La Calle»; el mar, sólo entrevisto en dimensión de la soledad que la acongoja; el umbral de la puerta: el primer peldaño de un tiempo que no será ya suyo, la cruel, y larga espera del paso presentido; la noche, el pánico desvelo y la fiebre que sólo cede cuando el alba se anuncia en los cristales; el astro que cae: la vida que se apaga en la oscura marea del olvido.

Y sobre el horizonte - en espera ignorada -
cayó una estrella blanca para hundirse en el mar.

Enfrentada a un sino adverso, su vida interior, que se enriquecería a costa de su temperamental vitalidad, se vuelca en la finísima sensibilidad de sus versos. Enredada en los sutiles hilos de una trama cuya finalidad se le escapaba, sostenida en el tiempo, acosada por la soledad que ahoga y quiebra el grito con la dura frialdad de su presencia, una niebla tenue la fue separando de todo lo que amaba; fue borrando los contornos de los seres y de las cosas y puso sordina a sus palabras. Un mal cuyo nombre fue tabú hasta hace no mucho tiempo dispersó sus sueños, apagó sus deseos, hizo crecer un océano inmenso, sin albas y sin crepúsculos, en las noches con estrellas apagadas de su corazón atormentado.

Enamorada de todo lo que es, en urgencia de existir, antes de que la niebla la cegara por completo, amó la vida, acarició las invisibles formas de las horas: en la esbeltez del día, en la alegría cromática del sol, en el milagro del lirio, la melancolía del ángelus, el capricho de una nube, el estallido de la rosa, en el dibujo indelible de los pájaros:

Este cielo, estas nubes, la callada
hora de soledad en que reposo,
me han dejado en el alma emocionada
el temblor de la dicha que no gozo.

Quise traerla a mí, pero ya ajada
era mi soledad, y en ella preso
el corazón está. Y yo le rezo
a las nubes y al cielo - enamorada -
de todo lo que vive en todo eso -
para que a mí, que no tendré ya nada,
no me dejen morir sin su regreso.

Si el estar a solas con su vida, devanando en soledad toda la infinita tristeza del silencio, puso un límite de angustia a su mirada, le dio, en cambio, una enamorada lucidez para penetrar en el mundo escondido de las cosas, para oír los pasos del silencio, el gemido de la flor, el roce de una estrella, el llanto callado de la lluvia:

La tristeza de estar no es la tristeza
que se llora en la lágrima del llanto.
Es esa soledad que duele tanto,
es esa soledad, es sólo esa
quieta manera de mirar la brisa
como pasa y se vuelve, de oír el canto
del pájaro, del agua, y de la risa,
y no poder cantar, tener un manto
delante de la voz y la mirada...

Su poema se abre con el dejamiento de su ser anterior, con la conciencia de sí misma ahogada en la soledad que la circunda, con la sombra de la muerte presentida:

Perdida en esta sombra estoy ahora
sin saber dónde voy ni dónde he ido.
No me acuerdo tampoco si he crecido
después de conocerme o si de ahora
soy de esta soledad que en mí ha nacido.

En el vértice de su drama sólo es realidad lo que deviene; lo anterior: juegos de niña, un ayer en que no se reconoce. Está ahora, sola con su melancolía, sola con una soledad que como su muerte no puede compartir. Incomunicada, aislada, madura su intimidad en ese estar siempre consigo misma.

El olvido, la incomprensión de quienes a su lado están distantes: unos ojos que la miran sin pensarla; unas manos que caen de sus manos sin rozarla, la empujan hacia la playas amargas del silencio que comienza a crecer allí donde el amor calla anonadado por la incomprensión:

Callada como el ave ya caída
miré pasar los seres que me hían
cuando empecé a morir día por día.
Y callada también miro mi vida
que se va yendo, así sola y perdida...

Isla de soledad por dentro, no se entrega a la resignación del llanto; y si la tentaron las orillas sin puerto de la desesperanza, su corazón entristecido, pero enamorado de la vida con toda la ternura que la existencia le negaba, se volverá hacia la creación donde cada cosa le grita su alegría de vivir. El día, el sol, los objetos que abrumen las pupilas con sus colores, serán para ella el vencimiento del dolor y del misterio; podrá quebrar la ansiedad de los minutos con la tibieza no apagada de sus sueños; perseguir la huella del ave en el vacío; la estela de la nave sobre el agua; el perfil de su rostro en el espejo.

Pero la noche... la noche será el ámbito sin tiempo y sin lugar para su angustia: el silencio que paraliza el sueño, el temblor de una palabra antigua, la frialdad de unos gestos, los pasos de un recuerdo que no quisiera recordar ahora: sentirse en soledad, más allá de otros ojos, más allá de los seres que ama; estar consigo y con ella creciendo a su costado.

En esas noches duras y sin límites, en espera de que con el alba llegue el consuelo del sueño, ante el pavor de los interrogantes, ante el anonadamiento del silencio, en el continuo diálogo del Ángel y de las sombras, halló Ana T. Fabiani la quietud espiritual para enfrentar la muerte, para empuerqueñecerla, para despojarla de sus atributos, para vencerla en su corazón enamorado con la dulce piedad de sus veinte años:

Rodeándome su sombra va y la siento
y en la mirada está y el pensamiento
la lleva en él - la lleva dibujada - ;
nada puede borrarla, y si mojada
por lágrima constante es inelera
nada puede borrarla porque ahora
adentro ya de mí la muerte llora.
No tiene más dolor que el que yo canto,
ni más nostalgia tiene ni más llanto....

Todó va perdiendo su nombre en ese mundo que aún se le ofrece con el prodigio de lo creado. Ya en un tiempo irrevocable las cosas vuelven a mirarse en dimensión de su pureza primitiva: la naturaleza, siempre símbolo en su poema; un mar, como el que lleva encerrado dentro de sí misma, la estrella, la nube, el perfil de la

lluvia, la sensación del ala, están innominados en sus versos, en su desnudez original como su pasado transparente del que no le ha quedado ninguna fecha cierta, ningún número, sólo ese o aquel día, el rumor de una voz, y el recuerdo de los seres queridos cuyos rostros dibuja la niebla para poblar la soledad de su silencio.

En ese mundo de elementos vírgenes, en ese paisaje mental sin tiempo, sin historia, los seres a quienes evoca cobran realidad despojados de todo lo superficial: de rótulos, de señas, de aditamentos. Tan innominados como las cosas en los orígenes del universo, adquieren en su desnudez toda la intensidad vital que se encierra en la diminuta, pero significativa corporeidad de los pronombres. «Ella», personificará a la soledad, a la muerte, a aquella que camina a su costado; «ellos», serán las personas a quienes ama, a veces tan distantes como nombres lejanos que no acuden para quebrar el miedo que la acosa, y, además, los que conociera y olvidaron, los indiferentes, «los seres que me huían - cuando empecé a morir día por día»; pero «tú» será el pronombre más significativo y al que más acude en sus versos, aunque dejándolo prácticamente siempre entendido en la forma del verbo y usándolo, en cambio, de manera reiterada el posesivo; como cuando dirigiéndose al lector, lo que acontece a menudo, recurre a la antigua tradición tan española de avisar, de amonestar sobre aquellas verdades que eternizara Manrique; la fugacidad del tiempo:

Pasa tu llanto, pasa tu partida,
pasa por el camino el leve paso
y la huella. Y el roce de la vida
gusta la luna nueva y el ocaso.

La fragilidad de las cosas humanas:

Todo lo que la vida nos ha dado
perece así, termina así, en la nada.
Y todo lo que somos olvidado
será después. Ni voz enamorada
ni palabra o ensueño, ni mirada
podrá tu sueño despertar o el mío.

La inexorable realidad de la muerte:

Pasa... y mira el color que tiene el muerto.
Pasa... y mira su mano que, caída
sobre el pecho ya nunca más despierto,
se parece a una flor que está sin vida.

Más la segunda persona, dejando de lado este empleo enfático, y expresada con el posesivo será en los versos de Ana T. Fabiani, el amor: un sueño como aquél del poema tan conocido de Nalé Roxlo: «Fue su vida exterior tan imprecisa - que sólo se le vio cuando asomaba - al trémulo perfil de una sonrisa - o al tono de la voz que lo nombraba». Un sueño de amor innominado que vive en el mundo de sus recuerdos sustantivado únicamente en el pronombre, sin adjetivos, sin contornos: una voz que la ha llamado por su nombre: una manera de mirar que dura en sus pupilas; la caricia leve de una mano:

Es un sueño tu voz y tu mirada
que no veré ya más. Y también sueño
es tu nombre en mi voz enamorada,
y la caricia de tu mano, sueño.

El silencio que, como oscura mariposa, crece en los ojos que ama será un anticipo de su soledad total, de ese quedarse a solas con la muerte:

Este silencio que en la sien me crece
también está creciendo en tu mirada
como un pájaro apenas que adormece
su corazón de estrella enamorada.
Toda la espina tiene de la rosa
todo el dolor del huerto y del olivo....
este silencio, triste y largo río
que corre por mi amor y tu desvío.

Después todo será un recuerdo, una sombra más que desambula por su mundo interior y a la cual se aferró, como que es lo más hermoso de su vida: la esperanza.

Todo es callar en ti, y la suave esencia
de mi congoja lenta, alucinada
se va quedando sola, desmembrada
del agudo dolor de tu presencia.

Sólo el recuerdo, triste, confidencia
con la tarde en la hora de la ausencia
o con el sueño allá por la alborada.

Al iniciar estas brevísimas notas habíamos pensado sintetizar en pocas palabras algunas opiniones sobre la manera de valorar un poema, las que, como ocurre al juzgar cualquier obra de arte tienen en cuenta dos puntos de vista que lejos de excluirse se complementan: la sensibilidad y el raciocinio. El primero, propio de la crítica impresionista puede caer en el error de desplazar el interés de la obra de sí misma para fijarlo en la experiencia psicológica del lector; y el segundo o racionalista puede derivar en la frialdad de toda posición de corte cientificista que juzga según normas generales. Frente a este dilema la crítica espiritualista surgida en Alemania con Leo Spitzer que reconoce antecedentes en Vossler y antes en Croce, ha adoptado una posición sugestiva que sin dejar de ser esencialmente psicológica trata de sistematizar en torno a los procedimientos del análisis literario. Esta nueva disciplina llamada estilística individual o genética, paralela a aquella otra descriptiva o de la expresión que iniciara Saussure y continuara Bally, ha desplazado desde hace tiempo a la manera tradicional de encarar los estudios, los cuales tenían más en cuenta el aspecto biográfico y el trasfondo histórico y social que la creación en sí misma.

Se parte por dilucidar la condición ontológica de la obra, por discernir la forma en que existe, y se llega a la conclusión de que aquella se concreta en su estructura: una realidad subjetiva creada por el autor; no simplemente la suma de contenido y elocución, sino la trabazón de elementos de por sí neutros, cuya armonía constituye el verdadero ser de la obra literaria. De tal modo que, así como el cuadro del pintor es una entidad superior o de otra índole que los colores o la tela, también el poema logrado a través de elementos fónicos, sintácticos y míticos, conforma un «objeto», una realidad que se valoriza en conjunto, en su totalidad y no sólo por los méritos que aquéllos posean aisladamente, sin referencia a la estructura.

Los métodos de la estilística idealista de Leo Spitzer, cuyas bases son tan conocidas, podemos resumirlos, siguiendo a Pierre Guiraud, en estos conceptos esenciales: la crítica es immanente a la

obra, es decir que «la estilística debe tomar la obra de arte concreta como punto de partida, no algún punto de vista a priori exterior, y de aquella deberá extraer sus propias categorías»; se tendrá en cuenta que toda creación constituye un todo en cuyo centro se encuentra el espíritu del autor, que es su principio de cohesión interna, «obrando como una especie de sistema solar hacia cuya órbita todas las cosas son atraídas, tal si fueran especies de satélites de esa entidad»; para penetrar en el centro de la obra podremos partir de un rasgo de lengua, de un detalle, del contenido, del todo o de una parte, en suma de una intuición que nos llevará «por un movimiento de ida y vuelta del centro a la periferia»; por último «la estilística debe ser una crítica de «simpatía», en el sentido vulgar del término y asimismo en el sentido bergsonianos. La obra constituye un todo que tiene que ser reaprehendido en su totalidad y desde el interior, lo cual supone una entera «simpatía» con ella y con su creador».

La estilística idealista repercutió por su novedad, por su alejamiento de los métodos tradicionales entre los escritores hispanoamericanos; así, por ejemplo, en Alfonso Reyes que tantas páginas dedica al estudio de la creación, y cuyo libro «La experiencia literaria» refleja parte de ese influjo, orientado principalmente por otro investigador personalísimo del que nos ocuparemos después. En aquella obra nos dice el autor mejicano, que toda creación lleva infusa un arte poético; y al explicar cómo se acerca la crítica a la obra habla de tres grados: la impresión, la exégesis y el juicio, de los cuales la primera es la condición indispensable, porque sin ella no hay crítica posible, no existe propiamente la receptividad de la expresión literaria. El valorar por la reacción sensible es, por lo tanto, «una especie de derecho natural, el que, si bien a veces los filólogos miran con desdén, representa la respuesta humana al problema». Ya en el plano de la exégesis, a la que ubica a medio camino del impresionismo y del juicio, reduce sus métodos a tres fundamentales: históricos, psicológicos y estilísticos; definiendo a estos últimos como los que buscan en la obra las peculiaridades lingüísticas del escritor.

Pero fue el notable crítico español Amado Alonso, inspirado por Spitzer, aunque personalísimo en sus procedimientos, quien orientó al autor de «La experiencia literaria» como se desprende de su «Carta a Alfonso Reyes sobre la estilística», donde precisa el punto de partida de esa disciplina con las palabras del maestro alemán en cuya línea se sitúa: «Ha de haber en el escritor una especie de armonía preestablecida entre la expresión y el todo de la obra, una misteriosa

correspondencia entre ambas. Nuestro sistema de investigación se basa por entero en ese axioma». Para manifestar, luego, que el artista nos trasmite sólo una pálida sombra del placer estético que él va teniendo al hacerla. Ese placer de la elaboración, «nada contradictorio con lo que se suele llamar dolor de la creación, se va objetivando con la construcción entera; pero, también, y muy eficazmente con el andar de la palabra: con el estilo».

En esta perspectiva de Spitzer y Amado Alonso en que nos hemos colocado, la obra, motivo de nuestro comentario, resulta no sólo muy proclive a despertar aquella «simpatía» de que hablaríamos al comienzo, sino a permitir con facilidad la búsqueda de los procedimientos de que se ha valido su autora deliberada o intuitivamente, para lograr, a través de la estructuración poética que ha dado a su propia experiencia, el hondo efecto estético que suscita. Por lo tanto, sin perder de vista la totalidad de su creación y los sentimientos destacados al principio, intentaremos, ahora, poner en evidencia algunas de las peculiaridades más notables de su estilo.

Uno de los aspectos, el más importante, nos inclinaremos a decir, donde se condensan los valores estéticos de la obra de Ana T. Fabani, es aquel que Borges llamara una de las alas de la poesía: la imagen. Hay, efectivamente, en sus versos una riqueza extraordinaria de imágenes transidas de sentimiento, intensamente poéticas, sugestivas, que al plasmar su sentir nos contagian, también, toda su emotividad. Casi siempre modela su intuición honda de las cosas a través de la metáfora o de la comparación, y ello constituye, sin dudas, la nota desbordante de la lírica de nuestra autora. Su mirada ávida, nerviosa, su temperamento inquieto, su afán de aprehender plenamente cada instante, se aquietan sólo en las imágenes, en esa plasticidad de su decir que aprisiona elementos de la realidad para expresar vívidamente el peso de la soledad, la angustia del silencio, la redención del dolor que, acalladas las palabras, queda flotando en el aire para hacerse rumor en la voz de la lluvia:

Mientras cae por la lluvia que lo salva
haciéndolo rumor que canta y baila
sobre un lejano suelo de palabras.

Ana T. Fabani parte de un estado emotivo que debe sugerir con el medio común de todos los poetas: las palabras que son los colores o la arcilla de la Literatura, y a las que estructura con la delicada sensibilidad de su espíritu. En esa fertilidad de que hablamos, en esa notable capacidad para cristalizar estéticamente el pensamiento, para recoger aquello que en forma más certera pueda comunicár su sentir, en la privilegiada facilidad para forjar en imágenes los sutiles matices de su inspiración, hallamos aquel modo valioso de intuición que, para Amado Alonso, unido a un modo coherente de sentimiento constituye lo poético de una poesía. He aquí algunos ejemplos elegidos al azar:

El silencio es un pájaro dormido.

Cava la lluvia su perfil de arena
y en el tul de la tarde, la azucena
de otro recuerdo se amanece... y calla.

Hay un ángel que viene de la nada
y se me va acercando despacito.
Llega por la penumbra en la alborada
cuando el sueño - nivel del infinito -
cruza su soledad sobre mi almohada.

Apenas tiembla el alma en todo eso.
Apenas, pero es ella lo que siento,
se me va ya, y la luz con suave peso,
lo va empujando al ángel por el viento.

En otros casos procede por enfilamiento de imágenes, por acumulación de símiles, y a través de un esquema anafórico procura ofrecernos una sensación exacta de sus sentimientos. Tal, por ejemplo, la poesía que comienza: "Tiene color de pájaro anidado...", donde a la reiteración de las palabras iniciales que sirven como encabezadoras de las imágenes, se agrega con hondo valor sugestivo la oposición emocional entre la imagen cromática que la palabra «color» despierta en el lector, y la intuición de índole afectiva, ese tono indefinible de la tristeza que la acongoja:

Tiene color de pájaro anidado
en una madrugada lenta y fría.
Color de cerrazón vista en el prado,
y de llorizna en el dintel del día.

.....
Tiene color de iglesia y de incensario.
De una mirada vista atrás de un cuadro.
Tiene el color de la ceniza al viento
la tristeza que adentro de mí siento.

En una década (1940 - 1950) en que estaban en apogeo los movimientos de vanguardia, la influencia de los mismos no se hizo sentir en sus versos; Ana T. Fabani prefiere para expresar su emotividad, el cauce de las formas tradicionales; destacándose su predilección por el endecasílabo que maneja con suma naturalidad, tanto en los escasos, pero perfectos sonetos que incluye en su libro, como en las demás composiciones donde la distribución de las estrofas queda al arbitrio de su inspiración. Mas, cualquiera sea la disposición externa, impera siempre en su poesía una particularidad estilística que revela la espontaneidad de su lirismo: la agrupación de palabras con sentido musical; lo cual, añadido a la pureza de sus sentimientos, imprime a sus versos un acento inusitadamente propio. Ese tono no se esfuma, ni pierde autenticidad, aun cuando la autora recurra, a veces, a esquemas tradicionales para plasmar su sentir. Una de esas viejas fórmulas poéticas, la reiteración de la proposición condicional, sirve de estructura a varias de sus composiciones; pero siempre, como en el ejemplo que transcribimos, hay una verdadera creación personal, una manera novedosa de decir, un detalle sugestivo; aquí observamos el efecto de la gradación verbal: **entorna, cierra, apaga**:

Si la luz llega entorna la ventana.
Y en el cristal que anoche se hubo abierto
deja que siga al sueño, y ya lejano,
busque en el sueño incierto lo que es cierto.

.....
Si la luz llega, cierra la ventana.
Posa la mano en mí, que si despierto
no me encuentre perdida en la mañana
como un rostro creciendo en un desierto.

Si la luz llega apaga la ventana.
Y apóyate en mi cuerpo, casi muerto.
Busca en mi corazón esa campana
que irá diciéndote mi desconcierto
porque envuelta en el sueño, ya cercana
a la voz, a la fuente, al triste huerto,
me alcanzará en su orilla la mañana
Si la luz llega apaga la ventana.
Y apóyate en mi cuerpo, aún no despierto,
para salvar de mí lo que no ha muerto.

En otro caso el empleo de un procedimiento semejante en lo que atañe a la acumulación de condicionales, ofrece la diferencia con relación al anterior de condensar al final en dos proposiciones interrogativas - indirecta y directa respectivamente - el dolor de una soledad que no quiebran las voces amadas:

... Si lento un frío nos recorre, y duele.
Si grita en el oído un largo grito.
Si hasta la longitud que nos contiene
llega la oscuridad del infinito.
Si llamo con mi voz nombres lejanos
por qué nadie, está aquí de quienes amó
para quebrar el miedo que me acosa.
Si llamo con mi voz que apenas roza
el sonido y el eco y la palabra,
si llamo a tantos nombres... por qué callan ?.

Un rasgo saliente en el estilo de Ana T. Fabani es el predominio en sus versos, de verbos y sustantivos; en tanto que es notable la limitación en el uso del calificativo. Es evidente que la autora huye del epíteto meramente eufónico o decorativo; prefiriendo, en general, los adjetivos pospuestos al nombre, dentro de los cuales abundan los de origen verbal como un síntoma de su línea temperamental inquieta y vitalista. Cuando emplea el calificativo, que como hemos dicho no aparece muy a menudo, logra provocar delicado efecto poético con la novedosa unión de un adjetivo a un sustantivo, de la manera que ocurre en este caso, en donde la cualidad de erguirse propia del lirio se desplaza intencionalmente para calificar al sustantivo abstracto:

Una nube quizá, como un amigo
hoy me acompañe, mientras crece un lirio
su vertical asombro de estar vivo.

O consigue el mismo fin estético y una intensa conmoción afectiva con adjetivos sencillos, comunes, como los que emplea en los versos que transcribiremos; y una de las pocas veces, por otra parte, en que usa más de un calificativo referido a un sustantivo. La poesía donde se hallan los atributos que queremos destacar corresponde a la página 35 de su libro en la única y lamentablemente agotada edición de sus versos (Ediciones: «Botellas al Mar»; Buenos Aires 1949). Dicha colección está precedida por un brillante prólogo, en el que bajo el título de «Algunas palabras sobre este libro» (págs. 9 a 11), el gran poeta argentino Córdoba Iturburu, con emotivas palabras y bien fundadas razones, presenta a nuestra poetisa como una gratísima realidad en el ámbito de las letras rioplatenses.

Los calificativos aludidos están precedidos en el verso que destacamos dentro del fragmento por un posesivo que aumenta la nota afectiva y a su vez el sustantivo va seguido de un adjetivo verbal:

Esta la noche quieta... escucho el ruido
de una hoja que cae, de una mirada,
de una mano que está puesta en mi almohada
y detiene en su hueco mis latidos.
Por la sombra se arrastra un paso suave,
como quien busca un rastro que ha perdido
o trae por la tierra un cuerpo de ave.
También me pareciera que ha venido
mi pequeño y lejano hermano muerto,
y en las sombras sus manos me extendiera
con temor de mis ojos tan abiertos
que a pesar de mirarlo no lo vieran...

Volviendo a su medida en el uso de los adjetivos, es evidente que la autora, al desechar los epítetos fáciles y morosos, hace cobrar mayor expresividad a los sustantivos que, sin aditamentos, aumentan su significación. Junto a esta particularidad, no es menos evidente la derivada de la primacía verbal que se observa en muchas de sus poesías, donde abundan las sensaciones expresadas por medio de formas verbales. En esa frecuencia creemos ver la urgencia de vivir, de ver, de sentir que se adivinaba en las pupilas de Ana T. Fabani.

La asiduidad con que recurre al presente, su reiteración, aun, a veces, la enálage nos sugiere una consecuencia estilística acorde con su propia psicología. Como dato ilustrativo, aunque desglosados de las poesías a que pertenecen pierden espontaneidad, seleccionamos estos ejemplos:

Piso la tierra y parto. Me parece
que todo este camino fue antes tumba
y al pisarlo mi pie se desvanece.

Crece la luz y crece la mañana
sobre el párpado leve que ha dormido.

Despierta... escucha... ya la noche llega
en un barco sombrío que navega
rumbo a la orilla donde el sueño espera.

Pasa... y mira el color que da la muerte.
Y mira por detrás de la ventana
si la rosa y el ala se divierten...

Amado Alonso decía que el escritor no sólo vive los sentimientos que expresa, no sólo los experimenta, sino que esa realidad de índole emocional es a su vez contemplada por el artista en una especie de desdoblamiento, autor - espectador, que le permite modelar poéticamente sus impresiones. Esto ocurre con Ana T. Fabani que plasma en imágenes toda la conmoción afectiva que le deparó una realidad adversa, que traduce líricamente sus vivencias más sutiles, sus emociones, sus sufrimientos. El valor estético de su obra estriba precisamente en haber transformado en experiencia embellecida, sin rondar lo melodramático, el acaecer doloroso que le deparaba la vida, hasta llegar a diluir en una enamorada melancolía toda la angustia que escondía su tragedia. Pero el sendero recorrido por nuestra inolvidable escritora para llegar a esa contemplación amorosa y serena de la vida no

fue el más llano, directo y sin escollos de la fe profunda, que pudo poner en sus versos desde el principio aquella confianza que hacía decir a una poetisa del siglo pasado: «Dulce es morir cuando una fe sublime - al hombre le revela su destino». Por el contrario el camino de Ana T. Fabani fue el más largo, el más penoso, aquél que tienta con sus múltiples negaciones hacia el abismo de la desesperanza, o ahoga con las sombrías perspectivas de la nada.

Amaba un mundo sin soledad y el destino la condenó al silencio de la quietud, y puso, ante ella, la tortura de aquel interrogante que con tanto acierto sintetizara Antonio Machado:

Y ha de morir contigo el mundo tuyo,
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?
Los yunques y crisoles de tu alma
trabajan para el polvo y para el viento?

Pero del vacío, de esa doliente angustia en los fríos corredores de la duda, ha de emerger despojada voluntariamente de todo lo que amará, dejando morir en el olvido aquel ayer transparente de sus sueños. Y en la poesía con que cierra su libro intuirá su última «soledad» ya no lejana, sin dolor, sin palabras, sin aquella juventud que tanto amara: la suavidad de sus cabellos, el desasosiego de sus ojos verdes, la nostalgia jovial de su sonrisa, se desdibujarían en la niebla, se esfumarían al borde de la luz... sólo Ella, que es decir su alma, entreabría los portales luminosos de la eternidad.

CONCEPCION DEL URUGUAY, CAPITAL DE ENTRE RIOS

POR: OSCAR F. URQUIZA ALMANDOZ

No había transcurrido mucho tiempo desde el momento en que Tomás de Rocamora organizara los pueblos del sureste entrerriano, cuando ya la villa recostada junto al Arroyo de la China, y puesta bajo la advocación de la Inmaculada, cobraba una fisonomía propia.-

Al regresar Rocamora al lugar de sus muchos desvelos, después de una ausencia de un año, encontró a las villas en un estado de estancamiento, cuando no de decadencia, motivado por la ineficaz actuación de su sustituto Ormaechea. Entonces, con mucho de lamentación, escribió al Virrey su informe del 3 de abril de 1785 en el que expresaba tal estado de cosas, sobre todo en lo que se refería a las villas de Gualeguaychú y Gualeguay. Concepción del Uruguay, en cambio, era la que en mejores condiciones se mantenía. Había logrado salvar airosamente un año difícil. El esfuerzo tesonero de sus pobladores, huérfano de toda ayuda oficial, posibilitó esa superación de obstáculos, obstáculos de toda índole que, en otros casos, domeñaron la voluntad de los hombres y trajeron aparejada la retroacción de los pueblos.

Ese esfuerzo de todos los días, vivificado por las brisas del río cercano, fue colocándola a la villa en una posición de privilegio, y fue así que bien pronto se la designó sede de la Comandancia General de los Partidos de Entre Ríos. Años más tarde, por 1805, la villa presentaba los signos de su progreso, reflejado en un documento que el Cabildo enviara el 4 de mayo al Rey Carlos IV, reclamando el respeto de los derechos de los habitantes, y que fuera comentado y reproducido en parte por Benjamín Victorica en la Revista del Paraná, en 1861.-

Consecuentemente con el adelanto evidenciado, lento pero sin

pausas, algunos habitantes de la Villa fueron distinguidos con importantes puestos, tales los casos de Josef de Urquiza y de José Miguel Díaz Vélez, que llegaron a ocupar el cargo de Comandante General de los Partidos de Entre Ríos, el primero en 1801 y el segundo en 1810.

Concepción del Uruguay - dice Facundo A. Arce - era a comienzos de 1810 uno de los centros poblados más importantes de Entre Ríos. Y fue precisamente su Cabildo, el primero de los ayuntamientos entrerrianos que dispuso su reconocimiento a la Junta de Mayo. Por ese mismo año de 1810, tan caro en nuestros fastos patrios, comenzaba su actuación al servicio de la Patria, un joven de 24 años, un hijo de la tierra a la que él mucho amó, y a la que, con el andar de años azarosos, convertido ya en Supremo, le ofrendaría su sangre, roja como la banda que atravesaba la bandera de su República de Entre Ríos. La incipiente villa de la Concepción del Uruguay, en su solar n.º 1, cobijó el alumbramiento de Francisco Ramírez en uno de los últimos días del verano de 1786, (1).

La historia ha recogido el nombre de los grandes, el de los héroes, el de los afortunados que han alcanzado a recibir el beso de la gloria. Pero están los otros, los desconocidos, los que también conocieron las alturas del heroísmo, los que permanecen innominados, los que conducidos por aquéllos, contribuyeron a cimentar la causa de la tierra. Con ellos, los campos del oriente entrerriano supieron de la epopeya. Sus propias y escasas fuerzas se lanzaron, con coraje nunca desmentido, a la recuperación de las villas que habían caído bajo el poder de Michelena. Primero Gualeguay, después Gualeguaychú, finalmente Concepción del Uruguay, jalonaron con su esfuerzo heroico, los primeros meses del año 1811. Bartolomé Zapata marchó al frente de los grupos libertadores y muy pronto el territorio entrerriano quedó libre de dominadores españoles. La recuperación de las villas produjo un doble efecto, moral y estratégico, que tonificó el movimiento de Mayo.

Meses después, en octubre de 1811, la tranquilidad de la villa de la Concepción del Uruguay, que nunca había sido completa, se vio interrumpida por un nuevo ataque. El protagonista no era ya el español escarmentado, sino otro antiguo enemigo de las regiones del

(1) 1788 para Miguel Angel Gregori: «Francisco Ramírez. Algunos datos relacionados con su origen», Revista SER, Concepción del Uruguay, E. Ríos, No. 1, 1962, p. 59.

Plata: el portugués codicioso. Las fuerzas lusitanas se introdujeron en territorio misionero y en continuada marcha hacia el sur se apoderaron, ya en Entre Ríos, de Mandisoví primero y Concordia después. El 11 de Octubre, auxiliados por una flotilla española, los portugueses lanzaron su ataque contra Concepción del Uruguay. La defensa fue heroica porque escasos eran los recursos defensivos: apenas una compañía de veteranos y una de milicias locales que bajo las órdenes del capitán de línea Francisco S. Quevedo, consiguieron rechazar al enemigo.

La Patria, tiempo después, volvería a reclamar el esfuerzo de las milicias uruguayenses. El 24 de febrero de 1813, comandadas en esta oportunidad, por el capitán Ricardo López Jordán, padre del último insurgente, y el teniente de granaderos Miguel Escobar, atacaron con denuedo a dos buques españoles que operaban en las inmediaciones de la villa. El parte de este hecho de armas que el Comandante General de los Partidos de Entre Ríos, teniente coronel D. Elías Galván, enviara al Gobierno de las Provincias Unidas, trasunta la victoria alcanzada y consigna el apresamiento de las naves españolas.

En el violento entrechocar de aquellas horas bravas, la antigua villa del Arroyo de la China había dicho su (Presente). Sus hombres habían peleado tenazmente en las luchas libertarias y habían trabajado intensamente en la paz siempre anhelada. Ellos se habían destacado en el vasto panorama surcado de selvas y cuchillas, porque estaban ligados a la tierra entrerriana por ese vínculo indestructible que une al hombre con la tierra que puebla, trabaja y defiende. Por todo ello, no podía extrañar que cuando el Director Posadas decidiera crear la Provincia de Entre Ríos, fijara como capital de la misma a la villa de Concepción del Uruguay.

1814 DECRETO DEL DIRECTOR SUPREMO GERVASIO DE POSADAS ESTABLECIENDO LA CAPITAL DE ENTRE RIOS EN CONCEPCION DEL URUGUAY.

El año 1814 ofreció al flamante Director Supremo Gervasio de Posadas y a la Asamblea Constituyente reunida desde el año anterior innumerables dificultades. A la grave situación externa, la lucha contra españoles y portugueses, se agregaba la interna, el conflicto con Antiguas, quien acentuaba cada vez más su influencia sobre los territorios litorales. Deseando un contralor mayor en tales regiones, el gobierno pensó en separarlas de la Intendencia de Buenos Aires y dar a

cada una sus autoridades respectivas «que velaran por el engrandecimiento y riqueza de los referidos territorios bañados por los grandes ríos». Indudablemente que tras el ropaje de estas palabras se ocultaba el designio de contar, merced a esos arbitrios, con mayores posibilidades de éxitos en la lucha contra Artigas. Es así que el 10 de setiembre de 1814, el Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata dictó, en uso de sus facultades, un decreto cuyos artículos 1º, 4º, y 5º, tomamos de la GAZETA MINISTERIAL:

«Artículo primero. El territorio del Entre-Ríos con todos sus pueblos formará desde hoy en adelante una Provincia del Estado con la **denominación de Provincia del Entre-Ríos**. Los límites de esta Provincia serán al Norte la línea que entre los Ríos Paraná y Uruguay, forma el Río de Corrientes en su confluencia con aquel hasta la del arroyo Aguarachí, y este mismo arroyo con el Curuzucuatá, hasta su confluencia con el Miriñay, en las inmediaciones del Uruguay; al Est el Uruguay y al Sud y Oest el Paraná».

«Art. 4º. La villa de la Concepción del Uruguay sera la **Capital de la Provincia de Entre Ríos**; y la ciudad de Corrientes la de la Provincia de su nombre. Los gobernadores intendentes tendrán su residencia ordinaria en las Capitales; pero en tiempo de guerra y siempre que lo exija la necesidad, el Gobernador Intendente de Corrientes residirá en el pueblo de la Candelaria.»

«Art. 5º. Ambas Provincias nombrarán y tendrán sus Representantes en la Asamblea General Constituyente en la forma que previenen las leyes del Estado con respecto á las Provincias Unidas». (2)

Como se ha podido apreciar, por el art. 4º, del decreto, la villa de Concepción del Uruguay era considerada Capital de la nueva Provincia y asiento de las autoridades de la misma. Fue designado gobernador intendente el coronel Blas José Pico, quien, a mediados de setiembre de 1814, llegaba a Concepción del Uruguay.

Éfmero fue el gobierno de Pico, como nominales fueron otros gobiernos designados por el Directorio. Las tacuaras entrerrianas enarbolaron las banderolas de la rebeldía y en las selvas y las cuchillas retifieron los clarines su voz de bronce: ¡Federación o Muerte!. El protectorado de Artigas determinó el ingreso de Entre Ríos a la Liga de los Pueblos Libres, situación que se prolongó hasta la firma del

Gazeta Ministerial del Gobierno de Buenos-Ayres, 1814, repr. facs., Buenos Aires 1911-1912. Colección en Biblioteca del Colegio del Uruguay.

GAZETA MINISTERIAL

DEL GOBIERNO DE BUENOS=AYRES.

DEL JUEVES 22 DE SETIEMBRE DE 1814.

BUENOS AYRES SETIEMBRE 19.—

Por el extraordinario que acaba de llegar del Ejército del Perú, se ha recibido importantes comunicaciones, y entre ellas, una relación circunstanciada remitida al General, que contiene el siguiente artículo.—

Los Pueblos cada día odian más al General Pezuela: Sta. Cruz de la Sierra, parte de la jurisdicción de Cochabamba, Sicasica, Chayanta y los de las inmediaciones de Cuzi hacen la guerra en aquel modo que es duele á hombres por la mayor parte de soldados. Pero nuestra situación es muy gloriosa, por la disposición de los Pueblos que refiero, como por la resolución de la gran Provincia del Cuzco. Allí se depuso al Presidente Concha puesto por Abascal, y á los Oidores de provisión real; se depositó la Presidencia en el Coronel juramentado en Salta D. Juan Tomas Moscoso, y el mando de las armas en los Coronels Arteta, uno de ellos tambien juramentado.—Tienen armado un Batallon de 750 fusileros, 12 piezas de artilleria y 2000 reclutas de algunas incipias, que de antemano no estaban preparados para retornar á Pezuela, á lo que resistieron, asegurado que no saldrían de su Provincia, y esto fué antes de constituirse el nuevo Gobierno.—Verificada la deposición de Concha ofreció al Cuzco la dirección de sus negocios al Mariscal Pizarro, pero este todavía tenaz decayó á sus planes y fué á Arequipa en compañía del Coronel Campero que comandaba las armas. Allí se halla el Teniente General Inostrosa reclutando gente, y se aseguraba tendría como 1500 hombres en disciplina. Los nuevos gobernantes del Cuzco ofrecieron inmediatamente á Abascal y Pezuela, y decían que tambien daban cuenta al Consejo de Regencia de aquella providencia. El hecho ha causado diferentes sensaciones en el Ejército de Pezuela, tanto en este y como en los Europeos, aliento, entusiasmo en la oficialidad americana; y desos de un lado á sus compatriotas en aquellos de mediana capacidad.

SETIEMBRE 21.—Hoy ha emprendido su marcha el Ejército del Perú el Regimiento de infanteria n.º 2.—Se sabe que el n.º 6 continúa la suya desde Sta. Fé al mismo destino.—¿En? ¿no debe estar distante á esta fecha de la retaguardia de aquel Ejército, que en breve penetrará hasta el corazón mismo del Perú, auxiliado por estas tres legiones, que con tanta justicia acaban de ser teclada por la Asamblea General Benemérita de la Patria en grado heroico.

ARTÍCULOS DE OFICIO.

EL SUPREMO DIRECTOR DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RÍO DE LA PLATA.

La necesidad de reparar los quebrantos que han causado la división y la guerra al Comercio, á la industria, y á la población, forma hoy el objeto de mis primeros cuidados. Poco importaría haber vencido á los enemigos de la Patria, si las ventajas de la victoria no refuyesen en beneficio de los Pueblos. Los grandes territorios del Entre-Ríos, y el que comprenden las Jurisdicciones de Corrientes y Misiones se hallan en las mismas circunstancias que dictaron el establecimiento de un Gobierno Intendente en la Banda Oriental del Uruguay. Ambos Países bañados de grandes Ríos, en ricas producciones, y capaces del mayor adelantamiento exigen una autoridad inmediata que vele sobre su prosperidad bajo la debida dependencia á la Suprema del Estado, y á las leyes generales del sistema de unidad que han adoptado las Provincias. Sobre estos principios, y oído en el particular el dictamen y consulta de mi Consejo de Estado he venido en decretar lo siguiente.—

ARTÍCULO PRIMERO

El territorio del Entre-Ríos con todos sus Pueblos formará desde hoy en adelante una Provincia del Estado con la denominación de **PROVINCIA DEL ENTRE RÍOS**. Los límites de esta Provincia serán al Norte la línea que en

Primera página de la GAZETA MINISTERIAL DEL GOBIERNO DE BUENOS AYRES, del jueves 22 de setiembre de 1814, en la que aparece el decreto del Director Posadas, de 10 de setiembre, que crea la Provincia de Entre Ríos, y fija como capital de la misma a Concepción del Uruguay. (Reprod. facs., Colección en Biblioteca del Colegio del Uruguay)

tratado del pilar, cuando en virtud de los artículos 3º y 10º, el gran caudillo de la revolución argentina, rompió con Ramírez al vislumbrar los intereses puestos en marcha para producir su alejamiento. Triunfante el entrerriano, surgió la República de Entre Ríos, de vida efímera, porque en los yermos campos de Río Seco, cayeron, tronchadas para siempre, la vida del Supremo y la República de sus sueños. Ricardo López Jordán trató de prolongar el estertor de ese sueño, pero los sucesos acaecidos en setiembre de 1821 liquidaron definitivamente una etapa turbulenta pero heroica de vida entrerriana.-

Lucio Mansilla, que tantos juicios contradictorios despertara en los historiadores, gobernó de hecho a la Provincia a partir de la revolución de setiembre y de derecho, desde el 13 de diciembre, en que fue elegido gobernador por el Congreso de Representantes reunidos en Paraná. Fue durante su gobierno, que se produjo una innovación con respecto a la Capital de la Provincia, ya que la que fuera designada por el decreto de 1814, no configuraba una sede propicia para posibilitar su acción gubernativa por razones que apuntaremos más adelante, aunque ya Ramírez en 1819, cuando formalizara su alianza con Estanislao López, comenzó a actuar desde el Paraná, punto cercano al centro político militar de su aliado y alejado convenientemente de la zona del Uruguay en la que la proximidad de Artigas podía perturbar sus planes hegemónicos.

1822. LEY DE LA LEGISLATURA DE ENTRE RÍOS ESTABLECIENDO LA CAPITAL DE LA PROVINCIA EN LA VILLA DEL PARANÁ.-

Hemos visto cuáles fueron los motivos por los que Francisco Ramírez trasladó prácticamente la capital de la Provincia de Concepción del Uruguay a Paraná. En un caso similar, aunque frente a distintas circunstancias, se encontró Lucio Mansilla. De nuevo el aliado era Estanislao López, por eso la fijación de la capital en Paraná, por su proximidad con el caudillo santafesino; el enemigo, Ricardo López Jordán, emigrado en la Banda Oriental, contaba con las simpatías del pueblo de Concepción del Uruguay; de ahí el deseo de Mansilla de alejarse de la antigua capital de la Provincia. Esas razones llevaron al Congreso a aprobar y adicionar el plan preparado por Mansilla y su colaborador el Dr. Pedro José Agrelo, referente a la división de los Departamentos de la Provincia que le fuera presentado el 9 de febrero de 1822 y que, entre otras disposiciones, establecía lo siguiente: «La villa del Paraná es además la capital de toda la provincia; y en ella deberá tener sus sesiones el congreso, y residir el gobierno general

de ella* (Artículo adicional por el Congreso). (3)

En la sesión del 17 de febrero de 1822 el Congreso aprobó el Plan de División Departamental y al sancionarse el Estatuto Constitucional el 4 de marzo, se estableció en el artículo 9º, sección 2ª, que «El congreso tendrá sus sesiones en esta villa capital del Paraná...»

Hasta 1826, las dos villas que habían sido capital de la Provincia no adquirieron la categoría de ciudad. Fue en ese año, durante el gobierno de Sola, que la Honorable Sala de Representantes por ley del 26 de agosto, elevó al rango de ciudad a Paraná y Concepción del Uruguay. Eran presidente y secretario de la legislatura Justo José de Urquiza y Manuel Leiva respectivamente.

Largos y difíciles años vendrían después. La historia de la Patria grande y la historia de la Patria chica registran hechos suficientemente conocidos que no cabe repetir aquí. Paraná continuó siendo capital de la Provincia hasta 1854, momento en el que Entre Ríos, al federalizar su territorio y hacer caducar sus autoridades, brindó a la causa de la organización nacional, una contribución invalorable. Pero, en verdad, a partir de 1841, cuando Urquiza fue ungido por primera vez Gobernador de la Provincia, Paraná sin sufrir modificación legal alguna en lo que respecta a su condición de ciudad capital, perdió de hecho, el papel preponderante que significaba ser el lugar donde se disponían los más trascendentales actos de gobierno. Ello movió al historiador Zinny a apuntar que «cuando en 1841 fue el general Urquiza elevado al gobierno de la Provincia, **la Concepción volvió a ser la Capital** por ser el lugar donde naciera el después libertador de la tiranía».

No concordamos con lo dicho por Zinny en el sentido de que «la Concepción volvió a ser la Capital», pero es evidente que el gobernador Urquiza, no actuó nunca desde el Paraná. Martín Ruiz Moreno, al referirse al problema, anota: «Conviene recordar que el gobierno se ejercía a la vez por el general Urquiza, como propietario y por don Antonio Crespo, como delegado, en los años que corrieron de 1847 a 1854, pero la dirección en los asuntos de mayor impor-

(3) Apéndice 1º. «Plan y División de los Departamentos de la Provincia de Entre Ríos», en Estatuto Constitucional de la Provincia de Entre Ríos—en el de la Plata—en la América del Sur—Sancionado y publicado en 4 de marzo del año 1822—Por el H. Congreso Provincial de ella—reunido en la villa capital del Paraná—En 6 de Diciembre del año 1821—impresión de la Independencia. El raro ejemplar que hemos consultado pertenece a la Biblioteca del Palacio San José.

tancia, la llevaba el general Urquiza, aunque jamás gobernó desde el Paraná, donde no se estableció como gobernador ni por pocos días.

Con esas alternativas se llegó al año 1854, fecha en que, como dijimos, la provincia de Entre Ríos quedó federalizada en toda la extensión de su territorio.

1854. LA SALA DE REPRESENTANTES DE ENTRE RÍOS DISPONE LA FEDERALIZACIÓN DEL TERRITORIO DE LA PROVINCIA. PARANÁ, CAPITAL PROVISORIA DE LA CONFEDERACIÓN.

Cuatro fueron los momentos esenciales que jalonan este acto de positiva contribución al esfuerzo en que la casi totalidad de las provincias estaban empeñadas: la organización nacional.

1º) Decreto del Director Provisorio de la Confederación Argentina, Justo José de Urquiza, fechado en San José el 29 de agosto de 1853. Por el mismo se creó un Consejo de Ministros que debía residir en la Capital de la Provincia de Entre Ríos (art. 1º), y en el que se delegaba el gobierno político y administrativo de la Confederación mientras durasen las ocupaciones públicas del Director, que le impedían residir en aquella ciudad (art. 2º).

2º) Ley de Capital Provisoria, sancionada por el Congreso Constituyente de 1853, el 13 de diciembre y promulgada el 18 del mismo mes y año. Esta ley de cuatro artículos estableció que la «capital provisoria de la Confederación será la ciudad Capital de Provincia donde fijare su residencia el gobierno federal por todo el tiempo que en ella residiere» (art. 1º). La provincia cuya capital se encontrara en el caso del artículo antedicho, debía ser federalizada por medios constitucionales (art. 2º). El art. 3º establecía que la ley no tendría carácter permanente y el 4º era de forma.

3º) Ley sancionada por La Sala de Representantes de la Provincia de Entre Ríos el 22 de marzo de 1854, por la que se prestaba consentimiento para que la ciudad del Paraná fuera la Capital provisoria de la Confederación. Además, de acuerdo con la ley de 13 de diciembre ya vista, la provincia se declaraba federalizada en toda la extensión de su territorio, cesando en el ejercicio de sus funciones el gobierno provincial.

4º) Decreto del Gobierno Federal, firmado por el vicepresidente en ejercicio Salvador María del Carril, que designaba, una vez otorgado el consentimiento por parte de la Provincia, Capital Provisoria de la Confederación Argentina a la ciudad de Paraná en donde había fijado su residencia el Gobierno Federal. Además declaraba

federalizada la totalidad del territorio provincial.

Con estas disposiciones, que reflejaban el desprendimiento con que actuaba la provincia de Entre Ríos y su gobierno, quedaba subsanado el inconveniente surgido ante la impracticabilidad del artículo 3º de la Constitución de 1853 que disponía «Las autoridades que ejercen el Gobierno Federal residen en la ciudad de Buenos Aires que se declara capital de la Confederación por una ley especial».

Pero la solución no era completa ni absolutamente satisfactoria. Buenos Aires debía integrar nuevamente el territorio nacional, porque como había dicho el general Urquiza «en la bandera argentina hay espacio para más de catorce estrellas pero no puede eclipsarse una sola.»

Fue necesario todavía mucho dolor; dolor de mártires escarnecidos, dolor de madres y de esposas, dolor argentino, en fin, para que vencidos y vencedores, como lo quiso Urquiza, para que unitarios y federales, argentinos todos, como lo soñó Echeverría, emprendieran el camino hacia la meta luminosa de la organización nacional, vislumbada desde los días iniciales y postergada en medio siglo inacabable, (4)

En vísperas ya del año del reencuentro, como se ha dado en llamar al de 1859, por la firma del Pacto de San José de Flores, aunque la pacificación definitiva demandaría un enfrentamiento más, el Congreso Federal dictó la ley de desfederalización de Entre Ríos el 29 de setiembre de 1858. En virtud de la misma se dejaba sin efecto la federalización del territorio entrerriano con excepción de la ciudad de Paraná, que como Capital Provisoria de la Confederación continuaría con su territorio federalizado (art. 2º y 3º). El gobierno nacional convocaría a una convención constituyente para que estableciera los poderes provinciales, caducos desde 1854, y diera una Constitución de acuerdo con los preceptos constitucionales nacionales (art. 1º).

Debió transcurrir bastante tiempo antes de que se pudiera dar cumplimiento a lo dispuesto por la precitada ley. Pero producido Cepeda y concretado el Convenio del 11 de noviembre de 1859, el Poder Ejecutivo Nacional, por intermedio del vicepresidente en ejercicio Dr. del Carril, dictó un decreto de convocatoria a elecciones de diputados a la Convención Constituyente en la que estarían repre-

(4) Oscar F. Urquiza Almandoz, «Buenos Aires y la Confederación, Distintas actitudes frente al problema de la Organización Nacional», Conferencia, Concepción del Uruguay, octubre de 1961

sentados los diez departamentos de la Provincia (29 de noviembre de 1859).

1860, CONVENCION CONSTITUYENTE DE LA PROVINCIA DE ENTRE RIOS. CONCEPCION DEL URUGUAY ES CONSAGRADA CAPITAL DE LA PROVINCIA.

Bajo el cálido sol de los primeros días de enero de 1860 fueron llegando a Concepción del Uruguay los diputados electos. El Colegio Histórico debía agregar un timbre más a su trayectoria singular: ser sede de la importante Convención que daría a Entre Ríos la Constitución de 1860, con la que aquella recuperaba su autonomía que generosamente había rendido en procura del más noble de los ideales: la unión de todos los argentinos.

Las noticias que poseíamos sobre esta Convención, se vieron considerablemente ampliadas merced a la publicación de las Actas de la Convención, que realizara la Comisión Ejecutiva Provincial 150º Aniversario de la Revolución de Mayo - Entre Ríos, con advertencia e introducción a cargo del distinguido y recientemente laureado historiador entrerriano Facundo A. Arce

En la sesión del 9 de febrero se trató el problema de la capital de la Provincia dándose lectura al art. 9º proyectada por la comisión: «La residencia de las autoridades de la Provincia será la Ciudad de Concepción del Uruguay, reinstalada en su rango de Capital por una ley especial». De inmediato se suscitó la discusión en torno al término **reinstalada**, ya que los diputados Espíndola (Victoria), Antelo (Paraná), y Candiotti (La Paz), negaron validez al decreto del Director Supremo de 10 de setiembre de 1814, el cual, como ya hemos visto, además de crear la Provincia de Entre Ríos, designaba capital de la misma a la villa de Concepción del Uruguay. Por lo tanto, para ellos, no cabía el mencionado término; pues la única capital que había tenido Entre Ríos era la ciudad de Paraná. Los argumentos esgrimidos por los diputados nombrados pueden sintetizarse en las palabras de Candiotti, cuando dijo que «no estaba conforme con la palabra **reinstalada** que se había empleado en él, porque la única capital legalmente establecida había sido el Paraná; que si la Ciudad del Uruguay fue Capital alguna vez, había sido en virtud de un decreto y no de una ley y que por consiguiente no podía tener los mismos derechos que la ciudad del Paraná erijida en Capital en virtud de una ley».

Defendieron la legalidad del decreto directorial y por lo tanto

la propiedad del término **reinstalar**, los diputados Vicente H. Montero (Concordia) y Martín Ruiz Moreno (Diamante). El primero expresó: «Este decreto fue del Director Supremo q. era una autoridad legal, y q. tenía facultades bastantes para erigir en Provincia, como lo hizo, el Territorio de Entre Ríos; y así, pues, este Director pudo legalmente erigir la Capital de ella y así lo hizo en efecto con la Ciudad del Uruguay, cuya población era entonces mas numerosa y donde residían las Autoridades».

Por su parte Ruiz Moreno, al refutar al diputado Espíndola, dijo: «Razonando como lo hace el Sr. Diputado q. me (ha) precedido deducimos la consecuencia de q. la Provincia de E. R. no debe existir como tal, pues q. la autoridad q. le dio por Capital á la Concepción del Uruguay, fue la misma que la creó. Por estas razones la Comisión de q. me honro en formar parte, ha creído que no debe suprimirse la palabra **reinstalación** ella expresa una idea conforme con la historia de este pueblo».

Facundo A. Arce, al comentar este debate de la sesión del 9 de febrero, justifica la posición de los convencionales que se oponían a la utilización del término **reinstalar**. Primeramente sostiene que «el decreto de Posadas, no creó precisamente la Provincia como entidad autonómica, sino como una división administrativa...» y abunda en ejemplos demostrativos de la acción centralizadora y muchas veces violenta realizada por el Directorio para imponer su autoridad a la provincia rebelada. En segundo término, coincidiendo con la tesis sustentada por los diputados Antelo, Espíndola y Candiotti y adhiriendo a lo ya expresado por Pérez Colman, apunta: «Por ello resulta viciado y nulo políticamente considerado, el decreto del Director Posadas. Por sus fundamentos legales y por los hechos mismos... El sistema de gobierno precisamente era lo que estaba en discusión para 1814 y el **único organismo soberano reunido para** considerar los dos grandes problemas de la Revolución de 1810, la independencia y, la organización nacional, la Asamblea del Año XIII, ninguna resolución sobre el particular adoptó jamás».

Confesamos discrepar completamente con los juicios anteriormente transcritos. En primer término debe advertirse que lo que está en discusión es el hecho de la creación de la provincia y no el carácter de dicha creación. Sabemos que lo creado no fue una entidad autonómica o federal, pero ello no hace al problema que estamos dilucidando. La creación pudo haber sido de tipo federal como lo fue de índole unitaria. En todo caso ello sería un accidente que depen-

dería de la forma de organización política que se diera al país. Para que una provincia quede creada u organizada jurídicamente no tiene por qué ser necesariamente federal; puede surgir simplemente como una mera división administrativa. Provincia - dice el Diccionario de la Academia - es «cada una de las grandes divisiones de un territorio o Estado sujeta, por lo común, a una autoridad administrativa». En el caso que nos ocupa, el hecho de la creación existió y así lo ha entendido la mayoría de los historiadores entreños, quienes al referirse al decreto de 1814, expresan que el mismo **creó** la Provincia de Entre Ríos.

Durante los años 1813 y 1814 se habían creado otras jurisdicciones territoriales y a ninguna se le dio concesiones políticas, y sus gobernadores fueron siempre designados por el Director Supremo. Tal los casos de Cuyo, la Banda Oriental, Tucumán y Salta. La Legislatura de Corrientes, provincia que fue creada por el mismo decreto cuya validez defendemos, fue consultada en 1832 por el Gobernador, sobre la legalidad del mismo, a lo que aquella declaró que esa disposición del Director Supremo era legal. Claro que allí no existían rivalidades capitalinas...

Aclarado, pues, que el hecho de la creación de la Provincia existió sin ninguna clase de dudas, entendemos que lo único que podría discutirse es la validez o legalidad del acto por el cual se produjo la creación, ya que ese fue el blanco sobre el que dispararon sus argumentos los diputados impugnadores y constituye la segunda parte de la argumentación del prof. Arce en el mismo sentido, refirmando lo ya anticipado en páginas anteriores: «Al discutirse la cuestión capital de la Provincia en la Convención de 1860, algunos diputados **sostuvieron con todo acierto la nulidad del decreto de Posadas** pero razones circunstanciales predominaron dándole un alcance exagerado».

Se niega validez al acto de creación por provenir de un decreto del Director Supremo y no de una ley de la Asamblea Constituyente de 1813 «único organismo soberano - según Arce - reunido para considerar los dos grandes problemas de la Revolución de 1810, la independencia y la organización nacional». Ello importa olvidar tres momentos esenciales del régimen asambleísta, a saber; 1º.) El receso de la Asamblea; 2º.) Las facultades extraordinarias; 3º.) La aprobación expresa de todos los actos del Director Posadas. Analicemos brevemente el problema.

Dificultades de toda índole empujan la labor de la Asamblea.

Contrastes y peligros en lo externo; reveses y equivocaciones en lo interno. Más aún. Choque sordo de facciones en su mismo seno, que no era sino la resonancia de la división irremediable de la logia. Un hecho, mejor un anuncio, llenó de zozobras los espíritus y precipitó los acontecimientos. A principios de setiembre de 1813, Rondeau, ya jefe del ejército de la Banda Oriental que sitiaba a Montevideo, se dirigió a su gobierno para anunciarle el desembarco de una fuerte división española. La alarma cundió rápidamente y los asambleístas creyeron en la necesidad de que exclusivamente el Ejecutivo actuara en función de gobierno, en forma expeditiva, sin demoras y sin trabas, que podrían ser ocasionadas por un cuerpo deliberativo numeroso. Es así que el 8 de setiembre la Asamblea dictó una ley por la que, suspendiendo las sesiones, iniciaba su primer período de receso. Al mismo tiempo, ampliaba los del Ejecutivo, consagrando de esta manera, el primer antecedente de las facultades extraordinarias en la historia política del país.

Decía la ley "...autorizándose desde hoy al Supremo Poder Ejecutivo, **para que obre por sí con absoluta independencia durante la suspensión de las sesiones**, debiendo dar cuenta a la Asamblea en su primera reunión de aquellas providencias que la necesidad de proveer á la salud de la Patria le hubiese obligado á tomar, y que por su naturaleza necesiten la sanción Soberana. Firmado - Pedro Vidal Presidente - Hipólito Vieytes, Secretario".

A mayor abundamiento y para que no quepan dudas respecto al alcance de las facultades otorgadas al Ejecutivo, reproducimos un párrafo de los considerandos que precedieron a la parte dispositiva de la ley: "Pero dada la necesidad de ampliar las facultades del Supremo Poder Ejecutivo, en aquellos términos, es incompatible la permanencia de las sesiones de la Asamblea, con la fuerza moral que constituye su ser. **Si el Gobierno puede deliberar por sí solo; y ejecutar sin mas consulta ó aprobación que la de su mismo convencimiento**, porque así lo exige la salud pública, cuál será entretanto el ejercicio de la potestad legislativa?"

Creemos haber dejado suficientemente claro, que por la ley del 8 de setiembre de 1813, La Asamblea inició una modalidad, cual fue la de entrar en frecuentes períodos de receso, otorgando, en tales casos al Poder Ejecutivo, la facultad extraordinaria de obrar por sí sólo, con absoluta independencia.

Como se recordará, el decreto del Director Supremo creando la Provincia de Entre Ríos y designando capital a Concepción del Uruguay fue dictado el 10 de setiembre de 1814. Vayamos entonces a los

meses de agosto y setiembre de aquel año. El Redactor del 3 de setiembre, N° 22, registra en sus últimas páginas la sesión del miércoles 31 de agosto, la que culminó con la sanción del siguiente decreto: "La Asamblea General declara prorrogadas sus sesiones conforme al Reglamento de 15 de Noviembre último - Firmado - Tomás Valle, Presidente - Hipólito Vieytes, Secretario".

Esto podría llamar a engaño al lector desprevenido, pues le haría pensar que, al menos durante los primeros días de setiembre, la Asamblea continuó sesionando normalmente. Sin embargo ello no ocurrió. Después de esa sesión del 31 de agosto la Asamblea no volvió a reunirse por el resto del año 1814. No solo lo prueba el hecho de que el Redactor vuelve a publicarse recién el 15 enero de 1815, registrando como primera sesión la del 5 de enero, sino que existe en el Archivo General de la Nación una comunicación de la Asamblea al Ejecutivo datada el 31 de agosto de 1814 en la que le informa haber suspendido las sesiones. (5)

Había ocurrido lo que muchas otras veces a lo largo de los años 1813 y 1814. La Asamblea entraba en receso y en consecuencia el Poder Ejecutivo volvía a funcionar con la plenitud de las facultades extraordinarias, quedando a cargo de la Comisión Permanente la misión de convocar a la Asamblea si algún asunto de gravedad y trascendencia lo exigiera, todo ello, de acuerdo al «Reglamento dado por la Asamblea General Constituyente para la suspensión de sus sesiones», aprobado el 18 de Noviembre de 1813.

Gervasio Antonio de Posadas, Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, pudo así, dentro del marco de la más absoluta legalidad, por sí solo y con total independencia, dictar el decreto de creación de la Provincia de Entre Ríos, pues la Asamblea General «único cuerpo soberano» lo había autorizado.

Podría argumentarse que según el artículo 6° de dicho decreto, éste debía ser presentado "a la aprobación y sanción de la Asamblea General Constituyente" y que según el decreto del 8 de setiembre de 1813 de otorgamiento de las facultades extraordinarias al Poder Ejecutivo, éste debía "dar cuenta a la Asamblea en su primera reunión de aquellas providencias que la necesidad de proveer á la salud de la Patria le hubiera obligado a tomar y que por su naturaleza nece-

(5) Archivo General de la Nación, División Nacional, Gobierno, Asamblea General Constituyente - 2 - julio de 1813, enero de 1815, N° 334.

siten la sanción soberana*.

A ello debemos replicar que la Asamblea ahorró ese trabajo al Director Posadas pues justamente en la sesión del 5 de enero de 1815, primera sesión que celebró después del receso iniciado el 31 de agosto del año anterior, dictó un decreto aprobando todos los actos de gobierno realizados por el Director Supremo. En la *Gazeta del Gobierno* del jueves 5 de enero de 1815, puede leerse la noticia de la convocatoria a sesión extraordinaria realizada por la comisión permanente, a pedido del Director del Estado. Reunida la Asamblea en la fecha indicada, aprobó el siguiente decreto: «La A. G. (Asamblea General) declara que la conducta del Supremo Director en el manejo de los intereses sagrados de la Patria que se le han confiado para la seguridad y libertad del Estado, **es de toda su soberana aprobación** . . . » (6) A este decreto - dice Luis V. Varela - puede llamársele el primer bill de indemnidad dictado por un parlamento argentino; ley por la que, no sólo se aprobaba la conducta observada por el Director Posadas durante su año de gobierno, sino que también la Asamblea asumía lealmente la responsabilidad de esos actos, declarando que todos ellos se habían producido bajo su inmediata vigilancia*.

Hecho el análisis de los tres aspectos del proceso asambleísta: el receso, las facultades extraordinarias y el «bill de indemnidad», queda plenamente demostrado el error que cometen quienes pretenden negar la legalidad de la creación de la Provincia de Entre Ríos y de la fijación de Concepción del Uruguay como capital de la misma, argumentando que dicha creación fue hecha por un decreto del Director sin atribuciones para imponer sistema político alguno, y no por una ley del «único órgano soberano» facultado para ello, la Asamblea General Constituyente.

Acertaba, pues, la Comisión Redactora de la Constitución Provincial de 1860, al incluir en el texto del art. 9º. la palabra **reinstalar**, refiriéndose al hecho histórico que cuarenta y seis años atrás había señalado a Concepción del Uruguay como capital de Entre Ríos. Así lo entendió la mayoría de los convencionales que votaron el artículo cuestionado tal como fuera presentado por la comisión redactora.

El 4 de abril la Convención sancionó la ley especial de que

(6) *Gazeta del Gobierno*, año 1815, repr. facs., Buenos Aires 1912, Colección en Biblioteca del Colegio del Uruguay.

hablaba el art. 9º, según proyecto del diputado Baitoré y por cuyo art. 1º. se reinstaló en su rango de Capital de la Provincia a la ciudad de Concepción del Uruguay, mandándose imprimir el decreto del Director Posadas de 10 de setiembre de 1814, cuya validez hemos defendido.

Desde ese momento y hasta 1883, Concepción del Uruguay será capital de la Provincia de Entre Ríos, no sin que, en el transcurrir de ese lapso, se hayan dejado de realizar intentos de modificar tal situación, originada en la Constitución de 1860. Nos referimos a las convenciones de 1864 y 1871.

1864 y 1871. CONVENCIONES CONSTITUYENTES PARA REFORMAR LA CONSTITUCION DE ENTRE RIOS.

La Convención de 1864, que se reunió en la ciudad de Nogoyá convocada por el Gobernador Domínguez, reconoce su origen en un petitorio que un cierto número de vecinos de la ciudad de Paraná hiciera llegar al gobernador anterior Justo José de Urquiza con fecha 1º de diciembre de 1862. Solicitaban la reunión de una Convención Constituyente para que decidiera sobre la «situación anómala e indefinida en que se encontraba la ciudad de Paraná, debido a que al desfederalizarse su territorio, quedó reducida a su planta urbana y ejido municipal, privada de su departamento de campaña, sin representación alguna ante los Poderes Públicos Nacional y Provincial y fuera de la acción política del gobierno de Entre Ríos» - dice Pérez Colmán - quien ha estudiado dicha Convención en un trabajo publicado en la *Revista Telvis*. No entraremos aquí al fondo del problema constitucional planteado, aspecto que habremos de considerar en un próximo trabajo, pero sí adelantaremos, con todo el respeto que nos merece el eminente historiador entrerriano, que estamos lejos de compartir muchos de sus juicios.

Fue evidente que no se había solicitado la reunión de la Convención solamente por las razones expresadas en el petitorio, sino también para tratar de recuperar la condición de capital para la ciudad de Paraná. La Convención «fue agitada por el rudo debate sobre el problema de la Capital, lo que apasionó tanto a los convencionales que, según los periódicos de la época, hasta se pensó en dividir la Provincia en dos secciones independientes». Felizmente privó el buen sentido y los diputados decidieron dar largas al asunto y dejar la solución a una nueva Convención que se reuniría al año siguiente.

Sucesos posteriores, particularmente la guerra con el Paraguay, impidieron la realización de la nueva convención, a pesar de haber sido dado el decreto de convocatoria con fecha 4 de abril de 1865 y dejado sin efecto el 25 del mismo mes.

Recién en 1871 pudo reunirse la Convención, siendo entonces gobernador de la Provincia el Dr. Leonidas Echagüe. Nuevamente la sede de la Convención fue la ciudad de Nogoyá y por cierto que, salvo un mayor cúmulo de circunstancias adversas para los representantes del oriente entrerriano, la situación no ofreció ninguna variante. Resultaba evidente el propósito de elegir a otra ciudad, en lugar de Concepción del Uruguay, para Capital de Entre Ríos; por esto los convencionales de la costa del Uruguay se retiraron dejando sin quorum a la Convención y dando un manifiesto en el que, entre otras cosas, expresaban que «protestaban 1º.) contra el acto de la instalación y apertura de las sesiones; 2º.) contra la destitución que se pretende hacer del mandato que el pueblo nos ha conferido; y 3º.) contra toda resolución y ejecución de los actos que esa fracción ha decretado o sancione en adelante sin nuestra participación». (7)

La Convención no pudo seguir funcionando ni tampoco pudieron llevarse a cabo las elecciones de nuevos convencionales, por el clima de tensión que vivía la Provincia ante la amenaza de la invasión jordanista, lo que motivó la movilización de las milicias. Quedó así aplazada en forma definitiva la segunda Convención Provincial sin que se hubiese arribado a ninguna solución. Concepción del Uruguay continuó siendo la Capital de Entre Ríos por algunos años más, hasta 1883, fecha en que epilogó la espinosa cuestión planteada en torno a la capital de la Provincia.

1883. CONCEPCION DEL URUGUAY PIERDE SU CONDICION DE CAPITAL, LA QUE ES TRASLADADA A LA CIUDAD DE PARANA.

Pocas veces el panorama político de la Provincia se había visto agitado por una lucha electoral de tanta intensidad como la registrada en torno a la sucesión del coronel Antelo, quien finalizaba su mandato de cuatro años, iniciado el 1º de mayo de 1879. Se postularon las candidaturas del general Eduardo Racedo, oriundo de

(7) «Protesta y Manifiesto de los Señores Convencionales que se retiraron de las Sesiones», Reg. Gub. Prov. 1870 - 71, pp. 527 - 528.

Paraná y del Dr. Ramón Febre, de Victoria, quien ya había ocupado la gobernación en el período 1875 - 1879. El apoyo proporcionado por la oposición jordanista a la candidatura de Racedo contribuyó a su triunfo. Por ello no extrañó que, al asumir la primera magistratura, designara ministros de gobierno y de hacienda a dos figuras de mucho prestigio pertenecientes a aquella fracción, los doctores Miguel M. Laurencena y Juan A. Mantero, este último oriundo de Paraná, pero radicado desde hacía tiempo en Concepción del Uruguay.

El 1º de mayo de 1883, la Capital histórica, la primera que tuviera la Provincia de Entre Ríos, la que hacía 23 años fuera reinstalada por la Convención de 1860, vivió su última gran jornada en su condición de tal. Ese día Eduardo Racedo, llegado de Buenos Aires, asumió el poder. Concepción del Uruguay vistió sus mejores galas para recibir al gobernador electo, sin presentir, tal vez, que su suertería como capital de la Provincia quedaba definitivamente echada.

El diario «El Nacional», que se publicaba en Buenos Aires, registró el 3 de mayo, la crónica que hiciera su enviado especial a los actos a celebrarse en la Capital de Entre Ríos. Su lectura despertó en nosotros ecos de muertos tiempos, «el prestigio de lo que fue nos cautivó, y la gracia de lo vetusto nos atrajo con su encanto». Por ello no podemos resistirnos a la tentación de reproducir los pasajes más salientes de la misma. Después de describir la partida y el viaje desde de Buenos Aires, el cronista se refiere a la llegada y describe el Uruguay a vuela pluma. «Población de muy delineadas calles - dice - aunque no empedradas, tiene bonitas y espaciosas casas, tres plazas, nueve escuelas públicas, hospital, dos sociedades de Beneficencia, dos clubs sociales, el Argentino y el Unión Uruguaya; cuatro Sociedades de Socorros Mutuos, una francesa, dos italianas y una española; una ventilada iglesia de tres anchas naves, el célebre Colegio Nacional, Escuela Normal de Maestras y una noble asociación educacionista «La Fraternidad». La sociedad del Uruguay es en general muy culta; la juventud tiene marcados anhelos de progreso y felices iniciativas que hacen marchar esas claras inteligencias por el sendero del estudio y del aprovechamiento».

Varios párrafos dedica el cronista de El Nacional a La Fraternidad, destacando la significación que esa institución tiene para la juventud estudiosa de todo el país, y agrega: «El Uruguay tiene el honor, con La Fraternidad, de haber dado a los demás pueblos de la República, un elocuente ejemplo digno de imitarse».

A las doce del día 1º se realizó en el recinto de la Legislatura,



EL INDEPENDIENTE



APARECE LOS MARTES, JUEVES Y SABADOS POR LA TARDE A LAS OCHO Y MEDIA

la recepción del nuevo gobernador, prestando éste su juramento y leyendo el Mensaje "que encierra muchas y elevadas promesas. El mismo día se tiró el decreto nombrando ministro de hacienda al Dr. Mantero y de gobierno al Dr. Laurencena".

"Tuvo lugar un solemne Tedeum a que asistió inmensa concurrencia, hubo gran parada con tres bandas de música que tocaron el Himno Nacional y el compuesto al general Racedo y se hicieron salvas de cañón, dándose en las afueras de la ciudad una corrida de sortija y carne con cuero a la gente que había venido del campo. Por la noche fuegos artificiales, retreta, gran iluminación en la Plaza principal, en la Municipalidad y en el teatro, que es donde más tarde debía tener lugar el espléndido baile que se ofrecía al nuevo gobernador. El frente de la Municipalidad estaba muy bonito tenía este letrero con luces celestes y blancas: "1.º de Mayo de 1883", en el teatro había este otro; «Libertad, paz, trabajo».

Pero sin duda, lo que más impresionó al cronista fue el baile con el que culminaron los festejos del día. «Los que hablamos ido de Buenos Aires - dice - no nos imaginábamos encontramos con un baile tan "hife life". El salón del lindo teatro perfectamente decorado, lleno de escudos, de banderas, de coronas y ramos de flores, presentaba un aspecto regio. La concurrencia, numerosa y selecta; las damas y señoritas iban cuajadas de brillantes, los caballeros con el aristocrático frac. Muchas familias habían concurrido de los pueblos cercanos llevando su contingente de bellezas femeniles. No hemos tomado apunte de los asistentes y nuestra frágil memoria nos da los nombres de las siguientes familias: de Salva, de Ruiz Moreno, de Mantero, de Cabral, de Vieyra, de Villarruel, Cardassi, de Elía, San Julián, Hernández, Lantelme, Masson, Ferreyra, Fernández, Lubary, Victorica, Urquiza, etc.»

"Concluyó a las seis de la mañana, habiéndose servido un confortable ambigú por nuestra confitería del Aguila. Estuvo muy bueno el buffet, porque todo abundaba, pero más de un galán tuvo que hacer de mozo para su compañera, pues los encargados de servir andaban como maneados. Entre las niñas, todas graciosas, chispeantes y ricamente ataviadas, sobresalieron María Salva, María Ruiz Moreno, Laura Lantelme, Manuela Salva y las de Mantero".

Hasta aquí la crónica de El Nacional. La Capital de la Provincia había recibido dignamente al primer mandatario. «El pueblo confía y espera» se había escrito en uno de los carteles exhibidos, pero la espera fue vana, al menos en cuanto a las esperanzas del pueblo de la Concepción del Uruguay. Muy pronto, en el mismo mes

INDUCCIONES ABOGADO

INDUCCION Y ALTERNATIVAS
Calle de la Cruz número 20 y 22
INDUCCION MENTAL

Dr. P. Argandoña

EL INDEPENDIENTE
EN VISTAS DE LOS ASESINOS DE LA CAPITAL HISTORICA

Yebusocismo

El día de la Independencia
EL CRISTIANO DEL DOMINGO
AGROPECIO DEL PARAGUAY

Yebusocismo

EL INDEPENDIENTE
EN VISTAS DE LOS ASESINOS DE LA CAPITAL HISTORICA

Yebusocismo

EL INDEPENDIENTE
EN VISTAS DE LOS ASESINOS DE LA CAPITAL HISTORICA

Yebusocismo

EL INDEPENDIENTE
EN VISTAS DE LOS ASESINOS DE LA CAPITAL HISTORICA

Yebusocismo

EL INDEPENDIENTE
EN VISTAS DE LOS ASESINOS DE LA CAPITAL HISTORICA

Yebusocismo

EL INDEPENDIENTE
EN VISTAS DE LOS ASESINOS DE LA CAPITAL HISTORICA

Yebusocismo

EL INDEPENDIENTE
EN VISTAS DE LOS ASESINOS DE LA CAPITAL HISTORICA

Yebusocismo

EL INDEPENDIENTE
EN VISTAS DE LOS ASESINOS DE LA CAPITAL HISTORICA

En la Opinión

En la opinión pública se ha formado una gran expectativa...

Fiesta de caridad

El día de la Independencia...

El Cristiano del Domingo

La vida del cristiano...

Agropecio del Paraguay

El estado de la agricultura...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

En la Opinión

En la opinión pública se ha formado una gran expectativa...

Fiesta de caridad

El día de la Independencia...

El Cristiano del Domingo

La vida del cristiano...

Agropecio del Paraguay

El estado de la agricultura...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

En la Opinión

En la opinión pública se ha formado una gran expectativa...

Fiesta de caridad

El día de la Independencia...

El Cristiano del Domingo

La vida del cristiano...

Agropecio del Paraguay

El estado de la agricultura...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

En la Opinión

En la opinión pública se ha formado una gran expectativa...

Fiesta de caridad

El día de la Independencia...

El Cristiano del Domingo

La vida del cristiano...

Agropecio del Paraguay

El estado de la agricultura...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Yebusocismo

El día de la Independencia...

Periódico EL INDEPENDIENTE, Concepción del Uruguay, diciembre 4 de 1894, No 39 en el que se publica el artículo «La capital histórica», al cual se hace referencia en el texto. (Colección perteneciente a Sr. Andrés García)

NOTICIAS

El día de la Independencia...

El día de la Independencia...

El día de la Independencia...

El día de la Independencia...

de la asunción al poder, Racédo envió un mensaje a la Legislatura, adjuntando un proyecto de ley por el que se convocaba a una convención constituyente que diera cumplimiento al mandato de la que se reuniera el 4 de agosto de 1864 y a la que ya nos hemos referido.

Convertido el proyecto en ley, se convocó a elecciones para diputados constituyentes, las que «se realizaron en un clima tenso y apasionado que tuvo más notorio perfil en las poblaciones de la costa del Uruguay donde se acusaba plenamente al general Racédo, que era oriundo de Paraná, de haber promovido y acelerado la reforma con el solo propósito de trasladar la Capital a Paraná, la ciudad de su nacimiento».

En Concepción del Uruguay se formaron comisiones encargadas de gestionar la no innovación en el asunto capital, tales como la «Asociación de Amigos de la Capital Histórica» y el «Comité Central Costa Uruguay.» Los periódicos de la época pugnaron, en páginas cargadas de razones e impregnadas de sensatez, por llevar al ánimo de todos, los problemas que traería aparejado el cambio de capital. Se destacaron especialmente los artículos escritos en el periódico «La Capital» por D. Porfirio G. Tenreyro, español de origen, pero que mucho quiso a la tierra entrerriana. Esos artículos fueron recopilados en un folleto, hoy muy difícil de hallar que viera la luz en el mismo año de los acontecimientos que estamos historiando. (8)

Algunos hombres públicos que habían acompañado a Racédo en su gestión de gobierno, decidieron abandonarlo. Tal los casos de su ministro de hacienda, Dr. Juan A. Mantero y del prosecretario de la Legislatura Provincial, Dr. Mariano E. López para no citar sino a los más representativos. El Dr. Mantero presentó su renuncia con una carta que difundieron los diarios de Concepción del Uruguay y Concordia, en la que afirmaba, con toda valentía, que el Poder Ejecutivo presionaba el ánimo de los convencionales para que Concepción del Uruguay fuera descapitalizada.

Racédo devolvió por improcedente la renuncia de Mantero y el 21 de Junio de 1883 lo separó del ministerio. El Dr. Mantero debió abandonar la ciudad, radicándose por algunos años en la Capital Federal.

Por su parte, el Dr. Mariano E. López, distinguido hombre

(8) El ejemplar que hemos consultado nos fue cedido gentilmente por el nieto del autor, D. Nivardo Tenreyro Olivera, a quien mucho agradecemos.

público uruguayense más tarde ministro del segundo gobierno de Leonidas Echagüe y del gobierno de Enrique Carbó; vicegobernador durante el período 1907 - 1910; diputado y senador provincial, y diputado nacional, también presentó la renuncia a su cargo, enjuiciando severamente la actitud del gobernador Racedo.

El 14 de agosto de 1883 inauguró sus sesiones la Convención Constituyente, presidida por el Dr. Gregorio Fernández de la Puente. La cuestión capital agitó nuevamente los espíritus, caldeó los ánimos y encendió una vez más las pasiones.

A pesar de la denodada oposición de los convencionales de la costa del Uruguay la mayoría obtuvo que la reforma prosperase y el 1.º de setiembre era sancionada la nueva Constitución Provincial, cuyo artículo 4.º declaraba que «Las autoridades que ejercen el gobierno provincial residirán en la ciudad de Paraná, capital de la Provincia». La suerte de la Concepción del Uruguay, capital de Entre Ríos, había quedado echada desde el momento mismo en que Eduardo Racedo se hizo cargo del gobierno de la Provincia. A partir del instante en que la Convención aprobó el cambio de Capital, el Gobernador, a quien todos sindicaban como el verdadero iniciador y sostenedor de la innovación como ya lo había denunciado en su renuncia el Dr. Mantero, dejó de ser persona grata al pueblo de Concepción del Uruguay.

Hemos tenido oportunidad de revisar los periódicos locales del siglo pasado, tales como «El Independiente», «El Republicano», «La Aurora», etc., pertenecientes a la valiosa colección que posee el Sr. Andrés García, y podemos asegurar que sus páginas, aun después de varios años de ocurridos los hechos historiadados, siguieron denotando la actitud hostil de la ciudad hacia el gobernante que había contribuido a su descapitalización. Así en 1889 decía «El Republicano»: «Vergüenza debe tener el pueblo del Uruguay, el día que aquí puedan los racedista formar un centro político donde figuren más de cinco personas conocidas. Para el que maldijo la suerte de este pueblo, para el que manifestó su malquerencia hacia este pedazo de Entre Ríos, para la ciudad liberadora, como la titula un joven poeta no debe haber otra cosa que desprecio y la maldición eterna».

Testimonios como éste, a veces exacerbados por la pasión política, podríamos dar muchos, pero nos parece más oportuno cerrar este trabajo en el que hemos bosquejado las distintas etapas en que Concepción del Uruguay fue Capital de la Provincia de Entre Ríos,

con las palabras con que «El Independiente» se refería a la debatida cuestión en 1894: «La ciudad del Uruguay como la Provincia de Entre Ríos no son ni han sido nunca localistas. No lo fueron cuando trozaron las cadenas oprobiosas de treinta años y dieron libertad a la República en una jornada memorable. No lo fue Entre Ríos cuando renunció a favor de otra provincia derechos que se habían conquistado con la victoria, cuando el eco marcial de sus triunfos resonaba en todos los ámbitos de la Nación. La ciudad del Uruguay no fue localista cuando luchó porque no se le arrebatará el asiento de los poderes públicos, por medio de una convención inconstitucional influenciada perniciosamente por un gobernante caprichoso e insolente. Luchó por la justicia y con la justicia reclamando lo que le pertenecía a título indiscutible y hasta en mérito de los altos intereses generales de la Provincia y no a nombre de sus propios intereses. Qué ha hecho desde entonces (1883) la capital histórica? No ha reclamado del despojo, no ha ido a golpear las puertas ni los oídos de los hombres que la despojaron; les ha pagado con su indiferencia que vale tanto como su desprecio, sin guardarles antipatía ni rencor. Esto por lo que respecta a los hombres.

Por lo que respecta a los pueblos, por lo que toca al Paraná, tampoco lo mira con los ojos ávidos y deseosos con que Roma miraba los higos de Cartago; le tiene por el contrario, cariño; manda sus guardias nacionales para que le sirvan de antemural contra revoluciones anarquistas y comprende que si el río Gualeguay puede separarla geográficamente, no la separa política ni socialmente y que vínculos de afecto, de unión y de fraternidad, le unen a la capital entrerriana y no será la capital histórica la que borre ese efecto o rompa esos vínculos». (9)

(9) «El Independiente», Concepción del Uruguay, Entre Ríos. Este periódico, como así también El Republicano y La Aurora, ambos editados en Concepción del Uruguay, y El Nacional, Buenos Aires 1883, integran la valiosa colección del Sr. Andrés García, a quien mucho agradecemos la gentileza de habernos permitido su consulta.

LA AMISTAD GRIEGA

POR: MIGUEL A. RODRIGUEZ

En la vida del hombre, el pasado le crece y lo presiona en la medida que decrecen y se escapan las posibilidades del futuro y su misma libertad, desde que el límite de la vida se le acerca vertiginosamente.

El hombre griego sintió la angustia de saberse morir, en la magnitud de su humanidad. Más que nadie la sintió cerca, porque más que nadie fue culto.

No tuvo conciencia de la muerte humana real y verdadera como culminación, como finalización de un proceso biológico, ni experiencia del envejecerse, sino como presencia ausente y posibilidad de morir en cada instante, origen de su angustia.

La muerte del prójimo es decisiva en la experiencia del griego, por que "es infinitamente más que la muerte del otro, en general" («Experiencia de la muerte» - Landsberg).

A medida que el hombre se individualiza y adquiere conciencia de su singularidad, más conciencia de la muerte, de su aniquilamiento como persona posee.

La individualización y la actualización de la muerte presente corren paralelas. Hay un inquietamiento progresivo. Un desasosiego que se reduplica cuanto más persona singular se siente, porque "... las épocas históricas ricas en individualidades singulares se hallan especialmente inquietas por el pensamiento de la muerte" (Landsberg).

Esta acuidad «mortal» que poseyó el griego, le llegó por la

amistad. Él que hizo un culto de la misma, que vio en el otro la mitad de su alma, al perderlo, tuvo la mejor experiencia de la muerte.

La amistad en el sentido griego - pagano - es algo real, existente, no elevado a la categoría superior de concepto. Es más práctica que teórica, sin la fundamentación moral, que distingue a la amistad cristiana.

Es un concepto universal el del cristiano: amor - amistad, encerrado en las palabras de Cristo: «Amaos los unos a los otros.» No el uno al otro. El hombre cristiano ama a todos, trascendiendo la mera singularidad corpórea: su sentido es ecuménico.

En el griego tiene significado de amistad cercana; no se extiende a todos, sino a aquél con quien se convive o se conoció en un tiempo. Se puede decir que hay un rasgo vital: el amigo, Aquiles, recuperará los restos después de la muerte de Patroclo, quemará su cuerpo, le hará honras fúnebres, le levantará un túmulo para que su alma «pueda pasar las puertas del Orco, pues las almas que son imágenes de los difuntos me rechazan y no me permiten que atraviese el río y me junte con ellas» (La Iliada - Canto XXIII).

La amistad por Patroclo hace olvidar al Pelida sus rencores y la permanencia lejos de los muros de Troya - de prolongarse le hubiera permitido salvar su vida - no dura demasiado. La muerte del amigo le hace despreciar su propia existencia, ya que sabía por Tetis, su madre, el destino de morir en el cerco de la ciudad diez años sitiada. La amistad lo lleva a la muerte, aunque cubierto de gloria. A la vejez tranquila, prefiere el testimoniar a Patroclo su hondo afecto.

Predomina un concepto de cercanía: dar todo - exponer o renunciar a la vida - por el amigo, testigo de su existencia.

La Iliada es el relato de la cólera de Aquiles, justificada por la actitud de Agamenón y que lo obliga a no participar en la contienda. Sólo la muerte de Patroclo lo hace volver a la batalla. Más tarde es una cólera que pide venganza: es decir, hay en el pecho de Aquiles dos momentos iracundos. El Pelida se satisface - no en la

medida deseada - por el sometimiento de Agamenón y por la muerte de tantos teucros que besaron la tierra por sus manos.

La amistad de ambos, Aquiles y Patroclo, nacida del trato continuo, es puesta en evidencia a cada instante y produce en el primero una alegría traducida en dialogar con el otro.

Los aqueos son derrotados. Esta catástrofe apiada a Patroclo, quien lanza un tierno reproche a su amigo por la inercia ante la muerte de sus compañeros de armas; pero es reproche delicado, pues teme que Aquiles, violento siempre, se enfade; y, para su desgracia, solicita combatir contra los dánaos.

Aquiles acepta, diciéndole, sin saber que el destino le había preparado ya la muerte a su amigo: «Cubre tus hombros con mi magnífica armadura, ponte al frente de los mirmidones y lléalos a la pelea» (Canto XII).

Antes de partir al combate, Aquiles le hace una reconvencción egoísta que no debió pronunciar, porque disuena en boca del héroe, y más aún por ir dirigida al amigo, pero demuestra hasta qué punto tenía conciencia de su poder y valor, de la honra y gloria que le sobreveniría.

«Haz cuanto te voy a decir para que me proporciones mucha honra y gloria ante todos los dánaos; y éstos me devuelvan la hermosa joven y me hagan espléndidos regalos. Tan luego como los alejes de los barcos vuelva atrás, y aunque el tonante esposo de Juno te dé gloria, no quieras lidiar sin mí contra los belicosos teucros, pues contribuirás a mi deshonra» (Canto XVI).

Patroclo muere; lo tenía escrito el hado. Júpiter consintió; Apolo le quitó la armadura, rompió la lanza y la pica; lo hirió Euforbo y lo mató Héctor.

La intensidad del lazo amistoso es tal, y la presente funesta acción tan profundamente le ha llegado al alma, que compara el sentimiento que siente por la muerte del amigo al que experimentaría al conocer la muerte de su padre o de su hijo.

«En otros tiempos, tú, infeliz, el más amado de los compañeros... nada peor me puede ocurrir ni que supiera que ha muerto mi padre ni que falleciera mi hijo amado que se cría en Esciros...» (Canto XIX).

Traída la noticia, «afeó el gracioso rostro y manchó la divina túnica» y entregado a la desesperación, Antíloco le tenía las manos temerosas «de que se cortase la garganta con el hierro». La amistad es sentida hondamente, llegando a maldecir el haber nacido y al sacrificio de la propia vida.

Y esta vida que gustaba vivir, retirado en las naves y alejado de la lucha, la desprecia ahora. Está en el trance supremo Aquiles, para quien - a pesar del desprecio manifestado - la vida es un imperativo; tiene apego a ella. Por eso, cuando su madre le dice: «Breve será tu existencia» Aquiles, como consolándose a sí mismo, prorrumpe; «. . . ni el fornido Hércules pudo librarse de ella/la muerte/, con ser carísimo al soberano Jove Saturnio». Quisiera vengar al amigo viviendo.

Aquiles al encontrarse en la batalla por primera vez con Héctor, con quien no alcanza a luchar porque Apolo arrebató al troyano, exclama; «Cerca está el hombre que ha inferido a mi corazón la más grande herida, el que mató a mi compañero amado» (Canto XX)

Profiere idénticas palabras al matar a Licaón. Quisiera matar a todos los teucros para vengar a Patroclo.

Ha llegado el momento de la venganza. Aquiles se dispone a cumplirla. La amistad se lo exige.

Héctor se resigna a morir; acata la muerte. El destino la impone. Más es tal el furor de Aquiles, tal su impulso vengativo que ni ya Héctor herido mortalmente le satisface, pues exclama: «Ojalá el furor y el coraje me incitaran a cortar tus carnes y a comérmelas crudas» (Canto XXII).

Patroclo yace insepulto en las naves. A su recuerdo, Aquiles, en medio de sus guerreros, expresa que no se olvidará ni en el Orco, donde los recuerdos desaparecen.

Vencido el Pelida por el sueño, duérmese a orillas del estruendoso mar y aparécesele el alma del mísero Patroclo que le reprocha su olvido y le pide que no separen sus huesos al morir su amigo. «No dejes mandado, oh Aquiles, que pongan tus huesos separados de los míos» (Canto XXIII).

Como sagrada ofrenda póstuma, Aquiles da su cabellera a Patroclo para que la lleve consigo al Hades, la misma que prometiera a Esperquio, río de su tierra patria. Cumple con los demás requisitos funerarios consuetudinarios; mata y desuella ovejas, bueyes, caballos y perros, arrima ánforas llenas de miel y de aceite; realízanse juegos: carreras pedestres y de carros; combates a puñadas, con picas, escudos, lanzas y armaduras; tiro al blanco con saetas y arrojar la bola de hierro y la lanza.

Todo parece conjugarse frente a la irremediable pérdida del amigo, pues hasta los solípedos corceles, según el Pelida, se han

«quedado quietos, sienten soledad de él; y con las crines colgando hasta tocar la tierra, permanecen en pie y afligidos en su corazón» (Canto XXIII)

El recuerdo del amigo muerto es un torcedor para el alma de Aquiles, por cuya mente desfilan la figura querida y escenas de la vida en común.

El recuerdo lo enfurece e impotente contra los hados, se vuelve contra el cadáver de Héctor. Quiere aplicar su rebelión interna y como no encuentra objeto en qué descargar su ira, lo hace de este modo.

Todo juramento de amistad o paz, para darle firmeza y durabilidad, va precedido de invocaciones a los dioses y se remata con sacrificios y libaciones abundantes, pero basta un solo hecho condeñable para destruir el juramento: la flecha lanzada por Pándaro a Menelao.

Caracterízase el griego por su amistad fuerte, sintiéndose hermano del otro, de su próximo, con el que forma pareja y se distingue de los demás por su fidelidad y lealtad.

«Orestes: Somos hermanos por la amistad» (Ifigenia en Táuride).

«Orestes: Para mí, ¡oh Píladés! eres el más leal de los hombres y, al mismo tiempo, mi amigo y huésped, y tú solo permaneces fiel al desdichado Orestes» (Electra).

Considérase al amigo como el mayor bien y se lo prefiere al poder o las riquezas.

«Hércules: . . . se engaña el que apetece el poder o las riquezas y las prefiere a los buenos amigos» (Hércules furioso).

Cada uno ve en el otro su igual; las desgracias y penas del amigo se consideran como propias, poniéndose a prueba la amistad en los tiempos difíciles, cuando el hado castiga y se necesita apoyo moral.

«Hécuba: . . . los amigos verdaderos se conocen en la adversidad» (Hécuba - Eurípides), pero un grito desesperado de descreimiento sale de Polínice, en Las Fenicias, cuando dice: «. . . en la desgracia de

nada te sirven los amigos»

El fundamento de la amistad griega es el amor, lo mismo que en la cristiana. Pero mientras en el griego es finito en el tiempo y el espacio, en el cristiano penetra en la eternidad: amor a todos los hombres de todos los siglos, sin que esto signifique que no sienta más afecto por su prójimo, con el que comparte su vida y le es familiar.

Al griego y al cristiano le cuadran las mismas palabras: «Ama a tu prójimo como a ti mismo».

En boca de cada uno tienen una extensión y significado diferentes: mientras para el primero el «ama a tu prójimo» es igual al «ama a tu próximo»; para el segundo, la expresión citada aplicable a cualquier prójimo, vale decir, a todos. La amistad del griego es particular; la del cristiano, universal.

Los diferencia la extensión no sólo numérica, sentimental y espiritual del vocablo.

El matiz semántico diferencial que existe entre nosotros en las palabras amigo y compañero - esta última de menor alcance afectivo - en el griego se pierde.

Compañero es aquel que nos acompaña, el que está con nosotros por cualquier circunstancia, pero no es el amigo. La amistad tiene lazos afectivos más profundos.

Al amigo le confiamos nuestro yo íntimo; nuestros secretos, ilusiones, esperanzas y desazones; con el compañero tenemos menos espontaneidad cordial, desconoce nuestros jardines interiores, y si los conoce, superficialmente.

En el mundo homérico, el compañero es el que está cerca, junto, hace compañía, unido al otro por un entrañable amor.

El sentido de proximidad de la amistad griega que ya señalamos, hacen que compañero y amigo posean una misma extensión sentimental: Patroclo para Aquiles, Meriones para Diomedes.

En el Canto XIII, dice Diomedes: «Meriones, hijo de Molo, el de los pies ligeros, mi compañero más querido».

Diomedes le ha dado una significación idéntica a amigo, recargándola de contenido afectivo. Se igualan en la extensión conceptual y sentimental, tanto que podríamos reemplazar un término por otro

sin disminuir el clima amical. Contribuye más a esta identificación de contenido, el momento que viven ambos hombres, la guerra, en que se estrecha la amistad en la ayuda mutua y el sobresalto cotidiano.

Dice Néstor a Patroclo: «Gran fuerza tiene la exhortación de un amigo» (Canto XI). Y estas mismas palabras repetirá Patroclo, más adelante, a Eurípilo, mientras le cura la herida y observa que los teucros, osados, llegan hasta las naves: «...volveré presuroso a la tienda de Aquiles para incitarle a pelear... Gran fuerza tiene la exhortación de un compañero». (Canto XV)

Se podría objetar que Néstor considera amigo a Patroclo, y éste crea que sólo es compañero de Aquiles. Más no es así: el hijo de Peleo usa indistintamente ambos términos.

Aquiles dice a su madre: «¿Qué placer puede producirme/el desastre de los dánaos/, habiendo muerto Patroclo, el fiel amigo...? (Canto XVIII). Y cuando se encuentra en la batalla con Héctor, recuerda que éste mató a su «compañero amado».

Hay también una amistad - si así puede llamarse - superficial, nacida en el campamento, en la lucha con el enemigo común, del encuentro en los festines. Es un lazo ligeramente cordial por sentarse a la misma mesa y comer el pan juntos.

El vocablo amistad que gastan los héroes unos con otros, no siempre está saturado de afectividad. Suele ser una mera fórmula.

Cuando el odio los acicatea, no saben sobreponerse a él: para todo enemigo que cae en sus manos no hay ni siquiera el perdón de la vida. No se ablandan a las palabras lastimeras del rival que les pide la vida, no la libertad. Son inflexibles y vengativos. Las palabras de Adrasto y la actitud de Agamenón lo prueban.

«... Agamenón corrió a su encuentro y le increpó diciendo: ... ninguno de los que caigan en nuestras manos se libre de tener nefanda muerte, ni siquiera el que la madre lleve en el vientre, ni ése escape» (Canto VI)

Muchas veces los héroes homéricos, a pesar de ser enemigos y que han de luchar hasta que sucumba uno de ellos, se intercambian palabras amables y califican el valor del adversario. Y se da el caso que después de un combate singular los contricantes salgan amigos. Tal el caso de Héctor y Ayax.

«... ¡Eal! Hagámos magníficos regalos, para que digan aqueos y teucros: Combatieron con roedor encono y se separaron por la amistad unidos» (Canto VII).

Una amistad paternal, protectora une a los dioses con los hombres. No hay respeto reverencioso, sino familiaridad. Por eso el pedido del anciano sacerdote Crises a Apolo para que lo proteja a él y a su hija Criseida, es una invocación simple, sin trascendencia, sin que se note fervor religioso ni amor temeroso. El tono admirativo es la única diferencia a un simple pedido amistoso.

Un mal consejo o una traición quiebra esta amistad. Así procede Júpiter con Agamenón cuando le envía un sueño pernicioso.

«Figurábase/en sueño/que iba a tomar la ciudad de Troya aquel mismo día. ¡Insensato! No sabía lo que tramaba Júpiter. . . .» (Canto II).

Como los dioses son creaciones de los mismos griegos, poseen virtudes y vicios humanos. La amistad entre ellos es un afecto amoroso perdurable hasta que la rivalidad por la posesión de una misma cosa o por celos o el favorecimiento a un mortal disipa.

Un concepto más extendido aún posee la amistad griega. Aparte de la actitud vital, cercana, se prolonga en el tiempo - no en la eternidad - porque el lazo efectivo abarca a los hijos y nietos de aquellos que trabaron amistad en épocas lejanas.

Glauco y Diomedes dan un ejemplo magnífico de amistad delante de los ejércitos combatientes. «Y ahora troquemos la armadura, a fin de que sepan todos que de ser huéspedes paternos nos gloriamos», manifiesta Diomedes. «Dichas estas palabras descendieron de los carros y se estrecharon la mano en prueba de amistad». (Canto VI)

He aquí un nuevo concepto de la amistad que surge de la hospitalidad. Sus antepasados habían sido huéspedes, se habían obsequiado mutuamente con espléndidos regalos, habían trabado una fuerte amistad, a cuya sola rememoración éstos, sus descendientes, se sienten unidos por el mismo sentimiento.

El gesto generoso de la hospitalidad pretérita perdura y pasa de una generación a otra. Es obligativa.

«Nos gloriamos de ser para siempre y recíprocamente huéspedes el uno del otro, por la amistad de nuestros padres», dice Telémaco a Pisístrato Nestórida» (Odisea - Canto XV).

La hospitalidad es un acto primordial en el griego, quien no

encuentra otro modo de testimoniar el afecto que siente por el huésped: no otra cosa es la actitud de los feacios para con Ulises; la de Eumeo para el viejo - Ulises mismo - que llega como forastero hasta su choza.

No hay mayor alegría que ofrecer hospitalidad a un extranjero.

«El colono: Más valiera llevarlos primero a casa. ¡Id a ella y recibiréis por tan alegres nuevas la hospitalidad que yo puedo daros. . . Y aunque pobre no será villana mi conducta» (Electra).

La amistad nacida al calor del hogar hospitalario es respetada y se trata de eliminar cualquier motivo que altere la tranquilidad y placidez espiritual del huésped. Admeto quiere regalar hospitalidad a Hércules, su gran amigo, por esto no desea empañar con penas - ni lágrimas la alegría de éste, aun a pesar de la muerte de su esposa.

La hospitalidad crea una obligación recíproca: ni el que hospeda ni el hospedado han de cometer un hecho bochornoso o un delito.

«Orestes: ¿Podríamos matar al tirano?»

Ifigenia: Cruel sería que quienes nos dan hospitalidad muriesen a manos de advenedizos» (Ifigenia en Táuride).

A pesar de que el que da hospitalidad es un tirano, agresivo con el huésped, éste se siente impulsado a no proceder mal y, menos, a darle muerte. Es excepción, Cycno, asesino de extranjeros, inhospitalario habitante de Amphanea.

Siente el griego profundamente la ofensa al hogar que ha recibido cordialmente al forastero. Menelao pide a Júpiter le dé la victoria sobre Alejandro, porque éste, despreciando la amistad y el respeto a la casa del huésped, robó a Helena, «divina entre las mujeres».

«¡Júpiter soberano! Permíteme castigar al divino Alejandro que me ofendió primero, y hazle sucumbir a mis manos, para que los hombres venideros teman ultrajar a quien los hospedare y les ofreciere su amistad» (Canto III).

Los forasteros jamás son despreciados por creérselos protegidos por Júpiter, temiéndose que alguno sea un dios transformado en mortal. La hospitalidad tiene un fundamento supuestamente teológico: el temor a los dioses vengativos.

«Oh forastero! No me es lícito despreciar al huésped que se presenta, aunque sea más miserable que tú, pues todos los forasteros y pobres son de Júpiter» (Odisea - Canto XIV).

Al extranjero se le ofrecen, generosamente, cálido asilo y amistad, nacidos del sentimiento piadoso que el griego alberga por el pobre, por el desamparado o por la falta de afectos del forastero.

La caridad por ésto no tiene un carácter metafísico ni religioso, es simplemente un puente afectivo, relación cordial que se torna amistad. La caridad cristiana es virtud y, dentro de su sistema moral, una de las esenciales. Amor a Dios y al prójimo significa: apuntar hacia la trascendencia.

La caridad cristiana no es limosna. Es reconocimiento en el otro de lo que uno es. Identifica al prójimo con sí mismo, sabiendo que posee la misma esencialidad.

El cristiano aspira llegar al "cielo". De su transitar en la vida, su salvación después de la muerte. La caridad es un peldaño y está orientada en ese sentido.

El cristiano - cuya caridad tiene matiz metafísico y consolación religiosa - llora al amigo desaparecido, pero lo consuela el que goce de bienaventuranza en el seno de Dios.

El griego no piensa en la esencialidad que lo une al prójimo ni identifica al otro consigo. Ve simplemente el desamparo de afectos y de bienes materiales. Su amistad cercana no tiene consolación metafísica. Nada apunta a la trascendencia; su religión - una mentira - se la niega. Su consolación es terrena.

La aflicción por la muerte del amigo Patroclo se mitiga con la muerte de Héctor y «doce hijos ilustres troyanos» a los que el Pelida degüella ante la pira. Recién entonces puede dormir tranquilamente, cosa que no había podido hacer antes.

Ya el alma de Patroclo no le puede reprochar olvido. Aquiles ha cumplido con la deuda y exclama: ¡Alégrate, oh Patroclo, aunque estés en el Orco! Ya te cumplo cuanto te prometiera». (Canto XXIII).

El sentido de proximidad de la amistad y su religión no orientada hacia el ultramundo, hace que la caridad posea un aspecto práctico y un conformismo inmediato.

La enemistad se aplacó con un presente: sólo Ajax, el suicida, desdenoso de los dioses, no se reconcilia con Ulises, después de su muerte, estando en la morada de Plutón.

La amistad romana

Entre las cosas otorgadas por los dioses, la amistad, para el

romano, es lo más valioso después de la sabiduría. Lo más preciado, porque «quitar la amistad de la vida es como quitar el sol del universo».

La amistad es preferencia sentimental por sobre todas las cosas del hombre: consolación en la adversidad, puntal firme, alegría sumada a los momentos agradables de la vida, «porque nada es tan placentero como la mutua simpatía».

La amistad, para el romano, es virtud, y como la virtud es excepcionalidad que reside en los buenos, sólo entre éstos cabe aquélla.

Hemos visto en el griego el sentido de la amistad próxima, con carácter vital; médula afectiva de cercanidad que se mantiene en el romano entre dos o entre pocos, según dice Cicerón. Y este significado de la proximidad de la estimación, primera forma como se manifiesta la amistad, se extiende: antes se estima a los ciudadanos que a los extranjeros, a los parientes que a los extraños.

Para el romano, la amistad es un acuerdo total en pensamiento y obra: de dos seres unidos por el afecto y la benevolencia. Y una buena amistad se logra después de largos años de convivencia, ya que para que «llegue a consolidarse hay que comer juntamente muchos puñados de sal».

Ocorre lo mismo en el griego: las grandes parejas se han templado con el tiempo y aparecen en la escena cuando el lazo es fuerte y muchos inviernos han echado nieve sobre las espaldas abrumadas de años y de experiencias.

El recuerdo al amigo desaparecido es una venganza a la muerte, un desquite por la pérdida.

La amistad romana tiene la misma orientación vital que la del griego, y tan profunda es que cada uno mira en el otro el doble de su yo o el yo mismo, con quien dialoga como si fuera consigo mismo. Se diferencia en su apreciación.

El fundamento de ambas es el afecto, el amor, con sentido vital y cercano, pero el romano mira la amistad con interés, la saturación del ambiente utilitario, práctico de su vida. Dice el romano que ella «fue apetecida a causa de la debilidad y de la necesidad, para que, en los servicios a prestar y a recibir, cada uno recibiere de otro y prestase a su vez aquello que pudiese menos él mismo por sí».

Mientras el griego se sacrifica él por su amigo, con el único interés de mantener viva la inclinación amorosa, el romano lo sacrifica para su beneficio. El significado del sacrificio es distinto e inverso.

De aquí que el romano pueda, en ciertas ocasiones, simular una amistad en vista a un interés - opuesto al espíritu griego -, «porque

ciertamente se obtienen ventajas con frecuencia incluso de aquellos que son tratados bajo la simulación de amistad.

Claro es que estas utilidades no son únicamente materiales; sino también espirituales, porque las amistades verdaderas son eternas y son de alma.

La diferencia reside en que el griego traba amistad por la amistad misma, es decir, por amor: mientras el romano, al mismo tiempo que el afecto, conseguir un beneficio: ya levantarse en armas contra el Estado, ya aspirar al poder, u obtener dinero o una utilidad inmediata cualquiera.

Contra este concepto reacciona, con mucha razón, C. Lelio expresa: «Quede, pues, sancionado como ley en materia de amistad, que no pidamos cosas vergonzosas ni cuando se nos pida, las hagamos... Pidamos cosas honestas a los amigos...»

La ayuda desinteresada - el romano quiso demostrar que la amistad todo lo salva - tiene como límites la realización de hechos virtuosos y el exigimiento de una vida honrada. Su sacrificio, pues, no es total puesto que «no se ha de descuidar la buena fama», en tanto que en el griego hay un renunciamiento de la propia persona por el amigo, hasta llegar a caer en la deshonra. Pilades aconseja y consiente que Orestes mate a Clitemnestra, aún sabiendo que su mala fama se extendería por Grecia y la hospitalidad le sería negada.

NOTAS Y COMENTARIOS DE TEXTOS.

**LA ESCUELA NORMAL DE MAESTROS Y PROFESORES
"MARIANO MORENO" EN SU 90. ANIVERSARIO**

La Escuela Normal de Maestros y Profesores «Mariano Moreno» de Concepción del Uruguay, con sincera alegría hace repicar su campana de bronce para anunciar jubilosamente su 90 aniversario. El eco de su cántico resuena como un desgranarse de cristales en los corazones de los que fueron sus alumnos, para hacerse presentes juntos a los educandos de hoy, y ser los grandes propagandistas de esa inmensa obra de bien y de cultura, soberana del espíritu sereno, y felizmente constructiva.

A medida que transcurren los años se aprecia mejor la trascendencia de lo cumplido o por cumplirse. La escuela es por sí la institución que hace despertar en el eco vibrante, tan cordial y homogéneo de los educandos, el recuerdo de días inolvidables que permiten recoger las enseñanzas a la vez que reservan horas de íntima e indestructible alegría.

Hoy, el establecimiento, está en presencia de ese proceso ilimitado, tan grato para todos. En la profusión de colores de patria, en el encuentro de voces amigas, viene ahora a reunirse simbólicamente para participar, hermanados, bajo el signo tutelar de la bandera, la voz del ayer que es la voz de su propia historia.

* *

Luego de Caseros comenzó la etapa de la organización nacional con las primeras presidencias: Urquiza, Derqui, Mitre, Sarmiento y Avellaneda. La obra educativa del general Urquiza fué señera en medio de las dificultades creadas por la separación del Estado de Buenos Aires. Ese batallar data de 1848 con la apertura de escuelas públicas en todos los distritos de la campaña, con la colaboración del Lucas Fernández, inspector general de escuelas en tiempos de Rivadavia y Marcos Sastre autor de un reglamento de enseñanza para las escuelas primarias de Entre Ríos.

Hacia 1872—conforme un censo de la época—, la provincia contaba con 45 escuelas públicas y 49 particulares, totalizando 104. Sobre 36.480 niños de ambos sexos de 6 a 15 años concurrían a clase 5.077, quedando sin recibir instrucción 31.763.

Domingo Faustino Sarmiento, que tanto hizo en favor de la educación, fundó las primeras escuelas normales de la república, haciendo venir para ello educadoras de Estados Unidos, de donde egresaron los maestros que tuvieron

a su cargo la misión civilizadora de difundir la cultura general.

Entre Ríos se vió beneficiada con la apertura de la Escuela Normal de Paraná durante el gobierno de Emilio Duportail (16 de agosto de 1871) y la de Concepción del Uruguay. En efecto: la cámara legislativa sancionó—con fecha 7 de mayo de 1872—, una ley creando una escuela de preceptores en nuestra ciudad. Era gobernador de Entre Ríos el doctor Leonidas Echagüe.

Casi un año después, el 20 de marzo de 1873, el establecimiento inició las clases contando con 4 alumnas bajo la dirección de la distinguida educadora francesa doña Clementina C. de Alió, que durante varios años ejerció el honroso cargo. La escuela recibió la ayuda oficial, desarrollando sus actividades en la casa particular de la señora de Alió. Posteriormente se convirtió en Escuela Normal de Mujeres y luego en Escuela Normal de Maestros y Profesores.

Se había llenado así un sensible vacío; Entre Ríos, con sus escuelas normales, herederas de Sarmiento y del precursor Urquiza, irradió cultura a la provincia. Con ellas disminuyó el analfabetismo y proyectó su quehacer a la república.

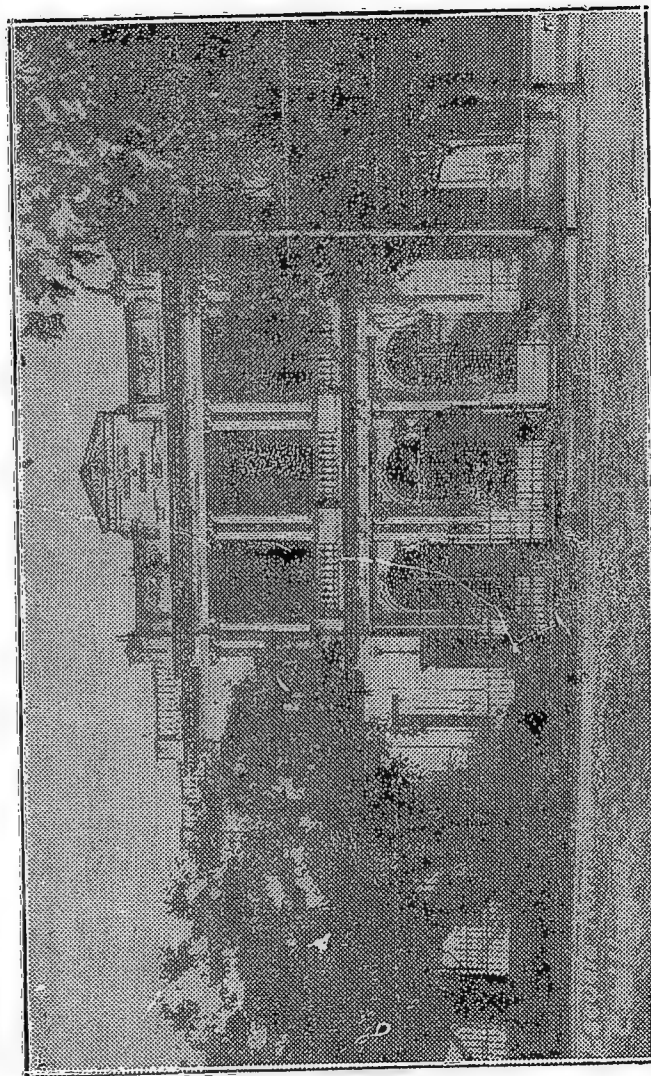
* * *

La Escuela Normal de Maestros y Profesores «Mariano Moreno», al celebrar su nonagésimo aniversario el 23 de septiembre, por ser el día que se conmemora el natalicio del prócer que la ilumina con su nombre, aspira a seguir formando educadores al salir anualmente de sus aulas un valioso grupo de jóvenes que cumplen su honroso apostolado en distintos lugares del país. Materializa ese ideal bajo la sombra venerable de los que le dieron vida esperanzados en el valor del trabajo intelectual, edificando en el maravilloso mundo del estudio.

Intenso júbilo e inmenso regocijo el que experimenta en tan magna fecha al acercar distancias, nivelar edades, magnificando los comunes afectos. En el deseo de ofrendar el homenaje espiritual al establecimiento, «SER» con efluvios de paz y admiración, viste sus galas para lucirlas en su honor.

Desde este pedazo de tierra heroica eleva su saludo por sobre lo transitorio y perecedero para llegar a la cumbre luminosa, en una amplia floración de saber y verdad. Mensaje que llega a los que han hecho posible esta realidad de hoy. A esos maestros y profesores anónimos que colocaron bajo las alas nacaradas de la sabiduría a las pupilas infantiles; a los que modelaron los corazones de los

Escuela Normal de Profesores «MARIANO MORENO»



1873-1963

jóvenes por el sublime amor de la humanidad, llegando hasta a la inmolación lenta y paulatina de la vida en ese constante darse . . . Lucha moral, tesonera, que hace brillar la cumbre de la roca con más puros destellos, como el acero que mayor dureza adquiere cuando el martillo más lo lastima.

La Escuela cumple y seguirá cumpliendo su destino. Lo transitado aparece junto a lo transitarse. Como saldo, las huellas de paz y de bien, en dirección a la cima luminosa del saber, grande e inmensa como el universo, elevada y fúlgida como el sol, pura y notable como el cielo,

A. J. M.



Discurso pronunciado por el Rector de la Escuela Normal de Profesores «Mariano .Moreno», Profesor HARRY ADOLFO CALLE en el acto central de festejos del 90º aniversario del Establecimiento, realizado el 23 de septiembre de 1963.—

1873—

Recostada sobre el arroyo de la China, al arrullo melancólico del rumorear de sus aguas iluminada por el gorjeo de los pájaros, estaba esta Villa de Concepción del Uruguay.- La naturaleza penetraba en el sentimiento y los habitantes se conformaban a su semejanza - Lo bravío del paisaje transmitía bravura a los espíritus, pero la diáfandad del cielo y el titilante alertar de las estrellas despertaba hondos sentimientos y encendía en las almas una nueva inquietud.-

El monte penetraba en la ciudad, las ramas de sus espinillos y el aroma de sus flores, llegaban para imponer su pujanza primitiva.-

Sin embargo, Uruguay despertaba.

Su sueño de mil años habíase quebrado con la presencia luminosa del Colegio del Uruguay, y ahora 1873, en un amanecer de marzo - otra vez se conmueve el montaráz vivir con la presencia de una nueva voz.- No es gorjeo, ni susurro de fresca brisa, ni zumbón aletear de tábanos, ni graznidos de agorera lechuza, es una nueva voz, es la voz sonora del bronce que convoca.-

El monte se conmueve y se excita, hay un grito de batalla que no enfrenta a hombre contra hombres, enfrenta al hombre contra la ignorancia... otra vez como en 1849.-

Los viejos talas presienten que sus espinas no defenderán su recio tronco. Al conjuro de la nueva voz, el progreso y la cultura, como mil años antes el amor, quebrarán la pujanza del primitivo vivir.-

La débil Villa de la Concepción es más fuerte que el vigoroso fiandubay, donde los hacheros prueban la dureza del filo de sus hachas y la fortaleza de su brazo.-

1873.- Progreso y montaráz vivir se encuentran.- La lucha está en marcha - el arroyo siente acrecentar su cauce - un nuevo ejército se pone a su servicio.- El de 1849 (1) recibe refuerzos.- La Escuela Normal, junto al Colegio del Uruguay, librarán la descomunal batalla.-

Los viejos molinos se han transformado en ignorancia y el manchego caballero, en cultura.- La lucha es desigual, y le cabe a esta Concepción del Uruguay - ciudad predestinada - empuñar la lanza y arremeter... pronto se le reunirán nuevos ejércitos y la lucha será posible, pero difícil.-

El vaticinio se cumplió, 90 años de constante batallar y la guerra sigue con el mismo ardor, la pujanza montaráz de la ignorancia obliga a continuar la lucha.-

Y, he aquí señoras y señores, que 1963 nos encuentra en plena lucha, recordando las glorias de dos grandes estadistas - Urquiza y Sarmiento - que confiaron en que la educación era instrumento para enaltecer al hombre y redimir los pueblos.-

Urquiza, visionario precursor, que legó sus armas al Colegio del Uruguay, a quien rindo mi homenaje en este día de recordación.- Sarmiento, visionario y ejecutor que supo de la quijotesca lucha y entregó sus nobles armas a la Escuela Normal.- (2)

Concepción del Uruguay se conmovió, el resplandor mortecino de sus lámparas vio brillar no sólo sables y lanzas, sino amor, comprensión, ideas.- Las armas que Sarmiento entregaba a la posteridad; eran las armas que transforma hombres, fertiliza pueblos y orienta multitudes.-

Concepción del Uruguay se conmovió, algo nuevo vibraba en sus entrañas y la mortecina luz de sus farolas se extendió por montes y por ríos.-

La nueva luz partía de una modesta casa que custodiaba el legado gigantesco, y que enseñaba a enseñar.- Cada vez su luz se hacía más luminosa.-

1876.-1876 vio partir las primeras maestras.- Llevaban nimbada la frente con la nueva luz.- Los viejos talas y los añosos algarrobos se estremecían a su paso.-

Teresa Sánchez y Toribia Cuaz se llamaban.- (3)

Los retorcidos troncos que habían soportado miles de borrascas, comprendieron que su fortaleza se quebraba y esperaban su fin con indígena resignación.-

1877 - Casa de maestros sin niños, nido sin pájaros, hogar sin risas.- 1877. Primeras letras.- La joven escuela ve poblar su ámbito de doradas travesuras y de verdes esperanzas.- La Escuela de Aplicación estaba en marcha.-

1887 - Nuevos retoños.- La joven escuela vuelve a florecer en risas.- Risas y juegos.- Juegos y educación.- Nuevas técnicas.- La alegría reemplaza a la severidad; los niños aprenden jugando.- Gorjeos de pájaros en las primeras tentativas de vuelos.-

La Escuela crece.- El Jardín de infantes está en marcha y la República se conmueve con su obra.- Sara C. de Ecleston, Custodia Zuloaga, Elvira Faucheux, Pilar Terán y otros son sus nombres. (4)

Las farolas de Concepción del Uruguay, se reflejan en la pared del Ande majestuoso.- (5)

1911 - El montaraz vivir se siente vacilante.- El progreso arrolla montes y fertiliza almas.- La Escuela Normal se enriquece.- Su acción fecunda ilumina conciencias y ennoblece espíritus.- A la gracia de las risas infantiles se une la madura inquietud del saber.- Noble inquietud que tiene nombre: Mariano E. López se llamaba.- (6)

Hecha la siembra se cumple la siega promisorio.- 1913-50 años hoy.- La historia se hace presente: Prudencia Arriñez de Texier, Evelina Parodié Mantero, Sara Etcheverry de Covacchio, María González de Carvalho y Vicenta Alejandra

Palacios son nombres que viven con nosotros, otros florecen en nostálgicos recuerdos.- (7)

1930.- Épocas difíciles para la República.- El fecundo campo se abandona; el Profesorado de la Escuela Normal cae por la fuerza de las circunstancias, pero donde hubo simiente sana y pujante, habrá vigoroso renacer.-

1960.- La historia ya es presente.- El presentido renacer se realiza y la Escuela Normal vuelve a hacer realidad su sueño y nuevamente se instituye el Profesorado en esta Casa de Estudios.- Y esta realidad tiene nombres: Estilda J. Tavella, Marta González Costá de Eyhariz, Isidoro Neyra, Abel López Salvatierra, Darío Peretti, Carlos Cuesta Yañez, Juan E. Lacava, Lucilo López Meyer, María Elena García, Celomar Argachá, Lindor Martín, Elvira Marcó, Ramón Cufré; pero permítaseme que en este momento de recordación, como Alonso Quijano el Bueno, después de sus azarosas aventuras, descienda a lo humano y manifieste mi congoja por la ausencia en este acto de la Sta. Estilda J. Tavella, quien espiritualmente nos acompaña, porque fue la luchadora incansable que con pertinaz ahínco logró la restitución del Profesorado a esta Escuela Normal.- Rindo pues, en su persona mi sentido homenaje a todos los que como ella hicieron grande este Establecimiento cuyo nonagésimo aniversario recordamos hoy.-

NOTAS

- (1) Año 1849. Creación del Colegio de C. del Uruguay.-
- (2) El General Urquiza creó en el Colegio del Uruguay una Escuela de Preceptores que no llegó a funcionar. Sarmiento, la Esc. Normal, en 1873.
- (3) Teresa Sánchez y Toribia Cuaz egresaron en 1876.
- (4) Sara C. de Ecleston, primera directora del jardín de Infantes, fue una de las maestras norteamericanas traídas por Sarmiento.
- (5) Custodia Zuloaga, Elvira Faucheux y Pilar Terán, maestras del jardín de infantes, crearon posteriormente en Mendoza, un nuevo Jardín de Infantes.
- (6) Mariano E. López-diputado Nacional-gestionó y obtuvo el profesorado de C. del Uruguay en 1911.
- (7) Prudencia Arriñez de Texier, Evelina Parodié Mantero, Sara Etcheverry de Covacchio, María González de Carvalho y Vicenta Alejandra Palacios, fueron las primeras profesoras egresadas en el año 1913.

ORIGENES DE LAS CADENAS DE NAVARRA

Se creía, hasta no hace mucho, que el rey de Navarra, don Sancho VII, el Fuerte, después de la batalla de las Navas de Tolosa (16 de julio de 1212) contra Mohamed Ben Yacub, Miramamolin de los Almohades, apellidado Almanzor, volvió a su reino cargado de cadenas que exhibió como trofeo en varios templos: Pamplona, Roncesvalles, Santa María de Tudela, etc. y desde entonces, dice Zurita, tomó las armas de las cadenas de oro en orla, en cruz y en sotuer, y en el abismo una esmeralda.

Entre las ciencias que aseveran lo contrario se encuentran la sigilografía, la numismática, si se parte de las piezas navarras conocidas, y la Diplomática.

Como primer blasón de los Reyes de Navarra figura el águila y firmaba con ella don Sancho IV (1054 - 1076) y según Domenech y Montaner, «Armorial Histórico de Catalunya», obra en que figura la firma del Rey don Sancho VII El Fuerte . . . «firma el Rey Sancho con el emblema del águila al lado de su nombre . . .» y esto lo realiza con posterioridad al año 1212.—Figura un sello, anterior en tres años a la batalla de las Navas de Tolosa, que el Rey usa para Privilegios, de 90 mm. de diámetro en el que figura el Monarca a caballo, blasonado su escudo y guadrapa, con un águila pasmada.

Por la Numismática, sabemos que las piezas de Sancho El Fuerte, llevan en el reverso, en el centro de la leyenda perimetral, una estrella de seis puntas encima de un creciente.

Por la sigilografía, que es la que mas datos aporta, conocemos la existencia de un sello de Sancho VII que carece de señal heráldica alguna. El escudo que lleva el Rey a caballo, ostenta la «escarbuncia» o «rayo de escarbuncio», refuerzo de hierro corriente en los escudos de la época y que ha dado pie a los historiadores y cronistas, para confundirlo con las célebres cadenas.

«La Escarbuncia» se describe heráldicamente como pieza que abraza el campo del escudo y está compuesta de ocho rayos que terminan en «bolitas» o flores de lis, y que parten de un punto central que puede ser un tachón, o una piedra preciosa en cabujón.—Llámanse en Francia «Rueda de Clèves», por el apellido de la ilustre familia que la ostenta en sus armas desde tiempo inmemorial.—Figura asimismo en los antiguos blasones como carga del escudo, abarcando a veces todo el campo del mismo, como en las armas de J. van Ryckevorsel (siglo XV) «de gules una faja de plata. Sobre el todo una escarbuncia flordelisada de oro».

A la muerte de Sancho XII, entra a reinar en Navarra Teobaldo I Conde de Champaña, de Brie, de Blois y de Charres, hijo póstumo de Teobaldo y de doña Blanca. Figura su sello reconstruido en un documento de la fecha de su muerte 1253, en el que no se observa blasón alguno, ni en la gualdrapa, ni en el manto de cogote del caballo, como era costumbre. En las monedas de Teobaldo, tampoco figuran las cadenas, sino una especie de castillo de tres torrecillas.—Debajo una media luna con las puntas hacia abajo.

Recien en los sellos de Carlos El Malo (1349-1387), Conde de Evreux, figuran las cadenas que ya por tradición se habían impuesto en el sentir de los reyes navarros. Ya figuraban en los documentos de la mitad del siglo XIII..... «l'escarboucle, dites les chaines», (en francés) dado el origen transpirenaico de casi todos los soberanos navarros posteriores a Sancho el Fuerte.—En un sello del monarca Carlos El Malo, figuran las cadenas cuarteladas con las de Evreux. «...de azur tres lises de oro bien ordenadas. Banda componada de plata y gules como brisura.

Aunque parezca extraño, los soberanos posteriores de España, ya unida, no usaron en sus blasones las armas de Navarra y por rara paradoja, tuvo que ser el intruso Napoleón el que las introdujo por primera vez, continuando su uso, ya para siempre el Gobierno Provisional, formado a raíz del destronamiento de Isabel II.

LORENZO A. BARRAGAN GUERRA

FAUSTO I. TORANZOS. «ENSEÑANZA DE LA MATEMÁTICA».—Editorial Kapelusz-Abril 1963 (372 pág)

La reaparición de una obra como la que nos ocupa, constituye un feliz acontecimiento para aquellos que están en el problema cotidiano de la educación y en especial para el estudiante y el joven profesor de matemáticas, quienes encontrarán en ella una guía teórico-práctica de gran sencillez y profundidad pedagógica.

Su primer capítulo se dirige a procurar en el lector el convencimiento de que solamente determinando previamente la meta, precisando los propósitos y posibilidades, podrá «encausar la enseñanza de su disciplina en un plan general orgánico que responda al objetivo supremo».

Queda aquí planteado el problema metodológico que en el curso de la obra tendrá su desarrollo adecuado.

Las consideraciones históricas sobre el desarrollo y la enseñanza de la matemática a partir de los sumerios y egipcios, ya aparecen en su anterior libro «Introducción a la epistemología» con algunas ampliaciones y la reducción del tema del movimiento logista a una simple información, siguiendo el concepto que guía el trabajo total de lograr un texto de información agil.

Sobre las tendencias modernas de la enseñanza de la matemática en los principales países, expone en apretada síntesis una visión del aspecto educativo en Francia, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos e Italia, quedando lamentablemente un vacío con respecto a la Unión Soviética de la cual tan poco se conoce y se difunde en relación a este tema.

Comienza aquí a destacar la importancia que en general se da a los estudios heurísticos o de redescubrimiento, tema que ocupará un importante capítulo de la obra.

La enseñanza en la Argentina es analizada en sus dos periodos, el histórico, anterior a 1917 y el científico a partir de esa fecha clave en la que se produce la llegada al país del célebre geometra español Julio Rey Pastor.

Los fines de la enseñanza son encarados bajo tres aspectos: el formativo, el instrumental y el práctico, aunque sus conclusiones con respecto a las escuelas normales—que son para nosotros, por su carácter formativo quienes más nos interesan—no son todo lo amplias que hubiéramos deseado.

El capítulo de los «métodos que utiliza el matemático para estructurar su disciplina como un cuerpo de doctrina científica» está ejemplificado, cosa que hace accesible un tema tan complejo como es la metodología matemática.

No se trata, y Toranzos lo advierte, de un capítulo de Pedagogía—que luego se verá en particular—sino de un capítulo de Epistemología, es decir de la filosofía de la matemática.

Seguidamente Toranzos encara la parte pedagógica: los métodos de enseñanza: los clásicos y psicológicos, con respecto a la actividad del alumno, con respecto a la manera de adquirir conocimientos y los métodos inductivo y deductivo, a los cuales —los últimos— ejemplifica, haciendo de este capítulo uno de los más útiles en cuanto a las necesidades inmediatas del profesor ya que nuestra literatura especializada en español peca por un exceso de teorización muchas veces desorientadora.

Con este antecedente podemos pasar a tratar en especial el método heurístico y el autor nos conduce a él comentando el "How to solve it" de G. Polya cuya lectura es indispensable para tener idea del «verdadero método de enseñanza de la matemática».

Este capítulo será una ayuda muy valiosa para quien entre en el estudio del citado texto.

A partir del capítulo IX entramos de lleno en consideraciones absolutamente concretas, tales como los planes de estudios, los programas y los textos.

La lectura detenida de este tema nos pone en contacto con el panorama general de nuestra enseñanza y nos muestra la forma de introducirnos activamente en una tarea que en general parece reservada a funcionarios estatales y no a quienes tienen el deber de realizarla: los mismos profesores secundarios y en especial los jóvenes profesores de matemática.

Cuando el Dr. Toranzos nos habla de la clase lo hace presentándola como una «unidad psicológica» donde interesa que se cumpla el ciclo que comienza con la exploración y termina con la aplicación.

Volvemos a insistir en el importante detalle de la ejemplificación que aquí ocupa varias páginas desarrollando diferentes temas relativos a distintos años de estudios.

La matemática recreativa es objeto de atención en la didáctica de la ejercitación y se agrega al texto una bibliografía de autores de la jerarquía de G. Peano y M. Cipolla que ayudarán al profesor en la búsqueda de ese tipo de ejercicio que presentan al alumno una atracción especial y lo colocan frente a una cara amena y nueva dentro de la rigidez científica de nuestra disciplina.

Los capítulos dedicados a las condiciones del profesor y a las características de los adolescentes son de singular importancia para el estudiante del profesorado, ya que en ellos encontrará, tratados por un maestro de la experiencia

del autor, temas que frecuentemente no se dan en los textos de pedagogía con tanta claridad y síntesis.

Toranzos cree con criterio cultural, práctico y pedagógico, que la enseñanza del cálculo infinitesimal es indispensable en la escuela media, idea acertadísima y que comparten muchos distinguidos pedagogos ya que el concepto de límite—fundamento del cálculo infinitesimal—es indispensable para lograr una definición conceptual de varios temas que se tratan en la escuela: área, velocidad, trabajo, etc.

El libro concluye con un plan de estudio y programas sintéticos que comprenden al primer ciclo (1º, 2º, y 3º años) y al segundo ciclo (4º y 5º años) y donde aparece una sección dedicada al cálculo infinitesimal que abarca el concepto de límite, sus aplicaciones y la noción de derivada y su interpretación geométrica.

La presentación del volumen, de altísima calidad, forma parte de la Colección Universitaria de la Editorial Kapelusz.

MIGUEL ANGEL PEPE

MANUEL E. MACCHI - ALBERTO J. MASRAMON: "ENTRE RÍOS - SINTESIS HISTORICA 1520 - 1930". Editorial "Nueva Impresora", Brest y Viñas Paris - Paraná - Entre Ríos - 232 páginas.

«Este Manual, pretende llenar un vacío dentro de la enseñanza primaria, ya que hasta ahora no se ha escrito una obra elemental, al alcance de los alumnos, capaz de iniciarlos en el conocimiento histórico de Entre Ríos.

«No tiene pretensión erudita, pero sí pedagógica; ha llegado el momento en que el heroísmo y el trabajo de nuestros mayores, sean debidamente conocidos por todos, sin excepción, para que las generaciones actuales sepan valorar el sacrificio de los plasmadores de la patria chica», expresan sus autores en el prólogo.

La obra que se comenta cumple la finalidad indicada, desde que detalla los acontecimientos de nuestra historia con claridad, es decir, que los pone al alcance de no especializados.

Esta síntesis nació como consecuencia de un llamado a concurso por parte del Consejo de Educación de la Provincia en 1960, con el propósito de dotar de un texto histórico a las escuelas primarias entrerrianas. Ganador del concurso mencionado, salió a luz con ese noble fin.

Los autores, catedráticos de los Cursos del Profesora-

do de la Escuela Normal «Mariano Moreno», conocedores e investigadores de la trama de los acontecimientos de la historia argentina, tratan de amoldar su obra, no solamente a la mentalidad de los niños, sino de los mayores deseosos de una formación cultural íntegra. Para ello tienen en cuenta el ritmo de la vida actual de la gente estudiosa, que no permite, muchas veces, la lectura de obras de mayor extensión y profundidad. El manual representa un resumen y de su lectura se extrae el fruto valorable del conocimiento acertado de la historia entrerriana desde 1520 a 1930.

Han estructurado la obra en once libros, compuestos cada uno de ellos, de varias lecciones, y al finalizar las mismas incluyen un cuestionario y lecturas que persiguen una mayor fijación de los conocimientos adquiridos, todo ello con la ayuda de gráficos, dibujos, mapas, láminas e ilustraciones, en las que colaboró el profesor de dibujo del Colegio Nacional «J. J. de Urquiza», Carlos. Aste.

Sus largos años al frente de la cátedra, les ha permitido esta estructuración, en un todo de acuerdo con las necesidades del educando de la hora presente. Y no termina allí la labor de los autores, puesto que ofrecen una guía irremediable para los educadores, al comienzo de cada libro.

Es de desear que las autoridades del Consejo de Educación de la Nación, contemplen la posibilidad de incluir esta obra como texto obligatorio en las escuelas de su dependencia y es hora que se tenga en cuenta, para la enseñanza de la historia, los valores regionales que han contribuido en el devenir de los acontecimientos trascendentes en nuestro país. Al respecto, no olvidemos que Entre Ríos, ha ejercido una enorme gravitación en los sucesos nacionales y ha contribuido con influencias notorias y preponderantes en la organización institucional de la república.

Llenado eficientemente, con esta obra, el vacío para la enseñanza de la historia en la escuela primaria entrerriana, esperamos que no pasará mucho tiempo sin que algún estudioso de la provincia, dé su aporte valioso estructurando un texto para la enseñanza en el secundario. De esta manera será posible formar a los alumnos, conscientes del valor que tiene la historia de Entre Ríos, dentro de la historia argentina, corrigiendo definitivamente el error de hacer girar en torno a Buenos Aires toda la evolución del país.

CELOMAR J. ARGACHÁ

JOSE LUIS BUSANICHE. «ESTAMPAS DEL PASADO».
Ediciones Hachette, Colección del Pasado Argentino, Buenos Aires, 1959.

«Este libro no es una antología de autores; se advertirá que faltan algunos de los nombres más brillantes de la

historiografía argentina. Se trata más bien de una selección de temas que ilustran diversos aspectos del proceso histórico del país, sobre todo de su evolución social». Tal las palabras del compilador de las lecturas, que así llamó Busaniche en su primera edición de 20 años atrás a las partes que conforman este libro, y que definen su contenido. No es exactamente una segunda edición ya que ha aumentado notablemente el material y agregado un número considerable de ilustraciones.

José Luis Busaniche fué un probo e insobornable investigador. Juzgó el pasado argentino sin detenerse en pre-conceptos ni influencias de contemporaneidad. Los últimos años de su vida los dedicó a la preparación de una historia argentina, ya en los retoques finales cuando le sorprendió la muerte, y que aún no ha visto la luz. Desde muchos años atrás, dedicó muchos de sus afanes a la traducción del inglés de muchas obras de viajeros que, especialmente en el siglo pasado, aportaron referencias de un valor incalculable para el conocimiento del proceso formativo argentino en todas sus manifestaciones. Al saber la valoración intelectual de Busaniche desde muchos años atrás, o sea desde que ejercitara la docencia en la ciudad de Paraná, seguíamos esta alternativa de sus inquietudes en lo que respecta a su acción de traductor, preguntándonos si es que no malgastaba en esto sus energías, su tiempo y su capacidad, ya que ellas no eran la manifestación de la fecundidad creadora de un hombre que, como él, asomaban permanentemente.

No queremos con lo que se ha dejado anotado menospreciar en absoluto aquella obra de Busaniche. Por lo contrario, digamos que ahora la comprendemos mejor en cuanto a los móviles que lo guiaron. Y su Estampas del pasado nos ha aclarado perfectamente los objetivos que persiguiera Busaniche en aquella acción de traductor y en esta obra que aparece bajo el sello de la editorial Hachette como parte de su colección El Pasado Argentino.

Digamos para empezar, que toda esa obra de Busaniche—la de este comentario entre ella—es la expresión de un hombre generoso y sin egoísmo que trabaja intensamente en el altruista propósito de hacer conocer nuestro pasado sin manifestar sus calidades de investigador y de aminorado y conciso expositor, como que la obra que él ditunde es de otros.

Además, esa obra es también la expresión de quien tuviera una cabal interpretación del auténtico contenido de la historia. Que es precisamente en donde se nos aparece el verdadero mérito de Estampas del pasado. Es que esto que se dice tan simplemente, interpretación del auténtico contenido de la historia, y que sin embargo reviste tanta trascendencia para el conocimiento integral del pasado, es la verdadera y también auténtica manifestación del investigador de jerar-

guía. Surge después y como consecuencia de muchos desvelos, es el fruto de muchos trabajos de bibliografía y archivo, de gabinete y de larga meditación. Estamos acostumbrados al parcialismo en lo que se refiere a los enfoques de los procesos de nuestro pasado. Mucha política y acciones bélicas, con descuido de los otros factores, tanto a más esenciales en la vida de una colectividad.

Las modalidades de un pueblo, las costumbres de su trabajo, en sus distracciones y en sus fiestas; los hábitos de alimentación y de vestidos; las manifestaciones de su sagacidad, de la inteligencia en general de sus habitantes, son entre otras, facetas imprescindibles para la verdadera comprensión de lo que fue y de lo que hizo el hombre en el pasado. Los papeles oficiales—base generalmente en la que se fundamentan la mayoría de los investigadores—no reflejan muchas de estas facetas ni la vívida realidad en la que subsiste un pueblo. No resistimos la tentación de transcribir una opinión de Próspero Mérimée, de 1830, que Busaniche utiliza en el prólogo. «Lo confieso con cierta vergüenza—decía Mérimée—pero yo cambiaría la obra de Tucídides por unas Memorias auténticas de Aspasia o de un esclavo de Pericles, porque las Memorias que son las conversaciones familiares del autor con su lector, proporcionan (sólo ellas) esos retratos del hombre que me interesan y divierten».

Aquel concepto de integridad de contenido, es el que ha tenido en cuenta Busaniche en la preparación del material que hiciera conocer en su obra, en especial como él lo dijera, aquello que está diciendo de la evolución social argentina. Abarcan sus lecturas el proceso integral de la vida rioplatense, desde la época de Caboto y Mendoza hasta la de George Clemenceau en Buenos Aires en 1910; desde la odisea de las primeras comunicaciones fluviales o terrestres, hasta la época de los tranvías o caballo o de la ascensión de Eduardo Newery en «El Pampero»; desde el dramatismo del fusilamiento de Camila O'Gorman en la dictadura rosista, hasta las festivas descripciones de los bailes y distracciones criollas, o desde la imagen del Buenos Aires colonial del siglo XVII de Acarate du Biscay, hasta la presentación de la ya opulenta capital del XX.

Busaniche agrupó sus lecturas en tres secciones: la conquista, vida colonial y vida independiente, que abarcan en total cerca de trescientos temas. La última sección es la más nutrida. Abrazo materias sobre los sucesos y los hombres de la emancipación, algunos diríamos clásicos en la historiografía argentina como el relato de Saavedra sobre Mayo de 1810, o la descripción del combate de San Lorenzo por los hermanos Robertson.

Anotamos a propósito que en toda la obra ha dado preferencia a los autores extranjeros. El nos dice el por qué: «El extranjero ve con más clara visión las cosas autóctonas, por la novedad y el exotismo que representan para

él. Y más cuando se trata de un viajero inglés, hombre de vida íntima, curioso y observador por naturaleza, que hace anotaciones y escribe diarios, a veces sin miras a la publicidad, por el sólo placer de recordar y ordenar sus memorias». Dejamos para los críticos literarios este otro juzgamiento que hace Busaniche sobre los escritores argentinos de la literatura gauchesca, al explicar sus preferencias por Hudson y Cunninghane Graham. «Diré que considero los relatos de éstos—manifiesta aquél—más verídicos, y que hay para mí en dicha literatura gauchesca mucho de convencional y falso. Aquellos dos ingleses vieron más que los otros y lo vieron todo con mirada perspicua y sagaz».

Otro de los restantes doce grupos que abarca la sección Vida independiente, es el intitulado Tipos y escenas de la ciudad en los que abundan temas entrerrianos como el de la celebración de las fiestas patrias en Paraná en 1822 descrita por el Correo Ministerial de dicha ciudad, o el de la presencia del gobernador delegado Vicente Zapata en Concepción del Uruguay en 1826, saludado con los «sones discordantes de un violín y el batir de un tambor», según el relato del inglés John A. B. Beaumont que, como se sabe, estuvo en esta tierra en intentos colonizadores.

El indio y el desierto, El campo argentino con el gaucho, la pulpería, velorios en Entre Ríos de Mantegazza, entre otras lecturas; Transportes, Figuras de la Organización Nacional, Revoluciones y guerras civiles en la era constitucional, y Las ciudades después de 1853, constituyen los títulos de algunos de los grupos de lecturas de la sección que se está comentando, cuyo contenido, ameno y diversificado—aparece por ahí la Revolución del 90 contada por Aristóbulo del Valle en contraste con Los carnavales en 1880, por Mayol de Senillosa—muestra el acierto con el que Busaniche efectuó la selección.

Destacamos por último otro de los méritos de la obra cual es el que está constituido por su material gráfico. Es extraordinaria la importancia que significa incluir cerca de trescientas ilustraciones en un libro. Se diría que es como la historia gráfica de la Argentina, porque también abarca todas las épocas y todos los temas. En definitiva, consideramos altamente satisfactorio y beneficioso el aporte que José Luis Busaniche nos legara como su obra póstuma.

MANUEL E. MACCHI

**LUIS GOROSITO HEREDIA, «LA FIESTA DEL CIELO»,
grabado de Victor Delhez, Cuaderno de la Brújula,
Bs. As., 1962, 30 págs.**

«El objeto de la poesía no es, como dicen a menudo los sueños, las ilusiones y las ideas. Es esta santa realidad en medio de la cual estamos plantados. Es este uni-

verso de las cosas visibles, al cual la FE le añade el otro de las cosas invisibles. Todo eso es la obra de DIOS, que forma la materia inagotable de las historias y los cantos del más grande poeta como del último pajarito», ha dejado dicho esa gran voz lírica que fue Paul Claudel («Dante», N. R. E., 1920).

Por supuesto que al aplicar ese cortabón a los poetas, se dan en escala, los altibajos que determinan los talentos de cada creador. Lo cierto es que la creación entera es motivo inspirador — «todas las cosas, para quien sabe tratarlas están cargadas de mensajes» (Cabodevilla).—La clave de la cuestión, reside en saber interpretarlas; en ser capaces de penetrar sus secretos, sus misterios, sus simbologías, y cantarlas si se tiene voz suficiente.

Luis Gorosito Heredia está en ese cauce. Es decir, es un intérprete de esa realidad vivencial. Pero no a la manera de un simple testigo ocular que con una cámara fotográfica graba los detalles. Sino como un actor comprometido y que no hace otra cosa más que crear, con ese poder mágico (maravilloso), que es el don poético.

Gorosito Heredia, en sus últimos poemarios ha asentado su poética en lo religioso exclusivamente. Pero debemos aclarar que no en lo religioso festivo; ni en lo religioso propiamente místico. Sino esencialmente en la experiencia religiosa como lucha diaria, tenaz, implacable. Es, en este sentido, un existencial cabal. Sus poemarios de este período—podríamos comenzar con «La Tórtola» y continuar con «La Tierra del pródigo», «Pájaro ciego», «La fiesta del cielo»—, son esa lucha cotidiana del hombre re-ligado a Dios. Es su drama religioso. Que presenta una lucha a veces sorda y sordida; cargada de dudas o de flaquezas—estamos en una Iglesia de pecadores (H. Küng).

En esta perspectiva existencial, debemos ubicar a este gran poeta contemporáneo. De lo existencial religioso, que le duele como que es en él—y debiera ser en todo hombre—, lo esencial. Ese itinerario o tramo, que llegó a una altura aunque religiosa, casi blasfema (o blasfemá, si se quiere), marca un regreso. Lo que equivale a decir que el pródigo vuelve a la casa paterna y es recibido por su padre con el beso de la paz y la alegría del reencuentro. Porque, como nos lo ha dejado enseñado CRISTO con una parábola que nadie ni nada pueden desmentir ni menguar, al pródigo no se le debe recelar ni colocar en el último lugar como un renegado, sino que se lo debe conducir al lugar preferencial quedese siempre le ha estado reservado.

«La fiesta del cielo» es una recapitulación de la vida hollada y una conjunción de voces que cantan una inmensa sinfonía al regreso definitivo.

Tres largos poemas integran el volumen: La fiesta del cielo; El Albañil; Eucaristía. Poemas que hacen un todo y

dan perfecta unidad al libro.

La fiesta del libro comienza con la tragedia del hombre que duda

«Hay una puerta que no se cierra nunca,
la del hogar del Padre que no duerme esperando....»

Y con el regreso, esa vuelta ansiada, comprueba que «su espada era una dulce sonrisa silenciosa con un pan y una flor en cada brazo abierto». Se produce así el reencuentro con el hogar en la misma disposición amorosa que tenía cuando el hijo lo dejó.

En «El Albañil», L. G. H., se detiene en el encuentro con aquel Padre amoroso. En el poema anterior nos había recreado toda su experiencia religiosa. Lo había hecho en pinceladas gigantes, a la par que cargadas de dramatismo. En el segundo poema del libro, para en el trabajo lento y tenaz del Albañil. En ese laborar constante que a golpe de piqueta—imagen de gran significación—, va destruyendo todos los idolillos que su rebelión había levantado.

Hasta que esa pureza es reconquistada. Y la antigua, perdida faz, devuelta a su resplandor primigenio. Entonces, el Albañil que va con el hombre, levanta un nuevo edificio:

«Será un castillo azul, en un paisaje
de eterna primavera.
La torre de homenaje
propagará a los vientos su linaje
en el rojo clamor de la bandera».

«Tendrá siete moñadas
como siete ciudades levantadas,
un jardín de zafiros y amatistas,
y encenderán las noches encantadas
Beethoven y sus ángeles pianistas».

Para que esa bandera flamee sin cesar, el Albañil debe constantemente luchar —«no cejes nunca en la albañilería», p. 22—Porque hay una realidad que nos hace comprender que nunca somos completos, sino que estamos en un continuo hacernos. Encaminados—y caminando—, hacia la meta que un día de gloria ha de llegarnos, y a la que aspiramos a llegar.

El libro se cierra con «Eucaristía», poema que a través de imágenes y metáforas, abre las puertas a una alabanza al Cuerpo de Cristo. Luis Gorosito Heredia es como un salmista que temple su instrumento para rendir honor a su Señor. Para ello, el poeta se vale de una antinomia muy bien utilizada: el mundo del Anticristo, y el círculo de la fe. Ante aquél, éste se va ensanchando. De una invitación urgente, pasa a ser reunión jubilosa.